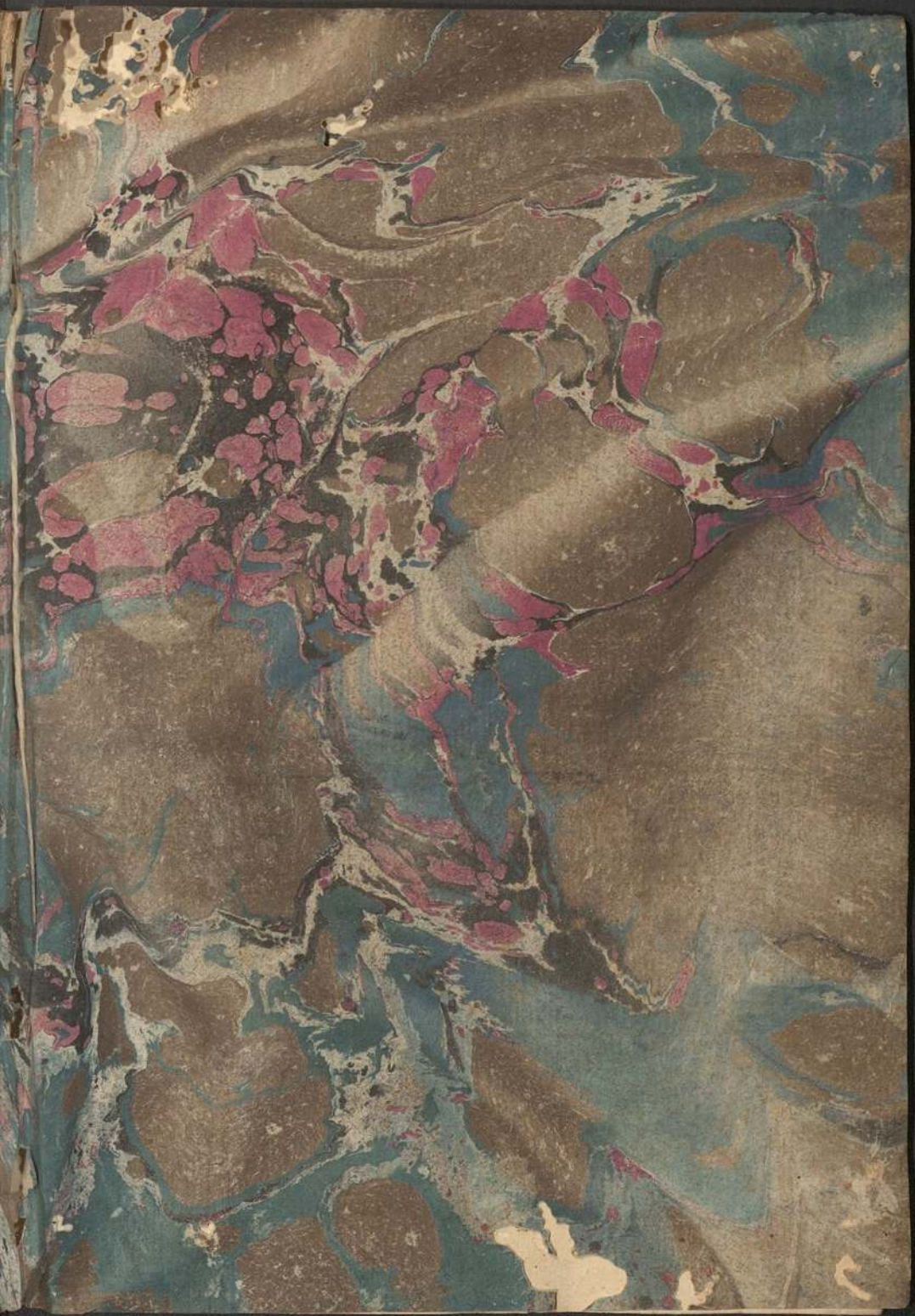
TRAT
DE LA
BLOC



G-1-79

33826

TRATADO

DE LA ELOCUCION

O DEL PERFECTO LENGUAGE

Y BUEN ESTILO

RESPECTO AL CASTELLANO.

POR D. MARIANO MADRAMANY

Y CALATAYUD.

UNIVERSIDAD Y PROVINCIAL BIBLIOTECA VALENCIA

EN VALENCIA

EN LA OFICINA DE LOS HERMANOS DE ORGA.

AÑO M.DCC.XCV.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

Si vitiosum est dicere ornate, pellatur omnino e civitate eloquentia; sin ea non modo eos ornat penes quos est, sed etiam universam Rempublicam, ¿cur aut discere turpe est, quod scire honestum, aut quod nosse pulcherrimum, id non gloriosum docere?

CICER. *Orat. num.* 142.

INTRODUCCION.

Algunos Oradores insignes, solo con las reglas que les dictó su espíritu elevado, ó su ingenio feliz, han sido la admiracion de los siglos. La observacion de sus perfecciones, y de los admirables efectos que causaban en los oyentes, hizo nacer el arte Oratoria. Despues de Corax, Tísias y otros, que enseñáron y escribiéron algunos preceptos, Aristóteles haciendo sabias reflexîones sobre los afectos del corazon humano, y el artificio con que de ellos pudiese triunfar la Eloqüencia, notando tambien lo mas excelente en las Oraciones de Hipérides, Iseo, Pericles, Démades, Focion, Isócrates, Eschînes y Demóstenes, formó el plan y cuerpo de su Retórica, que es un tesoro de infinitas riquezas para los que la lean con cuidado y la mediten con reflexîon.

Otros Griegos y Latinos tratáron posteriormente de esta nobilísima arte, ó de algunos de sus ramos, como Teofrasto, Hermágoras, Dionisio Halicarnáseo, Tu-

lio, Cornificio, Celso, Quintiliano, los dos Demetrios Alexandrino y Faléreo, Hermógenes y Longino. Y omitiendo otros modernos, es muy recomendable Vosio, y entre los nuestros Lebrija, Salinas, Vives, Arias Montano, Granada, Nuñez, Sanchez de las Brozas y Mayans.

La Retórica es necesaria especialmente para corregir ó evitar los defectos en el decir: no da genio, pero le auxîlia y perfecciona. Así el arte de la Música es utilísimo para los que tienen buena voz y el oido delicado, y poco ó nada sirve quando no halla en el sugeto disposicion. Exhortaré, dice Tulio, al estudio y exercicio de la Eloqüencia á quien tenga los talentos necesarios para ser Orador excelente, se lo permito en el caso de que pueda llegar á una medianía, y si del todo le falta el genio, le aconsejo que tome otra profesion [1].

Mas los que desprecian la Retórica como inútil, porque no aprovecha sin la disposicion natural, desprecien tambien

1 *De Orat. Lib. 1.*

entre las demas artes la Náutica, que enseña el modo de manejar las velas, el timon y los remos, señala los escollos donde otros naufragáron, manifiesta los baxíos, secas y bancos de arena, se vale de la brúxula, y dirige los rumbos para llegar al puerto con felicidad; y con todo nada de esto es suficiente sin un viento favorable. El genio pues en la Oratoria es como el viento en el mar; porque uno y otro sin el arte exponen á los mayores extravíos á los que temerariamente navegan ó quieren ser eloqüentes.

Los que mas corren por el camino errado mas se apartan del lugar adonde debian dirigirse. Y así algunos ingenios singulares, que abandonáron el estudio y las reglas de la Retórica, son los que mas se han desviado de la verdadera Eloqüencia; á la manera tambien que las tierras mas fértiles sin la Agricultura producen muchas yerbas inútiles y nocivas, pero ningun fruto, ó á lo ménos poco y de mala calidad. Dexáronse aquellos llevar de su destemplada imaginacion, quisieron decirlo todo con extraordinaria novedad,

con delicadeza que se quiebra de puro sutil, se remontáron hasta perderse de vista, y cayéron en otros muchos vicios y defectos. La naturaleza, dice Longino, es lo mas necesario para llegar á lo grande y sublime; con todo, si el arte no la guia, es un ciego que no sabe adonde va.

La experiencia pues y la razon pueden desengañar á los que niegan á la Retórica su poderoso influxo en la Eloqüencia, y baste en una qüestion tan ventilada lo expuesto con brevedad en defensa de esta distinguida arte, que ya tuvo por contrario á Quinto Ciceron, á quien impugnó Tulio su hermano [1], genio superior, y sin embargo para llegar á tan alto grado de perfeccion le fuéron necesarias las mismas reglas de la Oratoria, que trasladó á la posteridad en sus escritos [2].

De las quatro partes de la Retórica la *Elocucion* es la mas ilustre; porque sin esta faltan á los Discursos la belleza y la gracia que deleytan, y la fuerza, energía y dulzura que persuaden y mueven.

1 *De Orat. Lib. III.*
2 En los libros *de Oratore*, *de Inventione*, *&c.*

La *Invencion* suministra los pensamientos, la *Disposicion* los ordena, la *Accion* es como la eloqüencia del cuerpo, pues da á sus movimientos y á la voz reglas para el decoro correspondiente á lo que se dice; mas todo esto sin la *Elocucion* apénas merece alabanza. Un Orador que posée con eminencia las prendas que le distinguen se dice *eloqüente*, tomando la denominacion de esta qualidad, como la mas noble, mas necesaria, mas difícil de adquirir, y solo peculiar de la Retórica. Pues la Invencion y la Disposicion, dice Tulio, pertenecen á qualquier hombre prudente, la Eloqüencia solo al Orador [1]: de modo que los demas requisitos son comunes á otras artes; mas la *Elocucion* es solamente propia de la Retórica, que por lo mismo se llama así de *rhetor* [2], palabra griega, que significa *eloqüente*. No hay pensamiento por grande y sublime que sea, que no parezca mucho menor ó mas humilde sin la gallardía y nobleza de la Elocucion; y por el contra-

1 *Orat. ad Brut. num.* 44.
2 Ῥήτωρ.

rio el estilo puro, claro y adornado confiere á una sentencia comun belleza y gracia particular. Y si una de las ventajas del hombre, respecto á los irracionales, es el darse á entender con las palabras, ¿qué alabanza no merecerá quien en lo mismo que es superior á los brutos, fuere tambien superior á los demas hombres?

La *Elocucion*, segun su etimología del verbo latino *eloqui*, es lo mismo que una perfecta habla. La voz *estilo* tiene mas extensa significacion; porque comprehende generalmente el bueno y el malo, se divide en muchas especies, y es un cierto ó particular modo de manifestar los pensamientos con las palabras. Se dice así con alusion á la antigua costumbre de escribir sobre cortezas de árboles ó tablillas cubiertas de cera con un punzon de metal, que llamáron *estilo*. A este tenor solemos tambien decir, que alguno tiene buena ó mala pluma, para significar su modo de explicarse por escrito.

Los estilos no solo tienen cierta semejanza con los genios de sus Autores, sino que tambien son por lo comun unos

retratos de las costumbres, relativas á los tiempos en que se escribe. Entre los Latinos por exemplo se observa, que su estilo al principio fué rudo, luego varonil, pero sin aliño ni pulidez, despues en tiempo de Ciceron agudo, rico, florido y magestuoso, habiendo llegado tambien la República al mas alto grado del poder y de la cultura; mas al paso que esta se iba corrompiendo con el luxo, la afeminacion y otros vicios, el estilo fué igualmente cayendo en los defectos que le afeáron, análogos siempre á las costumbres, hasta que la Eloqüencia quedó sepultada en las ruinas del Imperio Romano.

Entre todas las lenguas vivas, hijas de la latina, la española es sin duda la que mas conserva su número, grandeza y magestad. Felipe IV en la carta que escribió á Alexandro VII, dándole la enhorabuena por su exâltacion al Pontificado, todavía dixo mas con estas palabras: „Ofrecería la en lengua latina, si en medio de ser la española hija suya, no „excediese aun á su misma madre en la „gravedad de su carácter, en la pose-

„sion de su lacónica frase, en la ma-„gestad de sus palabras, y en lo pere-„grino de sus exquisitos y vivaces con-„ceptos [1]. " Y omitiendo los elogios, que Don Bernardo Aldrete y otros de nuestros mas célebres Escritores hacen de este nobilísimo idioma, solo citaré como jueces imparciales á tres doctos extrangeros, que le califican de sumamente armonioso y abundante, es á saber, Vosio [2], D' Alembert [3] y Pluche [4].

La lengua española es copiosa de proverbios y refranes, tierna para lo patético, grave para los asuntos serios, festiva para los jocosos, y abundante de sales, donayres y gracias. Tiene la pronunciacion fácil, las modulaciones de la voz sonoras, las terminaciones varias y agradables al oido, las palabras expresivas, las frases enérgicas, las vocales suavemente mezcladas con las consonantes sin

1 El Marques de Corpa *en el Prólogo á su traduccion de Quinto Curcio.* Lequiles *in Aug. Dom. Austr.*

2 *De Poëm. cantu, & viribus Rhythmi, pag.* 57.

3 *Tom. v. des Melanges : l' Armonie des langues.*

4 *Tom. xi. del Espect. de la Natur. en una carta sobre la Educacion.*

el molesto concurso de estas, como en el áspero y duro idioma aleman. Es tambien el nuestro mucho mas dulce que el ingles, ménos uniforme que el toscano, mas rico, armonioso, noble, sonoro y grave que el frances. Cárlos V solia decir, que la lengua italiana era propia para hablar con las mugeres, la alemana con los caballos, la francesa con los hombres, y la española con Dios.

Nació esta en los siglos bárbaros sin aliño ni cultura; porque los dialectos de las Naciones septentrionales y de los Sarracenos la causáron tanta mutacion, como el armado poder de aquellos conquistadores al antiguo gobierno, si bien conservó siempre su analogía con el idioma latino, de quien trae su primer orígen, y por esto se llama *Romance*. Empezó á pulirle el Santo Rey Don Fernando, le cultivó mucho mas Don Alfonso el Sabio, y fué sucesivamente adquiriendo nuevos grados de perfeccion, mejorándose particularmente en tiempo de los Reyes Católicos, y mucho mas á últimos del reynado de Cárlos I, y en todo el de

Felipe II, en que tuvo, por decirlo así, su siglo de oro. A los Escritores castellanos que entónces floreciéron puede aplicarse tambien lo que dixo de los latinos del tiempo de Augusto el Autor del *Diálogo de los Oradores*, que sus obras, aunque de diferentes ingenios y estilos, tienen entre sí cierta semejanza, ó como una especie de conformidad y parentesco. Llegó entónces nuestra lengua á ser apreciada en toda Europa, no teniéndose por persona culta quien no la hablaba ó entendia, singularmente era brillante adorno de los cortesanos Franceses.

Los Escritores que floreciéron en el reynado de Felipe III conservaron la mayor parte el estilo varonil, magestuoso, sencillo y noble; porque habian bebido en las mismas puras fuentes de los sabios que les precediéron, y que todavía alcanzáron en su juventud. Y así muchos no perdiéron el buen gusto, como el que sobresalió en Don Miguel de Cervantes, en el Padre Juan de Mariana, y en otros de aquel tiempo.

Mas en la misma época empezó á

corromperse la Elocucion castellana, por haber querido muchos Españoles hacerse singulares tomando nuevos rumbos, en que creyendo aventajarse á los juiciosos Escritores del siglo anterior, y abandonando el camino de la verdadera Eloqüencia, cayéron en los vicios del estilo mas ridículos y extravagantes. Hinchábanse por parecer grandes, y atormentaban sus ingenios para hallar conceptos metafísicos, cuyo falso luxo descubria mas su verdadera pobreza. Eran sus delicias los juegos de vocablos, los retruécanos, las sutilezas pueriles, los pensamientos falsos, las sentencias amontonadas y misteriosamente obscuras, las Metáforas atrevidas y forzadas, los Hipérboles excesivos, las Paranomasias, los relumbrones de ingenio, los conceptos alambicados, las flores que en el mismo acto de producirse se marchitan; en suma, las extravagancias ingeniosas, y toda especie de afectacion. Jamas se contentaban con la noble sencillez y naturalidad de las expresiones.

Fué especialmente tan desmedida en

aquellos Escritores la inclinacion á los contrastes estudiados y á las Antítesis pueriles, que se hizo manía general, y apénas se atrevia ninguno á nombrar el cielo sin hacer mencion de la tierra, ni la vida sin la muerte, ni la luz sin las tinieblas, ni siquiera una oveja sin contraposicion del lobo su enemigo. Despues que los mismos Autores habian depravado el buen gusto del Público, este con desmedidos elogios los confirmaba en el amor de sus extravagancias. Cada dia se fué el estilo cargando mas y mas de vanos y ridículos adornos, apartándose de la noble gravedad que nuestros eloqüentes Españoles habian imitado de los antiguos. Llegó en fin á reynar tan despóticamente el mal gusto, que los que le tenian ménos corrompido no lograban aplauso ni aceptacion, sino únicamente los que sobresalian en los defectos de un estilo monstruoso, habiendo sucedido lo que en aquellas deformidades de los hombres nacidas del clima ó de otras causas, que parecen perfecciones á los ojos de los naturales.

Y así pocos se exîmiéron de los vicios del estilo, que se propagáron hasta principios de este siglo, en que la Real Academia Española, proyectada y felizmente establecida por el Señor Felipe V, ha trabajado sin cesar, y se desvela continuamente en restablecer y perfeccionar la magestad y grandeza de la lengua castellana, procurando detener tambien el rápido torrente de los abusos que se introducen de nuevo. El objeto pues que me propongo es, que se aficionen los Lectores á las riquezas de la Eloqüencia española, y el contribuir por medio de este tratado á la mejor cultura de nuestro apreciable idioma, en cuyo dilatado campo me serviré de los frutos de mi lectura y meditacion en obsequio de la pública utilidad.

El vicio mas comun en el dia es el de los barbarismos de que usan muchísimos, que sin saber el idioma patrio estudian superficialmente el frances, y se arrojan con temeridad á traducir y á publicar algunas obras desfiguradas con un lenguage monstruoso. Es tan fácil seme-

jante version, como dificultosa la buena. Les es suficiente á estos corrompedores del buen castellano un mal diccionario, con que sin atender á la índole y fuerza de las voces, frases y modos de hablar de una y otra lengua, traducen sin trabajo palabra por palabra, se valen de muchas que no son castellanas, y de aquí nace un extraño idioma, que no es del todo frances, pero tampoco español. Por nuestra desgracia cada dia salen á luz tales abortos. No quiero nombrar ni ofender á nadie; pero sí diré en general, que tenemos muy pocas traducciones de la lengua francesa que merezcan aprecio, y que exceptuando un cortísimo número de las obras originales que se publican, las demas no tienen pureza en el lenguage, y están llenas de otros capitales vicios del estilo.

Muchos Franceses modernos por querer ostentar espíritu filosófico en todos sus escritos han adoptado un nuevo estilo, muy diferente del que admiramos en Bossuet, en Fenelon y en otros eloqüentes varones del siglo pasado y principio del

que corre. Usan de expresiones enfáticas y de pensamientos sueltos, esparcen con profusion sentencias, aman la afectada brevedad, y truncan ó cortan los períodos. Quieren parecer Áticos, y solo consiguen hacerse ásperos y duros, quitando su natural curso, número, armonía, suavidad y fluidez al estilo. Tiene el suyo, por decirlo así, mucho espíritu, mas poco cuerpo, y es como la cal sin arena. Entre los Latinos Séneca el Filósofo fué de los primeros que cayéron en este y otros dulces vicios, como los llama Quintiliano [1]; y entre los Franceses modernos Mr. Tomas, á quien por lo mismo el Abate Don Juan Andres reputa por el Séneca de nuestros dias [2], y se queja ágriamente de que se introduzca este mal gusto en Alemania, Inglaterra, Italia y España con aplauso universal de los pedantes 3.

Hay algunos tambien entre nosotros que por el contrario son muy difusos, y

1 *Inst. Orat. Lib. x. cap.* 1.
2 *Tom. v. pag.* 397.
3 En el mismo tomo *pag.* 311.

usan de unos períodos tan largos y obscuros, que falta el aliento para acabarlos de leer, y es necesario un intérprete para entenderlos. Sus inútiles y vanos epitetos no llenan, sino que hinchan las clausulas. Se apartan infinito de aquella noble, limada y dulce concision de los Escritores castellanos del siglo XVI, que procuráron imitar á los Griegos y Latinos de los sabios y cultísimos tiempos de Alexandro y Augusto.

Demóstenes sin embargo de ser tan conciso, quando Focion empezaba á orar solia decir: *Ved aquí el cuchillo que corta lo superfluo de mis discursos.* Aun aquella hermosa amplificacion de Marco Tulio, sobre el suplicio que merecen los parricidas, fué despues calificada por el mismo de superabundante, y solo propia de un jóven acalorado [1]. En esta perfecta moderacion consiste parte del buen gusto de aquel siglo. Octaviano en la órden que dió á Tucca y á Vario para rever la Eneyda de Virgilio, que él mandaba que-

1 Cicer. *de Orat. Lib.* 1. *Quantis illa clamoribus adolescentuli diximus de supplicio parricidarum.*

mar, les permitió que cortasen y suprimiesen lo que no hiciese falta á aquella obra inmortal, pero les prohibió añadir cosa ninguna.

Los requisitos que contribuyen á formar la Elocucion son quatro: la pureza del lenguage, la claridad, el adornø, y el decoro ó la congruencia de lo que se dice con el asunto, el lugar, las personas y demas circunstancias [1]. El adorno con la correspondiente moderacion es oportuno en los géneros de decir sublime y mediano, y no conviene al carácter tenue ó familiar; pero las otras tres qualidades ó virtudes deben concurrir juntas y sin excepcion en todos los estilos. Yo trato de cada una de ellas en capítulos separados para mayor claridad del asunto y mas perfecta instruccion de los Lectores.

Los estilos se distinguen entre sí y toman su denominacion por la especie de

1 Cicer. *de Orat. Lib. III. num. 37. ¿Quinam igitur dicendi est modus melior, quam ut latine, ut plane, ut ornate, ut ad id quodcumque agetur apte, congruenterque dicamus?*

los adornos, por sus pocas ó muchas palabras para expresar los pensamientos, por el carácter ó género de decir, y en fin por los asuntos ó tratados; y siguiendo yo estas divisiones hablo con individualidad de cada especie, la explico é ilustro con los exemplos que me han parecido oportunos, los quales formo yo mismo alguna vez, y casi siempre los elijo de nuestros Escritores castellanos mas eloqüentes. Pues al modo que para aprender el arte de la Pintura no bastan sus reglas ni conocer los colores, sino que se han de proponer modelos, así yo con los que cito intento manifestar las virtudes y excelencias de cada estilo para su imitacion, y noto ciertos descuidos que se advierten en algunos de los mejores Escritores, para que el Lector no se engañe tomando por dechados los defectos de que debe huir, tal vez preocupado con la opinion y fama que en general tienen aquellos bien merecida.

Vitupero, y algunas veces ridiculizo el estilo demasiadamente florido, el pueril, el frio, el hinchado, el desigual, el

baxo y el duro. Muchos de estos vicios nacen de la afectacion, y son muy difíciles de corregir; porque comunmente los que caen en ellos piensan que son virtudes ó perfecciones. Otros defectos conocidos por tales se aborrecen y evitan; estos se aman y siguen. Por tanto procuro desengañar á los que se complacen en la locucion afectada, y les descubro toda su deformidad.

Apénas hablaré del estilo de ninguno de los que viven; porque si digo con ingenuidad lo que siento, muchos se ofenderán, otros querrian ser mas alabados de lo que es justo, y los elogios que yo diese á muy pocos chocarian con el amor propio de los demas y con el que tienen á sus obras, semejante al de los padres para con los hijos.

Quisiera tambien desentenderme de los abusos introducidos en el estilo del púlpito; porque ademas de estar ya bastantemente vituperados, y no poco corregidos, tal vez pensará alguno, aunque sin razon, que mete la hoz en mies agena el secular que trata de la Eloqüencia

de la cátedra sagrada. La Oratoria en los estados monárquicos del Christianismo tiene su principal exercicio en los templos, donde debe ostentar sus riquezas, y valerse de ellas en beneficio del Pueblo; y de aquí es, que siendo este un tratado de la Elocucion y del buen estilo, no solo puedo yo con justicia, sino que debo por obligacion, ó en desempeño del asunto, hablar donde corresponda de la Eloqüencia sagrada, alabando á los buenos Oradores, y reprehendiendo los defectos de algunos, para que los eviten otros Ministros de la palabra del Señor. Andres Sempere, natural de la Villa de Alcoy en el Reyno de Valencia, era Médico, y escribió con acierto y en obsequio de la Oratoria del púlpito el precioso libro: *De sacra ratione concionandi.* Mi profesion es la Jurisprudencia, y tambien lo era de Don Gregorio Mayans, quien de propósito trató de la Eloqüencia de la cátedra divina en su *Orador Christiano.*

He procurado siempre escoger algunas flores en los amenos jardines de las

letras humanas para adornar mi principal estudio del Derecho, del qual tampoco es ageno el asunto de esta obra. Pues á mas de que todas las ciencias y artes están como atadas con un lazo comun, y por esto se pintáron las Musas dándose las manos, en el foro tuvo su cuna la Eloqüencia griega y latina. Un mero Jurisconsulto, como dice Tulio, (especialmente sin eloqüencia) solo es un leguleyo cauteloso y sutil, un pregonero de las acciones, un recitador de fórmulas, y un cazador de sílabas [1]. En Roma, añade, tenia el primer lugar en la pública estimacion la Eloqüencia, y el segundo la ciencia del Derecho; porque esta pide muchas veces auxîlio á aquella, sin la qual apénas puede sostener la justicia que defiende [2]. Y así Craso solia decir á Scévola, que ni seria buen Orador sin la Jurisprudencia, ni buen Jurisperito sin la Oratoria [3].

1 *De Orat. Lib. 1. num.* 236. *Iurisconsultus per se nihil, nisi leguleius quidam cautus, & acutus, praeco actionum, cantor formularum, auceps syllabarum.*

2 *Orat. num.* 141.

3 *De Orat. Lib. 1. num.* 170.

El estudio de la Elocucion es necesario en todas las profesiones, porque en todas es menester hablar bien. El Eclesiástico, el hombre Político, el Letrado, como dixe, el Secretario, todos necesitan estar versados en esta nobilísima parte de la Retórica. Por esto entre los Latinos fuéron antiguamente, ó en los principios, sinónimas las palabras *sapiens* y *eloquens* [1]. Los Emperadores Romanos solian hacer Secretarios suyos á los que enseñaban la Oratoria, y Cenobia Reyna de los Palmirenos eligió para este empleo á Dionisio Longino su Maestro de Retórica, y autor del libro de oro *de lo sublime*. En fin, lo que tampoco tiene duda es, que si pudiera yo desempeñar mi asunto como conviene, haria á la lengua y á la Nacion española un servicio muy importante. Esta es á lo ménos mi intencion: el conseguirla no pende de mi voluntad. ¡Oxalá que la igualasen las fuerzas de mi entendimiento, y la literatura necesaria para tan ardua empresa!

1 Quint. *Inst. orat. prooem.*

CAPÍTULO I.

De la pureza del estilo.

Como este es un tratado particular de la Elocucion, me ceñiré aquí á la pureza de las palabras, suponiendo al Lector instruido en los preceptos de la Gramática, para hablar y escribir sin solecismos y con emienda. Fué notable la rigurosa escrupulosidad de los Latinos en conservar la pureza de su idioma, segun lo manifiesta aquella célebre disputa que refiere Tiron en la carta, que trae Aulo Gelio en sus *Noches Áticas* [1]. Pues habiendo Pompeyo erigido un templo á la Victoria, quiso poner una inscripcion, y se excitó la duda, sobre si para denotar su tercer Consulado se habia de escribir *Consul Tertium* ó *Consul Tertio*. Los primeros críticos de Roma discordáron, y el mis-

1 *Lib. x. cap.* 1.

mo Ciceron se excusó en dar su parecer; pero al fin instado por Gneyo Pompeyo eligió el medio de que se pusiese solo *Tert.* dexando al arbitrio del Lector la pronunciacion que mas le acomodase, por no errar, ó por no oponerse á los que eran de otro dictámen.

Tiberio pidió en el Senado licencia para usar de la palabra griega *monopolium* [1]; pero el Gramático Marco Pomponio Marcelo no quiso admitirla, alegando que el Emperador podia dar los derechos de Ciudadano á los hombres, mas no á las palabras. Se debe huir, decia Julio César, como de un escollo de qualquiera voz inaudita y desusada [2].

No piensan así muchos ahora, que abandonan algunas voces castellanas, puras, expresivas y enérgicas, para substituir en su lugar otras nuevas, extrañas y despreciables. Lo insinué en la Introduccion, y nunca estará bastantemente ponderado lo sensible que es para los bue-

1 Suet. *in Tib. cap.* 61.

2 *Lib. 1. cap.* 10. *Tamquam scopulum sic fugias inauditum, atque insolens verbum.*

nos Españoles que se corrompa el puro, castizo y noble idioma castellano con galicismos intolerables. El Padre Isla satirizó con gracia este vicio, y otros de complexîon melancólica declaman, aunque inútilmente, contra el mismo abuso. Nuestra lengua es rica, y no necesita mendigar de la francesa, que empezó á pulirse á principios del siglo pasado, y es pobre, monótona, dura, sin fluidez ni variedad. Solo los que no saben ni quieren leer el idioma patrio en nuestros excelentes Escritores, imaginan que tiene mas gracia el extrangero. Hay muchísimos, que desfigurando lastimosamente nuestro buen Romance, hablan frances en español, ó español á la francesa. Y así para restablecerlo en su correspondiente pureza es menester expurgarlo de las heces que se le han pegado, desterrando muchas palabras intrusas, y obligándolas á pasar otra vez los Pirineos.

Si alguna vez fuere necesario inventar nombres para las cosas que no los tienen, será lícito á los hombres sabios tomarse esta licencia; pero con modestia

singular, como dixo Horacio [1], añadiendo, que no habia justa causa para negar á Vario y á Virgilio igual facultad, que permitiéron los Romanos á Cecilio y á Plauto [2]. Ciceron aumentó tambien la lengua latina con algunas voces tomadas de la griega [3]. Tampoco la castellana debe estrecharse con nimia escrupulosidad á las palabras de que solo usáron los Escritores del siglo XVI, como si desde aquel tiempo no se pudiese ya enriquecer mas ni adquirir nuevos grados de perfeccion.

Es muy loable que legítimamente y con la moderacion debida se introduzca algun vocablo de que carecemos, ó substituya el lugar del que sea duro ó mal sonante. Se podrá entónces recurrir, ántes que á las voces extrangeras, á las antiguas españolas, cuyo uso se perdió sin justa razon, siendo muy sonoras y expre-

1 *Art. poët. v.* 48. *& seq.*
. . . . . *Si forte necesse est,*
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis,
Continget, dabiturque licentia, sumpta pudenter.
2 Ibid. *v.* 53. *& seq.*
3 Cicer. *de Orat. Lib.* 1.

sivas [1], ó en su defecto se tomarán de la lengua latina, madre de la castellana, al modo que aquella en tal caso acudió á la griega. Miguel de Cervantes conociendo que el verbo *regoldar*, aunque muy significativo, era baxo, quiso introducir la voz *erutar* tomada del Latin, y para que quedase mas impresa en la memoria de sus Lectores se la hizo repetir á Sancho con gracioso artificio, previniéndole, que en adelante solo debia usar de esta última, y jamas de la primera.

Mas se ha de advertir, que no debe qualquiera arrogarse la libertad de introducir voces nuevas: este es y ha sido siempre privilegio de los hombres grandes por su insigne literatura, y todavía es necesario que el constante uso de otros sabios apruebe y confirme el de aquellas palabras para que adquieran, por decirlo así, los derechos de naturaleza: pues sin este requisito ninguna voz moderna quedará legítimamente recibida ni adoptada. Y así

1 *Obscurata diu populo bonus eruet, atque*
Proferet in lucem speciosa vocabula rerum.
Horat. *Lib. II. Epist. 2. v. 115. & 116.*

habiendo dicho Garcilaso: *Gran paga, poco argen, largo camino* [1], nadie se ha valido despues de la palabra francesa *argen* en lugar de la pura castellana *dinero*. La misma suerte corrió la voz *hamo*, de que usó Lupercio Argensola en lugar de *anzuelo*. Y así el uso comun, no del vulgo, sino de los hombres doctos y cultos, tiene una autoridad suprema, como absoluto árbitro de la locucion. »Porque si me»reciese el nombre de costumbre (dice »Quintiliano) lo que muchos hacen, dar »por precepto el uso seria muy peligroso »no solo en el habla, sino tambien en »la conducta moral de los hombres ::: Por »lo que no se ha de tener por regla el »lenguage de que muchos usan viciosa»mente [2]. « Por lo mismo llama este insigne Español uso de la lengua al consentimiento de los eruditos, al modo que solo es regla de la vida humana la conducta de los hombres de bien [3]. Este es el

1 *Epist.* I. *á Juan Boscan.*
2 *Inst. Orat. Lib.* I. *cap.* II.
3 Ibid. *Ergò consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut vivendi consensum bonorum.*

legítimo sentido del decantado uso, y del *Quem penes arbitrium est, & ius, & norma loquendi.*

Y así dice Ciceron de Julio César, que emendaba la viciosa costumbre de hablar con la pura é incorrupta [1]. Autorizado ya el lenguage por este legítimo uso, no debemos admitir otro; porque es como la moneda, que no corre ni pasa, si no tiene el cuño público [2]. Solamente en el estilo jocoso y satírico se permite á qualquiera la invencion de alguna palabra para ridiculizar las cosas.

Á la manera que deben desecharse las voces nuevas, nos hemos tambien de abstener de las antiguas, que ya no están en uso, y por esto se llaman *antiquadas*. Hállanse muchas en las leyes, historias, cronicones, documentos y otros escritos anteriores al siglo XVI. Ni todas las de aquel tiempo, aunque el mas elegante y florido, se hallan recibidas en el comun uso del dia. Don Antonio Capmany trae al principio de cada uno de los cinco tomos

1 *De Orat. n.* 262.
2 Quint. *Inst. Orat. Lib.* 1. *cap.* 9.

de su *Teatro crítico de la Eloqüencia Española* un utilísimo índice alfabético de las voces antiquadas, contenidas en las muestras de los Autores que cita. Á la verdad se reirian de quien ahora dixese: *Maguer que un home sea grand sabidor, ó oviese fecho continas fazañas en las huestes, por ende non ha loa fasta que morre.* El Padre Juan de Mariana suele afectar algunos arcaismos, de quien por esto dice Don Diego de Saavedra en su *República literaria*, que como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, así él para hacerse viejo. Todas las lenguas vivas están sujetas á la renovacion de muchas voces, perdiéndose las mas antiguas, á la manera, segun la expresion de Horacio, que las primeras hojas que brotáron en los árboles caen ántes que las otras, y las mas recientes quedan en su fuerza y vigor [1]. En suma, de las palabras nuevas deben usarse las mas antiguas, y de las antiguas las mas nuevas [2].

1 *Art. poët. v.* 60. *& seq.*
Ut silvae foliis pronos mutantur in annos
Prima cadunt, ita verborum vetus interit aetas,
Et iuvenum ritu florent modo nata, vigentque.
2 Quint. *Inst. Orat. Lib. I. cap.* 9.

Tenemos ciertas voces que se dicen raras, porque apénas se freqüentan, habiendo otras de la misma significacion comunmente usadas. De aquellas nos debemos valer pocas veces, y siempre con alguna explicacion. Mas hay vocablos muy puros, enérgicos, expresivos y propios, que se van abandonando sin justa causa, y con sentimiento de los amantes del idioma castellano. »Por nuestra desgra»cia, dice Fernando de Herrera [1], ha»bemos estrechado los términos extendi»dos de nuestra lengua de suerte, que »ninguna es mas corta y menesterosa que »ella, siendo la mas abundante y rica »de todas las que viven ahora. Porque »la rudeza y poco entendimiento de mu»chos la han reducido á extrema pobre»za, excusando por delicado gusto (sien»do muy ageno del buen conocimiento) »las dicciones puras, propias y elegan»tes, una vez por ser usadas y comu»nes, otras por no incurrir en la am»bigüedad de la significacion, dándole

1 En las *Anotaciones al Soneto* IX. *de Garcilaso.*

„sentido torpe contra toda razon, y con„tra todo el uso de las demas lenguas. „¿Por qué causa no deben ser admitidas „estas voces *natura*, *ayuda*, siendo bien „formadas, analógicas y significantes? „¿Quién es tan bárbaro y rústico que „huya el trato de esta voz *lindo*, que „ninguna es mas linda, mas bella, mas „pura, mas suave, dulce, tierna y bien „compuesta, y ninguna lengua hay que „pueda alabarse de otra palabra mejor „que ella? Los Italianos, hombres de jui„cio y erudicion, y amigos de ilustrar „su lengua, ningun vocablo dexan de „admitir sino los torpes y rústicos. Mas „nosotros olvidamos los nuestros nacidos „en la ciudad, en la corte, en las ca„sas de los hombres sabios, por parecer „solamente religiosos en el lenguage, y „padecemos pobreza en tanta riqueza y „abundancia.

Las palabras expresivas y puras, aunque sea baxo lo que significan, deben usarse quando es menester expresarlo con su propio nombre. Por esto dice Cervantes con la gracia que acostumbra, que

»un porquero andaba recogiendo de unos »rastrojos una manada de puercos, que »sin perdon así se llaman.« Las voces que denotan algunas cosas obscenas se han de emplear solo quando sea indispensable tratar de ellas científicamente, como en la Cirugía, Anatomía y Medicina. En otros Discursos, si es tambien necesario nombrarlas, nos valdrémos de circunloquios ó Perífrasis decentes. Pues al modo que la sabia naturaleza procuró ocultar de nuestra vista lo torpe y deshonesto, imitándola nosotros hemos de apartar de los oidos lo que pueda ofenderlos [1]. Así en Pérsiles y Segismunda de Cervantes, Feliciana da á entender su flaqueza con las expresiones siguientes: *De estas juntas y de estos hurtos amorosos se acortó mi vestido, y creció mi infamia*; y en el Quixote Dorotea con honesta Perífrasis dice: *La doncella se salió, y yo dexé de serlo.* Otro Escritor, refiriendo que cierto sugeto solicitaba torpemente á una muger á quien habia hecho algunos be-

1 Cicer. *de Offic. Lib. 1.*

neficios, dixo con decencia, que *exigia mas de su flaqueza, que de su reconocimiento.* Faltan á este decoro algunos Predicadores, siendo mucho ménos disculpables por lo sagrado del lugar, y por el respeto que merece el Auditorio; porque reprehendiendo los vicios ofenden los oidos castos, y abren los ojos á los inocentes. La ignorancia de estos en ciertas materias siempre es conveniente, y respecto de los demas no es menester tanta claridad para que lo entiendan.

No se han de mezclar en el castellano voces latinas, como hacen ciertos pedantes, que forman una oracion bilingüe y monstruosa, ataraceándola de latin para dar á entender que lo saben. De estos, que llenan sus Discursos de tan ridículos lunares, hace burla y los remeda un soneto que trae Don Ignacio de Luzan, y Don Francisco de Quevedo satirizó con irónica gracia á las mugeres cultas de su tiempo que afectaban las voces latinizadas, como se rió Juvenal [1] de

1 *Satyr. VI.*

las matronas de Roma por el uso de los grecismos que eran de moda, y ahora lo es de las palabras afrancesadas.

Quando sea necesario alegar algun testimonio latino ó de otro idioma, se insertará traducido en buen castellano, á excepcion de quando es muy breve, ó se disputa sobre su inteligencia y la de sus palabras, ó es algun verso que conserva mejor en su lengua el espíritu y la gracia, ó en el caso tambien que el Orador cite algun breve texto de la sagrada Escritura, que tal vez perdiera gran parte de su energía en la version, y conserva mejor en la Vulgata el carácter de la Magestad que lo dictó. No es reprehensible, sino loable, que estas palabras divinas se profieran en el idioma de la Iglesia, para que se distingan con su propio brillo, como otras tantas piedras preciosas.

Entre los vocablos propios hay unos mas expresivos que otros, porque dan mas exâcta y cabal idea de los significados ó de las qualidades que los caracterizan. Pues á la verdad hablando con todo ri-

gor apénas se hallan sinónimos: cada voz y no otra es propia y adequada para expresar alguna cosa. Por exemplo entendemos por *enojo* un simple resentimiento del ánimo, y por *ira* un arrebatado movimiento del corazon por la memoria del agravio ó de la injuria. La *reputacion* tambien se distingue del *crédito*; pues se llama hombre de *reputacion* aquel, cuya virtud empleada en servicio de la República es digna de elogio y de ser muchas veces considerada, y el *crédito* se dice de los sugetos particulares, que tienen adquirida opinion de su buena fe y honrada conducta en órden al trato civil. Don Diego de Saavedra habló con propiedad quando dixo del Rey Atila: »Fué en sus »acciones prudente, en sus consejos ad»vertido, en los negocios constante, en »las causas recto, en las sentencias cle»mente [1].

Entre los mismos sinónimos suele hallarse cierta delicada graduacion de sus significados, aunque convengan en una idea

[1] *Cor. Got. Tom. II. pag. 456. imp. de Cano.*

general y comun, cuya acertada eleccion pende del discernimiento de quien hable con exâctitud y propiedad. Así *confianza* dice mas que *esperanza*, y *terror* que *miedo*. Lo mismo se entiende de los adjetivos ó epitetos: cada uno es apto para expresar propiamente ciertas qualidades ó circunstancias del substantivo, con respecto en especial al asunto de que se trata.

Puede ser tambien dechado de la propiedad, y juntamente de la pureza en el estilo, aquel elegante lugar del mismo Saavedra en su *República literaria*: »¿No vés »(me explicaba Polidoro levantado el bra»zo y tendida la mano) aquella turba de »hombres, que con grave y severo sem»blante, despreciador de todos los senti»mientos y comodidades humanas, mi»ran con desestimacion aquella doncella, »que con una corona de oro en la ca»beza y el clarin en la mano da mues»tras de huir, corrida de sus baldones y »desprecios, queriendo volar sobre aquel »áspero monte? Esta pues es la *Gloria*, »y aquellos son *Filósofos Estóycos* que se »burlan de ella, excluyéndola del núme-

„ro de los verdaderos bienes del hombre, „como á felicidad agena del ánimo y fue„ra de su potestad, nacida de la opinion „agena; de lo qual afrentada levanta el „vuelo, y seguida de algunos espíritus „alentados llega á la cima del monte, y „postrada á los pies de la *Virtud* su ma„dre, que vive entre aquellas soledades, „acompañada de la *Vigilancia*, de la *Fa„tiga* y del *Arte* (damas que siempre la „asisten) le refiere los agravios y des„atenciones de los Filósofos. La *Virtud* la „consuela, representándole los efectos de „su fama en los hechos de los varones „pasados, y en aquellos que en los si„glos venideros han de abrir por el Océa„no nuevos rumbos y caminos hasta des„cubrir otros mundos, siendo estrecho á „sus ánimos el que hoy se conoce. Con „lo mismo (le responde la *Gloria*) que „procuras, ó madre mia, consolarme, „acrecientas la causa de mi llanto; por„que si bien es grande esta fama, tú sa„bes que es vana y caduca, pendiente „de los labios agenos, y formada de pa„labras ligeras, hijas del viento, de quien

»nacen, y en quien luego mueren, de»xando triunfante al *Olvido* mi mayor »enemigo. Estas palabras de la *Gloria* a»compañadas de lágrimas, como lo des»cubre su semblante, obligan á la *Vir»tud* á ordenar al *Arte* (que es aquella »doncella en cuyos hombros tiene pues»ta la mano) que procure el remedio »con que pueda perpetuarse la fama. O»bedece el *Arte*, y mas adelante verás »consultar el remedio con la *Noche*, re»presentada en aquella doncella, cuyo »manto sembrado de estrellas le cubre la »mitad del rostro. Esta le dice, que así »como en lo obscuro de su manto es»cribió el gran Arquitecto de los orbes »sus eternos decretos con caracteres de »luz, así sobre blanca carta se podian »delinear con tinta los conceptos del áni»mo, dándoles cuerpo, y fixando á pe»sar del *Olvido* las palabras con la mis»ma obscuridad, que él procuraba sepul»tar á la fama.

Las ciencias y las artes tienen sus voces facultativas, peculiares para significar ciertas cosas, que privativamente les per-

tenecen, en el uso comun poco conocidas, y mucho ménos sus nombres. Estos deben explicarse al principio de los tratados didascálicos para inteligencia de su significacion, y lo mismo digo en órden á los que se inventáron sin necesidad, habiendo palabras propias, comunes y familiares mas conocidas; hablo de aquellas extraordinarias que en algunas ciencias y artes se introduxeron por el mal gusto de los siglos bárbaros, como se nota en la Heráldica. Parece quisieron los autores de tales vocablos ocultar baxo de su obscuridad los conocimientos, como unos sagrados arcanos, que no penetrase el vulgo sino únicamente los iniciados en aquellos misterios, á la manera que lo intentáron los Patricios de Roma en órden á su Jurisprudencia, cuyas fórmulas les eran privativamente conocidas, y que reveló al pueblo Gneyo Flavio, y despues Sexto Elio.

Se cargáron pues algunas ciencias y artes y la memoria de sus estudiosos de nombres extraños que nuevamente se diéron á las cosas, como los de *sable*, *gu-*

les y *sinople* á los colores negro, encarnado y verde. Con todo, supuesto que semejantes voces se hallan ya adoptadas por el uso de los Profesores, se valen de ellas con razon y oportunidad estos y otros quando tratan de lo que tiene relacion con las respectivas ciencias y artes. Fuera de tales casos es ridícula afectacion y pedantismo.

Debemos huir de aquellas palabras y expresiones, de que solo usa el vulgo y pueblo baxo, y valernos de las que freqüentan los hombres cultos y bien criados, particularmente en las ciudades, donde mejor se conserva la pureza de nuestra lengua. En las provincias se hallan introducidas ciertas palabras y construcciones agenas del idioma castellano; y así sus naturales que no han hecho un particular estudio de la lengua, ó no han permanecido por mucho tiempo en Castilla, suelen conservar cierto resabio que ofende el delicado paladar de los cultos. Aun en Tito Livio, natural de Pádua, notó Asinio Polion este defecto, que llamó *patavinitas*, esto es, *paduanismo*, al

modo que nosotros ahora decimos *aragonismo* y *valencianismo*.

Comunmente se cree, que en Toledo se habla el castellano con mayor pureza que en otro qualquier pueblo de España. Con todo el Doctor Francisco Villalobos, Médico de los Reyes Católicos, lo contradixo, afirmando en su *Diálogo de las fiebres interpoladas*, que procuraria explicarse con el mas claro lenguage que le fuese posible, y añadió: »y no será el de »Toledo, aunque allí presumen que su »habla es el dechado de Castilla, « señalando algunos idiotismos y voces árabes de que usaban entónces los de aquella ciudad. Aunque su situacion en las Castillas, el ser y haber sido morada de muchos caballeros discretos, la cultura de su Clerecía, y la poca comunicacion con los extrangeros, han contribuido mucho á que allí se conservase la pureza de la lengua; pero estas mismas ventajas concurren en otras ciudades, y especialmente en Valladolid, que ademas tiene Chancillería, y una de las primeras Universidades de España. Y si fué corte Toledo, era en tiem-

po en que el idioma castellano estaba todavía en su infancia, y Valladolid quando habia aquel ya llegado á su robusta adolescencia. Por lo que esta circunstancia tampoco da á Toledo derecho para tan decantada prerogativa sobre todos los pueblos de Castilla.

La razon que á favor de Toledo alegan muchos, apoyada en la autoridad de Don Alfonso el Sabio, no prueba su intencion. Ordenó aquel Rey, que si en adelante hubiese duda en la inteligencia de algun vocablo castellano, se acudiese á la ciudad de Toledo como metrópoli de la lengua castellana [1]. En efecto entónces lo era tambien de la monarquía: luego por lo mismo podemos ahora decir, que la corte actual, con preferencia á todas las ciudades que lo hayan sido, debe reputarse el domicilio del buen lenguage castellano.

Sí, en la corte es donde la concurrencia de los literatos y el trato de muchas gentes cultas suele mantener y pulir

1 Alcocer *Hist. de Toledo Lib. 1. cap.* 86.

el idioma. Es verdad que en esta con la comunicacion de los extrangeros y mayor lectura de sus libros se introducen voces peregrinas, y en el dia experimentamos mucho mas tan intolerable abuso; pero ya dexo sentado, que no hemos de buscar la pureza del lenguage en el vulgo, (en el que cuento á muchos que no se tienen por tal) sino en los cultos apasionados del Romance castizo, y enemigos de los barbarismos. Cervantes no niega que los Toledanos hablan bien; mas añade juiciosamente, que los que se crian en las Tenerías y en Zocodober no se explicarán jamas con la perfeccion, que los que se pasean casi todo el dia en el claustro de la Iglesia mayor; y añade, „que „el lenguage puro, el propio, el elegan„te y claro está en los discretos cortesa„nos, aunque hayan nacido en Majala„honda ::: y que la discrecion es la gra„mática del buen lenguage, que se acom„paña con el uso [1]. " En fin se puede decir con verdad, que en Toledo, en Va-

[1] *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Part. II. cap.* 19.

lladolid, Burgos, Salamanca y en algunas otras ciudades de Castilla se habla generalmente con mayor pureza que en la corte; mas la perfecta elegancia se encuentra en los cortesanos cultos y amantes de la lengua española.

Tres cosas pues contribuyen en particular para adquirir la pureza del estilo. Primeramente la lectura de los buenos Autores, en especial de los que floreciéron en el siglo XVI, y algunos á principios del pasado: en segundo lugar la imitacion y el exercicio; y finalmente el trato familiar con las personas que hablan mejor.

En los lugares correspondientes trataré del estilo de algunos Escritores castellanos, que pueden leerse con fruto: ahora solo digo en general y como por exemplo, que deben tenerse por modelos de la locucion pura en lo místico y espiritual al venerable Juan de Ávila, padre de la Eloqüencia sagrada, los Maestros de su Religion y de la elegancia Granada y Leon; asimismo Santa Teresa de Jesus, de quien dice Mayans, que si los Án-

geles hablasen, no hablarian de otra suerte [1]. Por lo ménos es cierto lo que de su natural eloqüencia expresó otro mas antiguo y legítimo juez del buen lenguage [2]: »En la forma del decir, y en la pureza »y facilidad del estilo, en la gracia y bue»na compostura de las palabras, y en una »elegancia desafeytada que deleyta en ex»tremo, dudo yo que haya en nuestra »lengua escritura que con sus obras se »iguale.« En el estilo histórico se tendrán por dechados, aunque no sin algunas imperfecciones ó descuidos, á Don Diego de Mendoza y al Padre Juan de Mariana: en lo político á Don Diego de Saavedra en sus *Empresas*, con respecto á la pureza, y prescindiendo ahora del estilo: en lo didascálico á Gabriel Alonso de Herrera, tan importante para la cultura de nuestra lengua como para la de las tierras: en fin, en lo satírico, acompañado de la moralidad, es muy recomendable por su

1 *Oracion en alabanza de las obras de Don Diego Saavedra.*

2 Fr. Luis de Leon en una *carta á la Priora y Religiosas Carmelitas Descalzas de Madrid*, en la edicion de las obras de Santa Teresa del año 1635.

elegancia Mateo Aleman, y el nunca bastantemente elogiado Miguel de Cervantes, cuyo estilo es puro, natural, propio, fácil, claro, fluido y ameno.

El exercicio junto con la imitacion es el mejor maestro del buen estilo. Será conveniente que nos propongamos siempre por modelos aquellos Escritores, cuya elocucion nos es mas agradable, como señal clara de que su estilo es análogo á nuestro genio, y de este modo harémos mas felices y rápidos progresos. El que ha de exercer el ministerio del púlpito, si al leer algunos sermones eloqüentes y patéticos se mueve y agita, debe repasarlos muchas veces hasta beber su estilo: así en algun tiempo sus oyentes le restituirán en público las lágrimas que él derramó en su retiro y lectura. Será tambien muy del caso aprender de memoria algunas eloqüentes cláusulas de las mejores obras castellanas, ó por lo ménos escribirlas muchas veces. Con este mismo objeto copió Demóstenes ocho exemplares de la historia de Tucídides.

En conclusion, se perfeccionará el

buen lenguage oyendo á los que se explican con mayor pureza y emienda. Y así dicen Tulio y Quintiliano, que no contribuyó poco á la eloqüencia de los Graccos la de su madre Cornelia [1]; y fué tambien singular la que se notó en las hijas de Cayo Lelio y de Quinto Hortensio por su familiar y doméstico trato [2]. Por esto Ciceron solia visitar las matronas de Roma que hablaban mejor, entre otras á Lelia, cuya conversacion manifestaba cierta tintura de la elegancia de su padre [3]. Concurria tambien á las casas de las dos hermanas Licinias, la una muger de Scipion, y la otra del jóven Mario, que se habian siempre distinguido en la delicadeza del lenguage. Estas diligencias practicó Marco Tulio para hacerse elegante en su idioma latino, y ninguna debe despreciar el que quiera serlo en el castellano.

1 Cicer. *in Bruto n.* 211. Quint. *Inst. orat. Lib. 1. cap.* 1.

2 Quint. ibid.

3 *De clar. orat. n.* 211. *Ergo illam* (Laeliam) *patris elegantia tinctam vidimus.*

CAPITULO II.

De la claridad del estilo.

La elegancia no nace solamente de la pureza, sino tambien de la claridad del estilo. Como el fin de la locucion es el de comunicar á los demas nuestros pensamientos, todavía será mucho mas digno de alabanza el lenguage claro, que el puro y castizo. Augusto fué tan amante del estilo perspicuo, que para que el suyo lo fuese mas omitia las preposiciones, como dice Suetonio [1], y multiplicaba las conjunciones, sacrificando en obsequio de la claridad la gracia y la fluidez de la oracion.

Para que sea claro el estilo no basta que las palabras estén recibidas por el uso comun, han de ser tambien propias, y las traslaticias deben tener tan conocida relacion y semejanza respecto del signifi-

1 *In August. cap.* 60.

cado, que no sea menester una reflexîon continua y molesta para entenderlo. De aquí suele nacer muchas veces la obscuridad de algunos que usan de Metáforas atrevidas, tomadas de cosas desconocidas ó poco comunes, y cuya significacion no es semejante á la de los vocablos propios en su primera institucion. Por el contrario contribuye mucho á la claridad del estilo la energía de ciertas palabras metafóricas, que por medio de imágenes vivas y fuertes representan los objetos. Quando leemos de algun Santo, *que ardía su corazon con fuego de amor divino*, parece que vemos abrasarse interiormente en vivas llamas.

Las voces mas comunes son las mas claras, y es necio pedantismo el usar de algunas exóticas y singulares. Se han de evitar los equívocos, cuya significacion ambigua confunde siempre el Discurso, impidiendo la inteligencia de lo que se quiere expresar. Los Paréntesis deben ser pocos y muy cortos. La demasiada brevedad ó el laconismo, y por el contrario los períodos muy largos y la afluencia a-

siática suelen tambien obscurecer la oracion. Algunos equivocando la abundancia con la superfluidad son tan difusos, que no omiten circunstancia por pequeña que sea, cargando las ideas principales con otras accesorias de poca consideracion; y así quitan al Discurso la claridad, que nace de la natural sencillez de los pensamientos. En la eloqüencia lo que abunda daña: *obstat quidquid non adiuvat*, dice Tulio.

Para dar á entender á los demas nuestras ideas, es igualmente necesario el buen órden de las frases y expresiones. Se han de evitar las Transposiciones de pensamientos y de palabras, á excepcion de muy rara vez que el asunto exîja esta figura; ni debemos afectar, como hacian algunos de nuestros antiguos Escritores, la colocacion de las dicciones á semejanza del idioma latino. Tambien lo quiso imitar muchas veces Miguel de Cervantes en su *Galatea*, poniendo el verbo al fin de los períodos. En las demas obras suyas no se nota tanto este descuido, ó sea cuidado; pero ageno ciertamente de la lengua

española, que está ya como emancipada de la latina.

Sirva de exemplo para la claridad y energía del estilo la elegante relacion que hace el Conde de Osona, de un caso tan extraño como lastimoso, que sucedió en el alcance de los Masagetas, derrotados en el valle de Hemo [1]: »Viendo la batalla »perdida, y que las armas catalanas lo »ocupaban todo, un Masageta mozo, va»liente y bravo quiso acudir al remedio »de la huida, mas por librar á su mu»ger hermosa y de pocos años, que por »temor de perder la vida. Con la priesa, »que el peligro pedia, sacó su muger de »los reparos y tiendas, donde todo an»daba ya revuelto con la sangre y con la »muerte, y puesta sobre su caballo, el »primero que el caso le ofreció, y él en »otro, tomáron el camino del monte. »Tres soldados nuestros movidos de su co»dicia, ó quizá de la hermosura y bizar»ría de la muger, la fuéron siguiendo.

1 D. Francisco de Moncada, Conde de Osona, *Expedicion de los Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, *cap.* 43.

»Reconoció el marido sus enemigos y el »cuidado con que le venian siguiendo: »echó el caballo de su muger delante, y »con el alfange le iba dando y animaba »con voces; pero el caballo se rindió al »calor y al cansancio. Con esto el Masa»geta tuvo por menor mal dexar la mu»ger que morir él, y dando riendas y »espuelas á su caballo pasó adelante; pe»ro las lágrimas y quejas tan justamente »vertidas de su muger le detuvieron. Re»volvió su caballo, y emparejando con »ella le echó los brazos, y con besos y »lágrimas se despidió y apartó enteramen»te, y levantando luego el alfange le cor»tó de una cuchillada la cabeza. Bárbara »y fiera crueldad, y extraña confusion de »accidentes, que puedan en un mismo »tiempo andar juntos los abrazos con el »cuchillo, y los besos con la muerte: e»fectos todos de la pasion de un amante. »Amor tierno dió los abrazos y besos; ze»los insufribles el cuchillo y la muerte, »porque sus enemigos no gozasen lo que »él perdia, y venciéron los zelos: dos a»fectos igualmente poderosos en el ánimo

»del hombre, amor y deseo de vivir. Al »mismo tiempo que cayó la muger muer»ta del caballo, le cogió por la rienda »Guillem Bellver, uno de los tres que la »seguian; pero el Masageta, bañado de »sangre propia vertida por sus manos, con »increible furia y braveza de una cuchi»llada quitó el brazo y la vida á Gui»llem, y revolviendo sobre Arnau Miró »y Berenguer Ventallola dando y recibien»do heridas, *cabe* [1] el cuerpo de la mu»ger cayó muerto, y no parece cumplie»ra con las leyes de amante, si como sa»crificó la vida de su muger á sus zelos, »no sacrificara la suya á su amor.

No solo la pureza, la propiedad y el buen órden de las palabras y expresiones hacen el estilo claro; sino tambien el método con respecto á las cosas que se tratan, diciéndose ántes algunas que son necesarias para inteligencia de las demas, y omitiéndose otras hasta que el Lector esté bien instruido de los antecedentes. Se hablará primero de lo mas claro, para lle-

1 Es la única voz antiquada que contiene este lugar.

gar como por escalones á lo mas obscuro y difícil. Tambien se comprehenderá mejor el Discurso dividiéndole en algunos puntos; pero no en tantos, que reducido, por decirlo así, á polvo se cause mayor confusion.

Se ha de poner mucho cuidado en no interrumpir las narraciones, haciendo perder al Lector el hilo y la memoria de lo que se refiere. Por lo mismo las digresiones han de ser muy cortas, y usarse solamente quando haya conocida utilidad, volviendo quanto ántes al objeto principal.

Por lo comun la obscuridad en las expresiones y en el método es imágen de la que hay en el entendimiento del Autor; pues el que tiene claras ideas de las cosas, las da á entender con palabras significativas y buen órden. Mas no han faltado ni faltan sugetos tan ridículos que afecten la obscuridad, por cuyo medio tal vez se lisonjean parecerse á los Oráculos antiguos, y ser venerados por el vulgo ignorante y necio. Este suele alabar lo que no entiende, atribuyendo á su

poca capacidad lo que nace del corto talento ó de la extravagancia del Autor. Ciceron reprehendió la obscuridad de Marco Antonio, diciéndole, que seria mejor ser mudo, que hablar de manera que no fuese entendido [1], y Octaviano le motejó tambien, de que no se dexaba comprehender por hacerse admirar [2]. Asimismo pensaria aquel pedante, de quien dice Quintiliano, que exhortaba á sus discípulos á escribir con obscuridad, y que solia exclamar: *¡Tanto mejor, pues yo mismo no lo entiendo* [3]!

Una persona ingenua y discreta, habiendo leido cierto Discurso obscurísimo, que le confió un amigo para la censura, y no habiendo podido entender palabra de quanto contenia, pidió al Autor que le expusiese el sentido de su confusa obra, quien lo explicó con voces y expresiones mas naturales ó ménos estudiadas. »Esto (concluyó) es lo que yo »quise decir. Está bien, (replicó el cen-

1 *Philip. III.*
2 Suet. *in Augusto cap.* 86.
3 *Instit. orat. Lib. VII. cap.* 2.

»sor) pues si vmd. quiso decirlo, ¿cómo no lo decia? Borre vmd. todo quanto ha escrito, substituya en su lugar el contexto y las mismas palabras con que ahora ha manifestado sus pensamientos, y será ménos malo su Discurso; porque solo hablamos y escribimos para que nos entiendan.

En fin, la principal virtud del estilo es la claridad, y es tan despreciable como viciosa la oracion parecida á los enigmas, y que necesita de intérprete. Marcial se rie de la obscuridad con que Sexto escribia, diciéndole, que sus libros no necesitaban de Lector, sino del Dios Apolo, que como Adivino los descifrase [1]: y de otros hace tambien burla Don Francisco de Quevedo con aquella graciosa Ironía:

Ni me entiendes ni me entiendo;
Pues cátate que soy culto.

1 *Lib. x. epigr. 21.*
Non Lectore tuis est opus, sed Apolline libris.

CAPITULO III.

Del adorno en el estilo.

El tercer requisito de la Elocucion es el adorno, sin el qual en los asuntos que le requieren, por mas que sea el estilo puro y claro, faltará aquella gracia ó belleza, que tanto contribuye á que se lean con gusto los buenos escritos. Pero se ha de tener muy presente, que el excesivo adorno es tambien uno de los mayores vicios. Y así el estilo no debe cargarse de agudezas, de flores, de tropos, de epitetos, de erudicion, de sentencias ni de figuras. Solo el moderado y discreto uso de estos adornos hace el Discurso agradable. El cuidado que se ha de poner en la elegancia debe ser diligente, sin molestia del que habla [1], ni fastidio del que oye. No hay cosa que tanto impida el ser eloqüente como el desmedido deseo

1 Cicer. *in Brut. num.* 143. *Loquendi accurata, & sine molestia diligens elegantia.*

de parecerlo, y muchas veces á fuerza de querer dar extraordinario gusto se causa displicencia. El deleyte pues que ha de producir la Elocucion, no ha de ser tal que nos empalague [1]. La oracion ha de tener una suavidad austera, y no dulce ni fastidiosa [2].

Dionisio Longino dice, que los discípulos de Isócrates por haber querido ser demasiadamente adornados en su estilo perdiéron la fuerza y la vehemencia. Quando el que habla ó escribe tiene mas imaginacion que juicio, suele caer en el defecto de la superfluidad en los adornos, y en algunos es vehementísima la tentacion de decir quanto les parece brillante. Pero quien aspire á la verdadera y sólida eloqüencia ha de omitir qualquier adorno que no sea muy oportuno, y es prueba nada equívoca de sabiduría y prudencia el desprecio de lo que únicamente sirve para una pompa y ostentacion vana.

1 Cicer. *de Orat. Lib. III. num.* 97. *Genus igitur dicendi est eligendum ::: quod non solum delectet, sed sine satietate delectet.*

2 Ibid. *num.* 103. *Suavitatem habeat austeram, non dulcem, neque decoctam.*

Hasta la misma Arte poética, cuyas obras se emplean tanto en deleytar, encarga la juiciosa moderacion en los adornos [1].

Petronio llama á los Discursos llenos de falsas agudezas *vidrios rotos*; y con mucha propiedad ciertamente; porque punzan, brillan y nada valen. La aparente hermosura de estos relumbrones tan vanos y dignos de desprecio, solo puede agradar á los niños y á los ignorantes; pues contentos unos y otros con el oropel, no conocen lo que es verdaderamente precioso. Mas si las agudezas no son demasiado freqüentes ni sofísticas, sino moderadas y sólidas, forman entónces el estilo que se llama agudo, y es una de las qualidades ó virtudes que le adornan y distinguen.

Si el estilo agudo en los pensamientos es ademas metafórico y elegante en las palabras, se dice florido y bello. Dionisio Halicarnáseo hace distincion entre la belleza y la gracia: aquella consiste en la grandeza, magestad y nobleza de la lo-

1. Horat. *v.* 447. . . . . *Ambitiosa recidet Ornamenta* . . . . . .

cucion, y esta en el órden, decoro, número y armonía. Por lo que califica de bello el estilo de Tucídides, y no solo de bello, sino tambien de gracioso el de Tito Livio. Estas qualidades sobresalen en aquellas eloqüentes expresiones de Cervantes en boca de Ambrosio quando refiere la muerte de Grisóstomo, causada por el desden de Marcela [1]: „Ese cuerpo, se„ñores, que con piadosos ojos estais mi„rando, fué depositario de una alma, en „quien el Cielo puso infinita parte de sus „riquezas. Ese es el cuerpo de Grisósto„mo, que fué único en el ingenio, so„lo en la cortesía, extremo en la gen„tileza, fénix en la amistad, magnífico „sin tasa, grave sin presuncion, alegre „sin baxeza, y finalmente primero en to„do lo que es ser bueno, y sin segundo „en todo lo que fué ser desdichado. Qui„so bien, fué aborrecido, adoró, fué „desdeñado, rogó á una fiera, importu„nó á un mármol, corrió tras el vien„to, dió voces á la soledad, sirvió á la

1 *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Part. 1. cap.* 13.

»ingratitud, de quien alcanzó por pre-
»mio ser despojo de la muerte en la mi-
»tad de la carrera de su vida, á la qual
»dió fin una pastora, á quien él procura-
»ba eternizar.

Debemos igualmente evitar, en órden al estilo florido y bello, la nimia delicadeza y los afectados atavíos, que debilitan y enervan la oracion [1]. Pues de otro modo el Discurso se parecerá á los pisaverdes, que creen serlo mas si cargan su vestido de adornos, su cabeza de bucles, y sus pañuelos de aromas. Este estilo será tan ridículo y despreciable como aquellos hombres afeminados. Se ha de usar de cierto adorno varonil en los asuntos graves, y en los que le admiten mas florido, será como el que corresponde á una matrona honesta, y no semejante al que se nota en los arreos y afeytes de las mugeres vanas y de conducta sospechosa.

Es mucho mas reprehensible este defecto en aquellos Oradores, que hablando en el púlpito de las severas máximas

1 Cicer. *de Orat. Contextus virilis sit, nec circa flosculos occupatus.*

de nuestra sagrada religion, y persuadiendo á los Christianos la penitencia y el oprobio de la cruz, usan de un estilo blando y afeminado, indigno de la grandeza y magestad del Evangelio. Es muy indecoroso que en la cátedra del Espíritu Santo se abandone el grave peso de las verdades católicas, para decir cosas vanamente agradables, que solo llenan el oido, dexando vacio el corazon. El entendimiento de los oyentes, entretenido con la aparente belleza de los pensamientos mas brillantes que sólidos, y de los vanos adornos, no está bien dispuesto para la persuasion que pide una eloqüencia vigorosa. Ademas, los Oradores que se ocupan en decirlo todo con estudiada delicadeza, por lo comun descuidan de la solidez, y no elevan sus pensamientos á la altura que corresponde.

El que pone un excesivo cuidado en pulir y adornar su estilo, suele dexarlo sin nervio [1]. Porque esta solicitud disipa su

1 Horat. *Art. poët. v.* 26.
..... *Sectantem laevia nervi*
Deficiunt, animique .....

espíritu, que debia ocuparse en la invencion de las pruebas, y en mover el corazon. En la Oratoria es tan reprehensible quien sin atender á lo sólido y principal emplea superficialmente sus talentos en este luxo de la locucion, como en lo económico el que disipa sus rentas en músicas, en galas supérfluas, y en otras cosas inútiles ó vanas, sin poner cuidado en la necesaria provision de su casa. Pero de este y de otros vicios del estilo oratorio hablaré mas particularmente en capítulo separado [1].

Ahora baste decir en general, que en los asuntos morales, y en otros que por su interes llaman toda la atencion del Auditorio, debe el Orador despreciar los adornos muy estudiados, que denotan mas una ambicion de gloria vana, que los deseos de convencer, persuadir y mover. Es siempre muy importante una diligente negligencia [2], poniendo cuidado en la elegancia; pero mayor en ocultar este mis-

1 Cap. xx.

2 Cicer. *Orat. ad Brut. n.* 78. *Quaedam etiam negligentia est diligens.*

mo cuidado [1], para librarse de la sospecha que nace del artificio que se descubre, y es siempre el mayor obstáculo de la persuasion. Parte es de la eloqüencia el disimularla.

Los epitetos propios y los traslaticios, que denotan las qualidades mas sobresalientes de los substantivos, adornan mucho la oracion. De unos y otros usa Cervantes quando refiere en su *Galatea* las honras que se hicieron al difunto pastor Meliso; dice: »Al *lamentable* sonido re»sonaban los *cercanos* collados y los *apar»tados* valles, y las ramas de los *altos* »cipreses y de los otros muchos árboles »de que el valle estaba lleno, heridos de »un *manso* céfiro que soplaba, hacian y »formaban un *sordo* y *tristísimo* susurro, »casi como en señal que por su parte a»yudaban á la tristeza del *funesto* sacri»ficio [2].

El epiteto nunca debe ser ocioso, sino añadir siempre alguna nueva idea al

1 Cicer. *de Orat. Cura est habenda, sed dissimulatio curae praecipua.*
2 *Cap.* 6.

sentido principal, ó contraer el género á la especie, ó servir de explicacion, como *fe viva*, *moral evangélica*. No hemos de llenar la oracion de muchos adjetivos, y ménos de aquellos sinónimos, que solo convienen en una vaga y genérica significacion. Porque entónces, léjos de dar energía y belleza á los pensamientos, los confundirémos entre el molesto tropel de palabras inútiles. Ademas, la vana y ostentosa profusion de los epitetos no nos hará elegantes, sino verbosos y afectados; vicio que fué muy comun entre los Escritores del siglo pasado.

Tampoco debe cargarse el estilo de afectada erudicion: ha de parecer que se encuentra sin buscarla. Se usará solo de la mas oportuna, sin hacer ostentacion de muchas citas ó autoridades. Algunos, para dar á entender que son muy leidos y doctos, dicen las cosas mas triviales, alegando innumerables Autores en confirmacion de lo que no la necesita. Este pedantismo manifiesta tambien un entendimiento servil y poco capaz de adelantar sobre los conocimientos de otros, ó de ha-

cer nuevos progresos. Muchos, por despachar su erudicion y decir todo quanto saben, que suele ser muy poco, hacen digresiones impertinentes, y arrastran por los cabellos su escasa doctrina, que siempre parece está forcejando por separarse del lugar donde la colocan. El acinar de este modo en un Discurso la erudicion es tan fácil, como dificultoso el moderado y discreto uso de la que solo es oportuna y exquisita. En este último caso el estilo se llama erudito; y quando está adornado de las instrucciones y de los conocimientos necesarios ó convenientes, se dice científico y docto.

Adornan mucho el estilo las transiciones artificiosas, que nacen del mismo fondo del Discurso, en las quales se descubre el ingenio del buen Orador. De un punto á otro, de una á otra prueba, de pensamiento en pensamiento se ha de pasar de manera, que no parezca se va saltando, sino que se anda por un camino llano. Deben ser estas transiciones semejantes á las articulaciones del cuerpo humano, unidas de tal modo, que léjos

de afearle, hermoseen su noble estructura.

Con todo, algunas veces conviene pasar de un asunto á otro, haciendo de ello expresa mencion, y de que se ha concluido el punto antecedente, que se llama transicion perfecta; y se dice imperfecta, quando solo se insinua, ó lo que se ha tratado ó lo que se sigue. Se podrá usar de este medio en el estilo didascálico, en el familiar y en otros semejantes, que piden solo la claridad sin adorno ni artificio.

Heineccio [1] divide el estilo grande, segun sus adornos y circunstancias, en áspero, vehemente, esplendido, amplificado y grave. Es *áspero* quando se reprehende con moderacion y sin desacato á algunas personas, que por su carácter merecen respeto; *vehemente*, si se hacen invectivas contra sugetos de menor ó de poca consideracion con palabras ó figuras acres; *esplendido*, en el caso que con dignidad, sin arrogancia, y en defensa propia ó de los suyos refiere alguno sus loa-

1 *Fund. stil. cult. Part.* 1. *cap.* 2. §. 51.

bles acciones, ó alaba los hechos de los amigos y parientes para honrarlos, ó restablecer la buena opinion que merecen; *amplificado*, quando nos valemos con freqüencia del género para ilustrar la especie, y al contrario, de la definicion, de las comparaciones, de los exemplos, de los testimonios, de las causas, de los efectos, de los lugares comunes, y en suma de las fuentes que para este adorno de la amplificacion señala la Oratoria. En fin, el estilo *grave* es aquel con que se trata dignamente de las cosas divinas, morales, políticas y de la guerra, valiéndonos de ciertos adornos serios, digámoslo así, y entre otros de algunas sentencias oportunas.

Entre los Retóricos se dice universalmente *sentencia* la que llaman los Gramáticos *oracion*; pero aquí se toma esta palabra especialmente y por excelencia por un dicho general, agudo, instructivo y breve; por exemplo: *Las letras tienen las raices amargas, y los frutos dulces.* Las sentencias han de ser tambien como la sal en los manjares, las que basten para dar

gusto, pero no tantas que molesten al paladar; ó como la fragancia, que poca deleyta, y mucha ofende. Aun quando estas sean las mas exquisitas no se han de usar con prodigalidad, sino con singular economía; porque si son muchas fastidian, y la brevedad en su expresion quita la fluidez al estilo. Aunque el de Don Diego de Saavedra en su *Idea de un Príncipe político y Christiano* es grave y noble generalmente, con todo incurre muchas veces en este defecto, como quando dice hablando de la ira [1]: »Con la mis»ma llama que levanta se deslumbra: el »tiempo solamente la distingue de la lo»cura. En la ira no es un hombre el mis»mo que ántes, porque con ella sale de »sí. No la ha de menester la fortaleza »para obrar; porque esta es constante, »aquella varia; esta sana, aquella enfer»ma. No se vencen las batallas con la li»viandad y ligereza de la ira; ni es for»taleza la que se mueve sin razon. Nin»guna enfermedad del ánimo mas con-

1 *Emp. VIII.*

»tra el decoro del Príncipe que esta ::::

Las sentencias muy sutiles son como las quintas esencias, que se han de tomar en pequeña dosis para que no dañen. Las máxîmas morales y políticas deben proponerse de modo, que no parezca queremos ser maestros de los demas. El amor propio es muy delicado: el enseñar ó aconsejar da á entender que tenemos cierta superioridad de luces, y que los Lectores necesitan de que se las comuniquemos. Hay ciertamente pocos humildes, y muchos enamorados de sí, cuyo orgullo se resiente, sino se les instruye de manera que no adviertan pretendemos hacerlo, y queden enseñados sin notarlo.

En el siglo pasado y principio de este, como dixe en la Introduccion, se abandonáron los ingenios españoles al inmoderado uso de los adornos. Entónces todas las artes por una comun fatalidad corriéron esta misma adversa fortuna. Se cargáron pues los Discursos de afectadas sentencias, de tropos, de juegos de vocablos, de retruécanos, de Antítesis y de otras figuras pueriles. Apénas hubo Escri-

tor que se librase de este general contagio, que infestó tambien al mismo Don Francisco de Quevedo, no solo en sus obras burlescas y satíricas, sino en las serias, que requieren una eloqüencia sólida, varonil y grave. Traeré aquí algunas cláusulas suyas para que no parezca aventurada mi proposicion, y se eviten estos vicios del estilo; dice en la vida de Marco Bruto: »Para que se vea invencion »nueva del acierto del desórden, en que »la muerte y las puñaladas fuéron Electo»res del Imperio, escribo en la vida de »Marco Bruto y en la muerte de Julio »César los premios y los castigos, que la »liviandad del pueblo dió á un buen ti»rano y á un mal leal. Tropelía son de »la malicia los buenos malos y los malos »buenos :::: El tirano y el libertador co»nozcan, que ni el uno logra su inten»to, ni el otro pierde su maldad, quan»do el pueblo, en cuya memoria tiene »vida lo pasado, vende al interes propio »la maldad, pobre por la sujecion, mas »bien recibida.

Todavía es mas afectado y pueril Lo-

renzo Gracian ; por exemplo despues de haber usado de aquella fria Paranomásia en boca de una doncella recatada : *Yo siendo una* rosa *seré* risa *del mundo* ; dice : „Al „otro dia la matrona dió en matrera , la „doncella de vestal en bestial , el merca„der á obscuras para dexar á ciegas , el „juez se hizo parte con el que parte , los „sabios con resabios , &c. [1] " Á los que seguimos mas severas Musas no nos es lícito ser tan agudos , como decia Marcial á semejante propósito [2].

Los Escritores de aquellos tiempos prefiriéron tambien á una juiciosa moderacion en los adornos los conceptos demasiadamente sutiles , las alusiones remotas, las Metáforas atrevidas , poco comunes y obscuras ; todo lo qual ocupa , cansa y distrae la atencion , separándola del objeto principal del Discurso , y de aquí se sigue la molestia , el tedio y el abandono de la lectura.

Por lo mismo tampoco nos hemos de

1 *Crit. Part. III. pag.* 251.
2 *Nobis non licet esse tam disertis*
Qui Musas colimus severiores.

valer con exceso ó con mucha freqüencia de las figuras mas sobresalientes. Hasta los mismos pensamientos muy elevados ó sublimes se han de usar con prudente moderacion. En efecto, los grandes objetos y muy brillantes fatigan nuestra alma, como á los ojos ofende la demasiada luz. La verdadera eloqüencia no debe deslumbrarnos.

De todo lo dicho venimos á concluir en suma, que los adornos de palabras y de pensamientos tan estudiados, tan continuos, y que en lugar de hallarse distribuidos con discrecion, están como amontonados, quitan al Discurso su natural belleza y dignidad [1]. Y este es principio y regla general para todas las artes, en que una noble sencillez da magestad y perfeccion á sus obras, como vemos en la Pintura, Escultura y Arquitectura. Para llenar de algun modo la grandeza de nuestra alma es necesario proponerla cosas grandes y solidamente hermosas, que la causen un verdadero placer.

1 Auctor ad Heren. *Lib* IV. §. 32. *Gravitas minuitur exornationibus frequenter collatis* ::::: *est in his lepos, & festivitas, non dignitas, neque pulchritudo.*

CAPÍTULO IV.

De los períodos.

El artificio de los períodos y el número oratorio pertenecen tambien al adorno del estilo. Poco hay escrito sobre la construccion de los períodos castellanos; mas la analogía que tiene nuestra lengua con la latina nos da campo y derecho para aplicar á este capítulo muchas de sus reglas.

El período se llama así del griego, porque es la oracion que corre dentro de su circuito ó redondez, como si dixéramos: *un orbe de palabras*: debe tener principio y fin, y una notable extension [1]. En el primer requisito se diferencia de la *Eromene* ó proposicion incompleta, y en órden á su magnitud ha de ser tal, que llene el oido con su número y armonía. El período pues, conforme á su etimo-

1 Aristot. *Rhet. Lib.* III. *cap.* 4. §. 4.

logía y á lo que dice Tulio [1], es la oracion que encerrada en un ámbito de palabras corre hasta completar la sentencia. Llámase sencillo, si consta de un solo miembro, y compuesto, si tiene mas. El período simple se diferencia de la proposicion lógica en aquellas palabras que le dan mayor ámbito y extension. Sea la proposicion lógica: *El Juez ha de ser muy justo*; y el período sencillo: *El Juez* para hacerse agradable á los ojos de Dios y de los hombres *ha de ser muy justo.*

De lo dicho se viene tambien en conocimiento de lo que debemos entender por *incisos* ó *comas*, con oposicion á los miembros de que constan los períodos. Son pues los incisos unas proposiciones breves y completas sin número oratorio, y los miembros las sentencias armoniosas, que separadas del período compuesto no tienen perfecto sentido. Así lo explica Quintiliano; bien que el inciso si es parte del período tampoco cierra la oracion. Otros han distinguido los incisos de los

1 *Orat. ad Brut. n.* 207.

miembros por las mas ó ménos sílabas de que constan, diciendo que aquellos son los que no llegan á siete, y estos los que tienen mas.

De los incisos debe usarse en los casos que piden acrimonia y vehemencia, como quando dixo Cervantes en persona de Don Quixote encolerizado contra unos arrieros: »De vosotros, soez y baxa ca»nalla, no hago caso alguno: *tirad*, *lle»gad*, *venid* [1]." Tambien son oportunos en los soliloquios y en las narraciones de los sucesos que pasáron con celeridad, para formar entónces el estilo rápido ó veloz. Tal es el de aquella carta tan sabida de Julio César: *Llegué*, *vi*, *vencí*. El Obispo de Tarazona Fray Don Pedro Manero, para significar la eficaz y maravillosa prontitud con que obráron los divinos auxîlios en Tertuliano, dice: *Acudió la gracia*, *abrió los ojos*, *conoció el error*, *convirtióse* [2].

El período compuesto es de dos, de

1 *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, *Part.* 1. *cap.* 3.
2 *En la Prefacion de la Apología de Tertuliano.*

tres ó de quatro miembros, y por esto se dice *bimembre*, *trimembre*, *quadrimembre*. Cada uno de estos contiene dos partes; la proposicion, en que el sentido queda pendiente, y la conclusion, que le completa. V. g. „*Si qualquier ciudada-*„*no debe valerosamente defender á su pa-*„*tria*, mucho mas el soldado, que lo ju-„ró expresamente, y vive á sus expensas.“ En este período las palabras notadas con letra bastardilla contienen la proposicion incompleta y antecedente, y las otras la conclusion que cierra la sentencia. Lo mismo debe entenderse de los demas períodos compuestos, cuya primera parte suele comprehender dos ó tres miembros, y al contrario.

Quáles sean los períodos bimembres, trimembres y quadrimembres lo dicen sus mismos nombres: bastará que se ilustren con exemplos. Supongamos una oracion, y sea: *La virtud por sí se hace siempre muy amable, y es justamente respetada.* Este período sencillo pasará á ser compuesto de dos miembros del modo siguiente: „*Como* la virtud por sí *es tan*

»*hermosa y tan digna de honor*, se hace »siempre muy amable, y es justamente »respetada." Á este tenor se extenderán semejantes períodos, usando de las comparaciones, de los adjuntos y de las otras fuentes de la amplificacion. Asimismo el período de dos se hace de tres miembros, añadiendo otro á la antecedente, ó á la última proposicion, v. g. »Como la vir»tud por sí es tan hermosa y tan digna »de honor, *y estas qualidades grangean* »*la voluntad y la estimacion de los hom*»*bres*, se hace siempre muy amable, y »es justamente respetada.

Para mayor claridad reduzcamos á lógico este mismo silogismo oratorio, suprimiendo algunas expresiones: *Todo lo hermoso es amable; la virtud es hermosa: luego es amable.* Las otras palabras del período sirven para su mayor adorno, y para que amenizada la aridez de las tres proposiciones deleyten al entendimiento con su belleza, y al oido con su armonía. En esto principalmente se diferencia la Lógica de la Oratoria, y para explicarlo mejor el Filósofo Cenon usaba del

símil de la mano, denotando con el puño cerrado la Dialéctica, y abierto la Retórica. Porque respecto de esta no basta decir cosas verdaderas y sólidas, sino que es necesario dar á las expresiones la correspondiente extension y suavidad.

El período mas perfecto y agradable es el quadrimembre. Por lo comun encierra tambien un silogismo oratorio. De sus quatro miembros los dos primeros componen regularmente la primera parte, los otros la segunda, y todos contribuyen mucho á la armonía, si tienen entre sí cierta igualdad, como es la del siguiente período:

„Si hasta donde alcanza el poderoso bra-
„zo de los Reyes,
„llegase tambien su vista perspicaz y cui-
„dadosa,
„sin duda se lograran siempre los bue-
„nos y saludables efectos,
„que prometen las mas sabias provident-
„cias.

Nuestra lengua conserva, por decirlo así, las facciones de su madre la latina, siéndole muy semejante en su armonía nu-

merosa. En confirmacion de esta verdad puede cotejarse el perído que antecede con el primero de la Oracion de Tulio en defensa de Cecina:

»Si quantum in agro, locisque desertis
»audacia potest,
»tantum in foro, atque in iudiciis im-
»pudentia valeret;
»non minus in causa cederet Aulus Cae-
»cina sexti AEbutii impudentiae,
»quam in vi facienda eius cessit audaciae.

En efecto el idioma castellano contiene en muchas de sus voces la quantidad de los pies latinos, de modo que Don Manuel Estéban de Villegas compuso versos hexámetros españoles, y á lo ménos consiguió imitar felizmente los sáficos, como son aquellos:

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Zéfiro blando.
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi amor llevaste,
Oye, no temas, á mi Ninfa dile,
Dile que muero.

El último miembro de los períodos podrá ser mas largo sin ofensa del oido; ántes bien, como dice Ciceron [1], y advierte Demetrio Falereo, ó quien sea el Autor del libro de la *Elocucion* [2], semejantes períodos serán magníficos, hermosos y agradables. Tampoco se tendrán por defectuosos, si los primeros miembros son mas largos que los últimos, bien que siempre será muy graciosa la igualdad, con tal que no incurra en la afectacion, ni se roce con el metro de la Poesía.

En los asuntos que piden estilo magnífico deben ser mayores los miembros, y mas particularmente en los Exôrdios, como lo practicó Tulio en la defensa de Milon. El período no debe pasar comunmente de quatro miembros, y si alguna vez llega á cinco, han de ser muy breves, de modo que toda la oracion no exceda el ámbito de quatro versos heroycos [3]. De otro modo falta la armonía, se confunde y obscurece el Discurso, se cansa la

1 *De Orat. Lib.* III. *n.* 186.
2 *Lib.* I.
3 Cicer. ibid. *n.* 66. *Orat. ad Brut. n.* 222.

atencion del que oye y el pecho del que habla.

Si la oracion se compone de muchos incisos ó miembros, y para concluirla es necesario el vigoroso aliento de quien la profiere, se llama *pneuma*, palabra griega que vale tanto como *espíritu*; porque se alarga la conclusion del período quanto lo permite el aliento del que le recita. V. g. »Si, como dixo el Sabio Rey »Don Alfonso, los que ganan la genti»leza por sabiduría son por derecho lla»mados nobles, y los Letrados que hu»biesen enseñado ó sido Catedráticos vein»te años obtienen la honra de Condes; si »dexando aparte los privilegios de las otras »Universidades, las leyes Recopiladas exî»men de los pechos y contribuciones á los »Doctores y Licenciados de Salamanca, »Valladolid, Alcalá, y á los Colegiales de »Bolonia; si los Bachilleres gozan de la »exêncion de quintas y otras prerogati»vas, y de todas las de la hidalguía los »Abogados con exercicio, ¿qué nobleza »tan superior no deben conseguir los Mi»nistros togados, en quienes dan muy

»de cerca los reflexos de la autoridad su»prema [1]?

Quando el *pneuma* es tan largo, que el pecho mas robusto apénas puede concluirlo, se llama *Tasis*, esto es, *extension*, que debe usarse raras veces, y si corre con velocidad se dice *Cataphora*, que es lo mismo que *ímpetu*, propio de las invectivas y acusaciones criminales [2].

Mucho mas pudiera extenderme en este asunto de los períodos: baste haber dado algunas reglas generales, sin que con otras carguemos excesivamente la memoria, y hagamos mas dificultosa la práctica, abandonando la naturaleza, el oido y la imitacion, por donde algunos que no supieron el arte, han compuesto períodos excelentes.

1 *En mi Discurso sobre la Nobleza de las armas y las letras.*

2 Cicer. *de Orat. Lib. III. n.* 191.

CAPITULO V.

Del número oratorio.

El número se divide en poético y oratorio; porque la cadencia de la prosa no debe ser, segun previene Aristóteles, exquisita ni canora [1], distinguiéndose del rithmo de la Poesía, en que si bien se percibe y cierra la oracion con fin agradable al oido; pero está como disimulada con la variedad, ó sin la uniforme medida de los versos. Lo mismo dice Tulio [2], quien entendió por número retórico *cierta modificacion nacida de la proporcionada mezcla de los pies y de los tiempos*: los Poetas, añade, se diferenciaban antiguamente de los Oradores en el número, de que estos se valiéron despues en cierto modo siguiendo á Isócrates, el primero que le usó, por haber observado el mayor deleyte con que se oïan las poe-

1 *Rhet. Lib. 1.*
2 *Orat. ad Brut. n. 67.*

sías [1]. El mismo Aristóteles, viendo la gloria que este Orador insigne habia adquirido con su armoniosa eloqüencia, repitió con noble emulacion aquel verso de Filoctetes, trocada solo la palabra *barbaros* en *Isocratem*, y dándole un nuevo sentido:

Turpe est tacere, & Isocratem *sinere loqui* [2].

El primero que escribió con número artificioso en lengua castellana fué el Maestro Fray Luis de Leon, como él mismo lo dice en la Dedicatoria del libro tercero de los *Nombres de Christo*, previniendo, que á veces se han de contar, pesar y medir las letras, para que no solamente se diga lo que se ha de decir, sino tambien con armonía y dulzura. Así daba satisfaccion á los que injustamente motejaban sus obras de mal romance; porque no escribia desatadamente, sino que ponia en las palabras concierto, las escogia y daba su lugar consultando la armonía: »El qual camino (añade) quise

1 *Orat. ad Brut. n.* 66. & 174. *de Clar. Orat. n.* 32.
2 Cicer. *ad Q. Frat. de Orat. Lib. III. n.* 141. & 176.

»yo abrir, no por la presuncion que ten»go de mí, que sé bien la pequeñez de »mis fuerzas, sino para que los que las »tienen se animen á tratar de aquí ade»lante su lengua, como los sabios y elo»qüentes pasados, cuyas obras por tan»tos siglos viven, tratáron la suya, y pa»ra que la igualen en esta parte, que la »falta con las lenguas mejores, á las qua»les, segun mi juicio, vence ella en mu»chas otras virtudes." Así se explicaba este Escritor insigne y benemérito del idioma castellano: con todo pocos siguiéron su exemplo en la composicion numerosa, ó por falta de aplicacion y de lima ó de genio, ó de un tratado especial que con delicadeza se acomodase en este particular á la semejanza que tiene nuestra lengua con la latina. Si bien nunca convendrá juntar muchas reglas, que tal vez inducirian á una afectacion pueril; y así deben solo darse algunas generales, dexando lo demas al juicio del oido, que Tulio llama soberbio [1] por lo riguroso y delicado.

1 *Orat. ad Brut. n.* 149.

En efecto se observa, que á la manera que hay versos de diferentes medidas, que tienen su particular gracia y armonía, así en la prosa cada uno consultando á su oido usa de cierto y determinado número, sin que pueda muchas veces dar razon del artificio que se percibe. De aquí nace tambien, como tengo insinuado, que el estilo suele ser la imágen del genio de cada Autor, retratándole ó dulce y suave, ó áspero ó fuerte y duro. Al modo que aun para los que no son peritos en el arte de la Música es desagradable el desentono, así los períodos poco armoniosos disuenan á los mismos que no saben componer con número oratorio. Con todo hay algunos que no perciben la armonía de la buena prosa, á quienes tal vez sucede lo que cuenta Aulo Gelio del que no sabia como consultar á sus oidos [1].

La principal regla para que salga el período numeroso y agradable, es que alternen las sílabas largas con las breves.

1 *Noct. Attic. Lib. XIII. cap.* 20.

Para que esto se comprehenda mejor propondré la oracion siguiente: »Nacen con »nosotros los afectos, y la razon llega »despues de muchos años, quando ya »los halla apoderados de la voluntad, que »los reconoce por señores, llevada de una »falsa apariencia de bien, hasta que la »razon cobrando fuerzas con el tiempo »y la experiencia reconoce su imperio, »y se opone á la tiranía de nuestras in»clinaciones y apetitos [1]." Donde podrá notarse, que las palabras: *Nacen con nosotros los afectos*, no son armoniosas como las demas, especialmente las que cierran el período. Lo que consiste, en que las primeras se componen de muchas sílabas largas ó en sí, por lo que nos detenemos en su pronunciacion, ó por las dos consonantes que se siguen á la vocal, ó porque estas se juntan en el fin y principio de dos voces inmediatas.

Porque la regla tambien para conocer en nuestra lengua una sílaba larga, quando no fuere la penúltima del voca-

1 D. Diego de Saavedra *Emp. VII.*

blo, es el seguirse á la vocal dos consonantes, por el duplicado tiempo que se gasta en su pronunciacion. Por esto dos sílabas breves equivalen á una larga, de donde nace la igualdad del compas, y la singular armonía que percibe el oido en los hexámetros, como en la música resulta de la compasada union de una mínima con dos semínimas, ó con quatro corcheas, ó con ocho semicorcheas, que son equivalentes; porque se gasta tanto tiempo en sola aquella como en todas estas.

Tiene número y armonía agradable el principio de la novela de Cervantes intitulada: *La fuerza de la sangre*: »Una no»che (dice) de las calurosas del verano »volvian de recrearse del rio en Toledo »un anciano hidalgo con su muger, una »hija de edad de diez y seis años, y una »criada. La noche era clara, las horas »once, el camino solo, y el paso tardo, »por no pagar con cansancio la pension »que traen consigo las holguras que en »el rio ó en la vega se toman en Tole»do. Con la seguridad que promete la »mucha justicia de aquella Ciudad venia

»el buen hidalgo con su familia, léjos »de pensar en desastre que sucederles pu»diese; pero como las mas de las desdi»chas que vienen no se piensan, contra »todo su pensamiento les sucedió una que »les dió que llorar muchos años. Hasta »veinte y dos tendria un caballero de a»quella ciudad, á quien la riqueza, la »sangre ilustre, la inclinacion torcida, la »libertad demasiada, y las compañías li»bres, le hacian hacer cosas que desde»cian de su calidad, y le daban renom»bre de atrevido ::::

Muchas veces para que salga el período numeroso es menester variar la colocacion de las palabras, en quanto lo permita la índole de nuestra lengua y el uso comun: en otras ocasiones en lugar de ciertos vocablos duros se han de substituir algunos armoniosos, con tal que sean propios y adequados para lo que quiere expresarse. Hay muy pocos que pongan tan escrupuloso cuidado, y aun en muchos de los Escritores del siglo XVI no se reconoce esta correccion y lima delicada. Es verdad que cuesta un trabajo ím-

probo; pero no les costaba menor á los Autores latinos del tiempo de Augusto, cuyo estilo deleyta en extremo con su armonía, como el de Marco Tulio, que llena el oido con admirable fluidez y dulzura.

Deben tambien mezclarse en la prosa las sílabas ásperas con las suaves, bien que valiéndonos quando sea oportuno de aquellas solas que corresponden al asunto, y colocándolas en su lugar, para que sobresalgan, se distingan y hagan mas viva impresion en el oido. Porque quando se trata de cosas agradables conviene el uso de palabras, cuyas sílabas sean de suave pronunciacion sin muchas consonantes. Si se habla de cosas terribles ó graves debemos valernos de pies Espondeos y Molosos, que constan respectivamente de dos y de tres sílabas largas, como *monton*, *tempestad*. Quando es oportuna la oracion rápida ó veloz, será tambien del caso para expresar la ligereza, que se empleen algunos vocablos compuestos la mayor parte ó en todo de sílabas breves, como el pie Dáctilo y el Tríbaco.

Aunque las palabras de muchas sílabas son á propósito para los asuntos que piden estilo magnífico, pero en general es importante, para que salga el período mas armonioso, la alternativa de algunas dicciones compuestas de tres y quatro sílabas con otras mas breves. Y así tiene número agradable al oido aquel período bimembre de Don Diego Saavedra: »Como la aguja de marear, llevada de una »natural simpatía, está en continuo mo»vimiento hasta que se fixe á la luz de »aquella estrella inmóbil sobre quien se »vuelven las esferas, así nosotros vivimos »inquietos miéntras no llegamos á cono»cer y adorar aquel increado Norte, en »quien está el reposo, y de quien na»ce el movimiento de las cosas [1].

Mas cuidado debe ponerse en el número al concluir, que al empezar los períodos; porque en qualquiera parte que el verso claudique se nota generalmente: pero en la prosa pocos advierten este defecto en las primeras, y casi todos en

1 *Emp. XXIV.*

las últimas palabras [1]. Siendo pues el número tan sobresaliente y perceptible al fin del período en que el oido descansa, se podrá entónces dar firmeza á la oracion con la penúltima sílaba larga. Por esto en los asuntos que piden estilo alto, deben evitarse en la conclusion de los períodos los esdrúxulos, que suelen disminuir la gravedad de la oracion.

Tambien se ha de separar la cercanía de unas mismas letras con que empiezan las palabras inmediatas, como si dixéramos: *El sabio soldado Sertorio*; y lo mismo se entiende en órden á los asonantes y consonantes, que no se pueden sufrir, particularmente quando son finales de los miembros ó de los incisos de algun período; porque transforman la prosa en rimas, y la hacen perder su dignidad. No es ménos desagradable la inmediacion de muchas voces, que acaban con la misma vocal que las que se siguen, porque su colision y la Sinalefa que entónces se comete hacen confusa la oracion,

1 Cicer. *de Orat. Lib. III. n.* 192.

y ofenden el oido con la cacofonía.

Con todo, jamas ha de ser tanta la solicitud en la exâcta y demasiada escrupulosa observancia de estas reglas, que se conozca el arte, y se incurra en la afectacion. Las cláusulas no han de ser, por decirlo así, compasadas ó hechas á torno, ni todos los períodos iguales, ni su medida semejante ó la misma que la del verso, en perjuicio de la magestad y grandeza de la prosa. Aun en la Poesía es muy defectuosa cierta uniformidad, como la censura el discreto Boileau en su *Arte poética*, que traduxo con acierto mi primo Don Juan Bautista Madramany, y dixo de los que afectan esta monotonía, que son molestos

Los que siempre con un tono sin decoro
Parece que salmean en el coro [1].

Y así los puntos, las comas y las respiraciones no deben ser exâctamente iguales; pues aunque son agradables, y fáciles de retener las oraciones numerosas, como advirtió Aristóteles [2]; pero las sueltas

1 *Canto 1.*
2 *Rhet. Lib. III.*

son muchas veces oportunas, alternando con discrecion los períodos armoniosos con incisos, con proposiciones lógicas ó breves, y con otras cláusulas desatadas, para evitar el fastidio que resultaria de la uniformidad de las cadencias, que hieren con unos mismos golpes los oidos. Y al modo que debe suspenderse alguna vez el canto, para que despues sea mas agradable su melodía, y generalmente los silencios y las pausas son muy convenientes para dar á su tiempo gracia y realce á la Música, asimismo una Oracion ó un Discurso deleyta al oido con su número y armonía, si tiene, digámoslo así, sus pausas y silencios, y están mezclados los períodos largos y numerosos con otros cortos, con proposiciones breves y con incisos. Se añade, que si es siempre una misma la cadencia, los Oyentes y Lectores se acostumbran á ella, la notan, luego se fastidian, y al fin la desprecian [1].

Tambien nos hemos de abstener de ciertas palabras supérfluas solo para llenar

1 Cicer. *Orat. ad Brut. n.* 215.

el período y hacerle mas numeroso; porque no hay cosa mas fria ni mas agena de la verdadera eloqüencia, que añadir ripios para completar el ámbito de la oracion.

Debe ser mucho menor la solicitud, no solo en el artificio de los períodos, sino tambien en su número y armonía, quando se usa del estilo tenue ó ínfimo que piden los asuntos didascálicos, las cartas familiares y los diálogos. Las sentencias morales y políticas se incluirán en oraciones sueltas ó puramente lógicas, á lo ménos en períodos sencillos, para que sean mas claras y breves [1]. Tambien se usará con freqüencia de oraciones desatadas en el género deliberativo y judicial; porque como el número se dirige al deleyte de los oidos [2], la excesiva delicadeza de la armonía roba al que oye la atencion que debia poner en el asunto ó en los pensamientos, al modo que en la

1 Horat. *Sat. x. Lib. 1. v. 9. & 10.*
Est brevitate opus, ut currat sententia, nec se
Impediat verbis, lassas onerantibus aures.
2 Cicer. *de Orat. n. 185. Ratio numerorum delectationis causa excogitata.*

Música tampoco atiende á la letra el que escucha con mucho gusto un fino y agradable canto. Ademas, si en esto se advierte demasiado artificio ó alguna afectacion, se hace sospechosa la verdad que se propone [1].

Por lo mismo el número excesivamente artificioso impide muchas veces la persuasion; y así debe usarse con economía, especialmente en las Peroraciones, en las quales es muy oportuna la oracion desatada. El género deliberativo tira mas á deleytar, y pide el estilo magnífico ó sublime; por lo que en los Panegíricos son muy del caso los períodos armoniosos, debiéndose en ellos imitar, como quiere Ciceron, á Isócrates y á Teopompo [2]. Asimismo la armonía conviene á los Exôrdios, á los lugares comunes y á las amplificaciones. En fin, el número tiene cierta analogía con nuestras almas [3], como todo aquello en que hay órden, y así deleyta al oido, capta el entendimiento y mueve el corazon.

1 Cicer. *de Orat. n.* 209.
2 Ibid. *n.* 61. *Ad Brut. n.* 207.
3 *De Orat. Lib.* III. *n.* 197. *Nihil est autem tam cognatum mentibus quam numeri.*

CAPITULO VI.

Del decoro en el estilo.

»¿De qué sirve, dice Quintiliano, que »las palabras sean latinas, propias, cla»ras, adornadas con figuras y con el nú»mero, sino convienen á los asuntos? ¿si »usamos del género de decir sublime en »las causas de poco momento, del tenue »en las grandes, del alegre en las tris»tes, del suave en las ásperas, del so»berbio en las humildes, del sumiso en »las elevadas, y del fuerte y violento en »las agradables [1]?" En efecto el estilo debe corresponder á las materias, teniendo una especie de parentesco, relacion ó analogía con aquello de que se trata. Los adornos propios de un gabinete serian ridículos en la cocina, y los muebles de la cocina en las salas de recibo y cumplimiento. La belleza solo se encuentra

1 *Inst. orat. Lib. XI. cap.* 1.

donde las cosas tienen entre sí cierta proporcion; y por esto decia muy bien Sócrates á Hipias, que un cucharon de madera para una olla de barro era mas bello, que el de finísimo oro.

La congruencia pues del estilo con aquello de que se habla es una de las principales virtudes de la Elocucion [1]. Por esto Virgilio al empezar la Égloga IV manifestó, que levantaria su estilo mas de lo regular y de lo que se acostumbra en este género de poesías, por el alto asunto de que habia de hablar [2]. Las cosas fuertes se han de decir con nervio, las dulces con suavidad, las pequeñas con delicadeza, las medianas con templanza, y las grandes con sublime gravedad. Quando Marco Bruto, despues de haber muerto á Julio César, habló en el Capitolio al pueblo romano para animarle á sacudir de sus cervices el yugo de la tiranía, hizo un Discurso verdaderamente delicado y exquisito, pero sin aquella fuerza ó vehemen-

1 Cicer. *de Orat. Lib. III.*
2 *Sicelides Musae, paulo maiora canamus.*
Si canimus sylvas, sylvae sint Consule dignae.

cia que correspondia á las circunstancias. Por cuya razon no agradó á Marco Tulio, como se lo escribia á Ático, su íntimo amigo y confidente [1].

Horacio en su *Arte poética* no se contenta con encargar como quiera este decoro en la locucion, sino que le recomienda muchas veces y en distintos lugares, por ser el mas importante y necesario precepto. Porque despues de haber hablado en general del estilo de la Comedia y Tragedia, y dicho [2]:

Singula quaeque locum teneant sortita decenter,

enseña, que al melancólico convienen palabras tristes, al airado amenazadoras, al jocoso chistosas, y al grave serias [3], y que si quanto se dice no corresponde á la situacion de la persona que habla, todos los concurrentes se burlarán riendo á carcajadas [4]. Añade, que debe haber di-

1 *Epist. ad Attic. Ego, si illam causam habuissem, dixissem ardentius.*

2 *V.* 92.

3 *V.* 105. *& seq.*

4 *V.* 112.

Si dicentis erunt fortunis absona dicta,
Romani tollent equites, peditesque cachinnum.

ferencia entre las expresiones de un esclavo y las de un héroe, entre las de un prudente anciano y de un intrépido mozo, entre la locucion de una matrona principal y la de su aya, entre la que es propia de un mercader vagabundo y la adequada á un pobre y sosegado labrador: que el Asirio se explique con mas cultura que el de Colcos, y el estilo que es peculiar del de Tébas no se atribuya al de Argos [1]. En otro lugar dice, que es indispensable para conseguir aplauso notar las costumbres de cada edad, y pasa luego á hacer su respectiva descripcion [2]: despues expresa, que se ha de distinguir entre el modo de hablar que conviene á un esclavo, á Pitias criada de Simon, y á Sileno Ayo del Dios Baco [3]; y que finalmente quien sepa por las máxîmas y los principios de la Filosofía moral las obligaciones que se deben á la patria, á los amigos, á los padres, á los hermanos, á los huéspedes, y el oficio del juez

1 *V.* 114. & *seq.*
2 *V.* 156. & *seq.*
3 *V.* 237. & *seq.*

y de un General de exército, sabrá tambien adaptar á cada persona la locucion que le es propia [1] ó conviene á su carácter, segun la opinion y fama que de ella se tiene [2], como la de Achîles, Medea, Ino, Ixion, Io y Orestes [3].

Homero observó escrupulosamente este precepto: en la Odisea viendo Ayax que no podia pelear, impedido por las espesas nubes que rodeaban y cubrian su armada, suplica á Júpiter que disipe aquellas tinieblas que habia enviado á favor de sus favorecidos Troyanos, y luego que combata con él á la clara luz del dia. No pide la vida, que seria baxeza en un héroe, sino el pelear, aunque seguro de su muerte, con el mismo padre de los Dioses y árbitro de los rayos con una desesperacion propia de su genio impetuoso y arrojado.

En la historia de Mariana Egilona, muger del infeliz Rey Don Rodrigo, res-

1 *V.* 312. *& seq.*
2 *V.* 119.
Aut famam sequere, aut sibi convenientia finge.
3 *V.* 120. *& seq.*

pondió á la urbana pregunta, que de su salud la hace Abdalasis con aquella dignidad que corresponde á una Reyna desgraciada y cautiva: »¿Qué quieres (di»xo) saber de mí, cuya desventura ha »sonado y se sabe por todo el mundo, »la qual es tanto mas grave, quanto de »todos es mas conocida? La que poco án»tes era Reyna dichosa, cuyo señorío se »extendia fuera de España, al presente »(¡ó triste fortuna!) despojada de todo »me hallo en el número de los esclavos »y cautivos. La caida tanto es mas do»lorosa, quanto el lugar de que se cae »es mas alto. Lo qual es de tal suerte, »que los Españoles olvidados de su afan »lloran mi desastre, y les es ocasion de »mayor pena. Tú, si como es justo lo »hagan los ánimos generosos, te mueves »por el desastre de los Reyes, gózate en »esta bienandanza tener ocasion de hacer »bien á la sangre real [1].

La imitacion del carácter, del genio y de las costumbres contraida á las ex-

1 *Hist. de Esp. Lib. VI. cap.* 27.

presiones con que alguno se explica, se llama del griego *Ethopeya*; y quando se remedan las palabras, los dichos ó modos de hablar, que denotan la educacion, la patria, la edad y otras circunstancias de la persona, se dice *Mimesis*. Ambas figuras á su tiempo y bien manejadas causan particular deleyte. Entre los Latinos fué excelente en este artificio Terencio, y entre nuestros Españoles Miguel de Cervantes, especialmente en su *Don Quixote*. ¿Quién no se llena de admiracion y placer al oir hablar á las personas que introduce, y en las que se vén pintados con los colores mas vivos y graciosos sus respectivos caracteres? Como en los pueriles amores de Doña Clara, en el juicioso discernimiento del Cura, en la indiscrecion y mal humor del Religioso que estaba en casa del Duque, y en la socarronería del Bachiller Sanson Carrasco. Son tambien en esta línea excelentes los razonamientos de la Sobrina, del Ama, de Teresa y de Sancho Panza. Por exemplo aquellas palabras de la Sobrina llenas de candor y sencillez, quando Sancho ex-

presó, que su amo le habia ofrecido una ínsula: *Malas ínsulas te ahoguen, Sancho maldito; ¿y qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golozazo, comilon, que tú eres?* En la persona de este es tambien muy propio el cuento que refirió con las prolixidades, digresiones é impertinencias de que suelen usar los rústicos aldeanos. »Convidó (dixo) un hidalgo de »mi pueblo muy rico y principal, por»que venia de los Álamos de Medina del »Campo, que casó con Doña Mencía de »Quiñones, que fué hija de Don Alon»so de Mariñon, caballero del hábito de »Santiago, que se ahogó en la Herradu»ra, por quien hubo aquella pendencia »años ha en nuestro lugar, que á lo que »yo entiendo mi señor Don Quixote se »halló en ella, de donde salió herido To»masillo el travieso, el hijo de Barbastro »el herrero :::: Digo pues, Señores mios, »que este tal hidalgo, que yo conozco »como á mis manos, porque no hay de »su casa á la mia un tiro de ballesta, con»vidó á un labrador pobre, pero hon»rado :::: Digo, que llegando el tal la-

»brador á casa del dicho hidalgo convi-
»dador, que buen poso haya su ánima,
»que ya es muerto, y por mas señas di-
»cen que hizo una muerte de un Án-
»gel, que yo no me hallé presente, que
»habia ido por aquel tiempo á segar á
»Tembleque, &c. [1]

Como el mismo Cervantes fué tan exâcto, fino y diestro en acomodar los diferentes estilos á las personas, temiendo que podrian censurarle de que en su *Galatea* los pastores hablasen del amor con delicadeza filosófica, anticipó en el Prólogo la disculpa, advirtiendo que muchos de aquellos estaban disfrazados solo en el vestido, y no en la discrecion.

Supongamos que en un Diálogo se introduxese á un rústico labrador hablando como el cortesano mas culto, y por el contrario á un Príncipe que usase de palabras y expresiones vulgares y baxas. Este estilo se pareceria respectivamente á la púrpura en un pastor, y á los zuecos en un Monarca. De lo que se viene en cla-

1 *Part. II. cap.* 31.

ro conocimiento de la deformidad, ridiculez y extravagancia de la locucion sin el decoro correspondiente; y así para que le tenga debemos tambien conformarnos con el lugar y con el tiempo. Un Piloto no animaria á los marineros para que con la bomba y otras maniobras evitasen los inminentes peligros del naufragio, si con estilo florido y rostro alegre les dixese, que el navío estaba lleno de agua y se iba á fondo.

La Poética distingue la belleza de la dulzura 1. Quando los Discursos deben ser solo dulces, sobra y aun daña el que sean bellos. La dulzura consiste en aquella sencilla, natural y patética expresion que suele nacer de un espíritu conmovido, excita en los demas los mismos afectos que siente, y no se entretiene en sutilezas ni en estudiadas reflexîones. Porque á la verdad este es el carácter de las pasiones, como explicaré en lugar mas oportuno: ahora será suficiente decir, que si el que ha-

1 Horat. *Art. poët. v.* 99.
Non satis est pulchra esse poëmata; dulcia sunto,
Et quocumque volent, animum auditoris agunto.

bla se halla poseido del temor, de la ira ó de otra pasion vehemente, no tiene entónces su alma bastantemente sosegada para ocuparse en el modo de decir las cosas, sino que usa de las expresiones mas sencillas y naturales. Por lo que pierde mucho de su mérito aquella quartilla tan sabida, como aguda y conceptuosa:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me torne á dar la vida.

El que está tan triste y desesperado que llama á la muerte, no se encuentra en disposicion para formar tan bellos y delicados conceptos. Y así es menester en estas ocasiones, que imitando á la naturaleza se eviten los pensamientos demasiado sutiles, y se rebaxen los subidos colores de la locucion, nacidos muchas veces de una fantasía lozana. El mas hábil profesor de la Escultura si se halla condenado á muerte, no repara en el arte y primor del Crucifixo que le ponen delante, sino que solo piensa en pedirle perdon de sus culpas.

He hablado en general del decoro en que principalmente consiste la gracia y hermosura de la Elocucion [1], y que es lo mas dificultoso de desempeñar [2]: para descender á la aplicacion de estas reglas conforme á las circunstancias, es necesario saber las especies de los estilos, de que trataré en los capítulos siguientes.

CAPITULO VII.

De los estilos lacónico, ático, rodio y asiático.

El estilo en general puede considerarse baxo de dos aspectos diferentes, el uno con respecto á su quantidad, y á su qualidad el otro; y con estas mismas relaciones se divide en sus especies para mayor claridad y distincion. Porque es ó ceñido ó difuso en las palabras y expresiones, lo que solo pertenece á su quanti-

1 Cicer. *de Orat. Lib. 1. n. 132. Caput artis decere.*
2 *Orat. ad Brut. n. 70. Nihil est difficilius, quam quid deceat videre.*

dad, y entónces se llama ó lacónico, ó ático, ó rodio, ó asiático. En lo que mira á su qualidad se divide en sublime, mediano, y tenue ó sencillo.

El estilo lacónico consiste en decir mucho con pocas palabras, entendiéndose mas de lo que se expresa. Porque los Lacedemonios eran poco verbosos, y muy amantes de la brevedad, á que les inclinaba tambien la viveza de su agudo ingenio. Y así este estilo apuntando solo las cosas induce á que se entienda mas de lo que claramente se dice, comprehendiendo baxo de expresiones concisas muchas cosas, lo que hace por lo comun obscura la oracion, y por lo mismo el estilo lacónico no es el mejor, aunque en ciertas ocasiones y en algunos asuntos oportuno y loable, como en las cartas familiares, donde suele usarle Ciceron, quien observó, que entre los Lacedemonios no habia florecido Orador alguno [1], por ser en esta especie de eloqüencia necesaria mayor amplificacion para convencer, persuadir y mover.

1 *In Brut. n.* 50.

Seria pues lacónico el estilo, si alguna persona escribiese á otra una carta comendaticia del modo siguiente: „Amigo, „tambien lo es mio el dador, y así es„pera tu proteccion, y yo darte las gra„cias.“ Todavía son mas lacónicas estas expresiones: *Los méritos para la honra, las riquezas para la comodidad*; donde se entiende, que los merecimientos sirven para grangear reputacion entre los hombres, y las facultades para pasar la vida con sosiego y conveniencia.

El estilo ático tambien es breve, pero no tanto: es natural, sencillo, agudo, y acompañado de una elegante gravedad. Era Atenas el solio de la eloqüencia, y en ella se despreciaba todo lo redundante y ageno de la mas limada exâctitud. Aquellos ciudadanos como tan sabios, modestos y sobrios comprehendian en pocas palabras pensamientos muy delicados, y usaban de un estilo análogo á sus severas costumbres y á su gran cultura. Sobresaliéron en el estilo ático Tucídides entre los Griegos, Salustio entre los Latinos, y Don Diego de Saavedra entre

nuestros Españoles [1]. Puede servir de exemplo parte del razonamiento, que refiere el Padre Mariana haber hecho Tarif á sus esquadrones ántes de entrar en aquella infeliz batalla, en que perdió el Rey Don Rodrigo la vida, y España su libertad: »Por esta parte (dixo) se extiende el O»céano, fin último y remate de las tier»ras, por aquella nos cerca el mar Me»diterráneo. Nadie podrá escapar con la »vida sino es peleando: no hay lugar de »huir: en las manos y en el esfuerzo es»tá puesta toda la esperanza. Este dia ó »nos dará el imperio de Europa, ó qui»tará á todos la vida. La muerte es fin »de los males, la victoria causa de ale»gría. No hay cosa mas torpe que vivir »vencidos y afrentados :::: Arremeted con »el ayuda de Dios y de vuestro Profeta »Mahoma: venced los enemigos, que »traen despojos, no armas. Trocad los »ásperos montes, los collados pelados por »el gran calor, las pobres chozas de Á»frica por los ricos campos y collados de

1 En sus *Empresas políticas*, aunque no carecen del defecto que noté en el Cap. III.

»España. En vuestras diestras consiste, y »llevais el imperio, la salud, la alegría »del tiempo presente, y del venidero la »esperanza [1].

En esta peroracion se hallan pocas palabras, y mucha sencillez, agudeza, elegancia y gravedad; circunstancias y requisitos del estilo ático. Pues para que sea tal no basta la brevedad ni la pureza de las voces, ni que los pensamientos sean buenos como quiera, sino que ademas deben ser agudos, delicados y graves. Por esto en tales ocasiones es muy oportuno el estilo ático, que piden el alto carácter y la autoridad de la persona que habla, la importancia del asunto, la cortedad del tiempo, y la impaciente inquietud de las tropas, que no sufren en tales lances sino expresiones breves y persuasivas, que penetrando hasta el corazon estimulen su valor y su ardimiento. Y así Cárlos V animó tambien á sus soldados, que huían de los Moros de Argel, con estas pocas y enérgicas palabras: »Vol-

1 *Hist. de Esp. Lib. VI. cap. 23.*

»ved á ver huir los Moros, y pelead á mi »lado como Alemanes por la fe, por vues»tro Emperador y por vuestra nacion [1].

Los Rodios por la vecindad de los Atenienses y de los Asiáticos participaban del gusto de unos y de otros, y formáron un estilo ni tan ceñido como el de aquellos, ni tan copioso como el de estos: ademas que en los principios lográron la instruccion del eloqüente Eschínes. Por lo que el estilo rodio abunda algo mas de palabras que el ático, y puede decirse para formar de él una justa idea, que sus voces corresponden con sabia economía á los pensamientos, sin que le falten ni sobren aquellas dicciones, sin las quales faltaria tambien ó gracia ó claridad á los períodos y al contexto de la oracion. Tito Livio y Cornelio Nepote usáron de este estilo con felicidad, y Ciceron le alaba con preferencia al asiático, como mas semejante al que fué propio de los sabios Atenienses [2].

1 D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga *Epit. de la vida de Cárlos V pag.* 84.

2 *In Brut. n.* 51. *Rhodii Oratores* (*Asiaticis*) *saniores*, *& Atticorum similiores.*

En efecto es muy bueno y loable el estilo rodio, y en especial oportuno, quando la alegría que debe causar el asunto, dilata el corazon del que habla y del que oye, y da al ánimo del uno y del otro el sosiego que falta en los inminentes peligros de una batalla, en lo patético de un suceso fúnebre y desgraciado, y en otras circunstancias semejantes. Y así el mismo Padre Mariana usó del estilo rodio en boca de San Leandro, que en el Concilio Toledano tercero, con motivo de haber abjurado solemnemente el Rey Recaredo y el cuerpo de la nobleza la heregía de Arrio, habló de esta manera: »La celebridad de este dia y la presen- »te alegría es tan grande y tan colma- »da, quanta de ninguna fiesta que por »todo el discurso del año celebramos; lo »qual ninguno de vos podrá dexar de con- »fesarlo. En las demas festividades reno- »vamos la memoria de algun antiguo mis- »terio ó beneficio que se nos hizo; el dia »de hoy nos presenta materia de nueva y »mayor alegría, quando (gracias al Sal- »vador del género humano Christo) la

»gente nobilísima de los Godos, que has-
»ta aquí descarriada se hallaba en medio
»de unas tinieblas muy espesas; alumbra-
»da de la luz celestial ha entrado por el
»camino de la inmortalidad, y ha sido
»recibida dentro del divino y eterno tem-
»plo, que es la Iglesia :::: La tierra se ale-
»gra, porque estando ántes de ahora sem-
»brada de espinas, al presente la vemos
»pintada y hermoseada de flores, de las
»quales, Padres, que hasta ahora sufris-
»teis grandes miserias, podeis texer y po-
»ner en vuestras cabezas muy hermosas
»guirnaldas. Sembrasteis con lágrimas, a-
»hora alegres coged las flores y segad los
»campos que ya están sazonados: llevad
»á los graneros de la Iglesia manojos de
»espigas granadas ::::[1]

Este es ciertamente el estilo rodio, ni muy difuso, ni demasiado ceñido en las palabras y expresiones; sino que unas y otras igualan ó corresponden al concepto y sentido.

Desde la Grecia se extendió tambien

1 *Hist. de Esp. Lib. v. cap.* 15.

el estudio de la eloqüencia al Asia, cuyos habitadores, como tan inclinados al luxo, al fausto y á la vanidad, gustáron de expresar con mucha pompa de palabras sinónimas sus ideas y pensamientos. Por esto se llama estilo asiático el que abunda de voces y expresiones, que parecen buscadas para ostentacion de afluencia, ó para llenar el oido con el número y la armonía de períodos largos. En suma en este estilo son mas las palabras, que lo que se quiere significar con especial oposicion al laconismo.

Sirva de muestra el razonamiento que refiere Cervantes haber hecho su Don Quixote á unos cabreros, con motivo de un puño de bellotas que tomó y miró atentamente. Por no ser prolixo solo traeré los períodos que mas particularmente abundan de palabras, y califican de asiático el estilo: „¡Dichosa edad y siglos di„chosos aquellos, á quien los antiguos pu„sieron nombre de dorados! :::: En las „quiebras de las peñas y en lo hueco de „los árboles formaban su República las so„lícitas y discretas abejas, ofreciendo á

„qualquiera mano sin interes alguno la „fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. „Los valientes alcornoques despedian de „sí, sin otro artificio que el de su cor- „tesía, sus anchas y livianas cortezas, „con que se comenzáron á cubrir las ca- „sas sobre rústicas estacas sustentadas, no „mas que para defensa de las inclemen- „cias del Cielo. Todo era paz entónces, „todo amistad, todo concordia. Aun no „se habia atrevido la pesada reja del cor- „vo arado á abrir ni visitar las entrañas „piadosas de nuestra primera madre, que „ella sin ser forzada ofrecia por todas las „partes de su fértil y espacioso seno lo „que pudiese hartar, sustentar y deley- „tar á los hijos que entónces la poseían ::: „Entónces se decoraban los conceptos a- „morosos del alma simple y sencillamen- „te, del mesmo modo y manera que ella „los concebia, sin buscar artificioso ro- „deo de palabras para encarecerlos. No ha- „bia la fraude, el engaño ni la malicia „mezcládose con la verdad y llaneza ::: [1].

[1] *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Part. 1. cap. 11.*

En esta arenga la afluencia ó abundancia de palabras, especialmente los muchos epitetos, aunque propios, hacen el estilo asiático; y seria lacónico, ático ó rodio, á proporcion de que dexando el mismo sentido y los pensamientos, ó se usase de brevísimas expresiones, ó de mayor concision y agudeza, ó solo de aquellas palabras oportunas y propias que diesen mas ámbito y armonía á los períodos, pero que no abundasen ó fuesen sinónimas.

Con efecto seria lacónico el estilo si se dixese: „¡O siglos de oro! ::: En ellos „las abejas en lo hueco de los árboles nos „franqueban sustento, los alcornoques te„chos, las gentes paz, la tierra frutos ::: „No se conocia en el amor artificio, ni „en los hombres malicia.

Será ático el siguiente modo de explicarse: „¡O dichosos siglos de oro! ::: „En ellos las abejas ofrecian al hombre „su dulcísimo trabajo, sin otro que el de „alargar la mano al hueco de las piedras „y de los árboles. Los alcornoques le fran„queaban en sus cortezas techos y defen-

„sa contra las inclemencias del Cielo. En„tónces solo reynaba la paz y la concor„dia. Aun la reja no habia roto las en„trañas de nuestra primera madre, que „sustentaba piadosa y sin apremio á sus „hijos :::: El amor se explicaba con sen„cillez y sin artificio. No se habia mez„clado la malicia con la inocente llaneza.

En fin seria, como digo, el estilo rodio si se añadieran algunos epitetos propios, y se mudasen ciertas expresiones, haciendo mas expresivo y fluido el Discurso. Por exemplo: „¡O dichosa edad aque„lla, que llamáron los Antiguos siglo de „oro! :::: En las quiebras de las peñas y „en lo hueco de los árboles la Repúbli„ca de las solícitas abejas ofrecia á qual„quiera mano y sin interes su dulcísima „cosecha. Los robustos alcornoques fran„queaban sin artificio y con liberalidad „sus anchas cortezas, con que se cubrian „entónces las casas, no mas que para de„fensa de las inclemencias del Cielo. En „aquel tiempo solo reynaba la paz y la „amistad sincera. Aun la pesada reja no „habia roto las entrañas de nuestra pri-

„mera madre la tierra, que ofrecia libe-
„ralmente y sin cultivo sustento á sus hi-
„jos y poseedores :::: Eran sencillos los a-
„morosos conceptos del alma, y se ex-
„presaban como se concebian, sin bus-
„car palabras artificiosas para encarecer-
„los. No se habia mezclado el engaño y
„la malicia con la verdad y la inocen-
„cia ::::

De la comparacion de estos quatro estilos variados baxo de un mismo contexto y sentido se conoce mas claramente, que en general deben preferirse el ático y el rodio al lacónico y al asiático. Con todo cada uno en su línea, tiempo y lugar tiene mérito. En efecto, atendiendo á la acalorada fantasía y á la lectura de los libros caballerescos de Don Quixote, usó Cervantes de aquel modo de hablar tan propio y adequado. Porque no debe confundirse el estilo asiático con el hinchado, que es muy despreciable y ridículo, del qual hablaré en otro lugar con mas extension [1]. A los jóvenes se les pue-

1 Cap. x.

de disimular la afluencia asiática [1] como que les es mas natural, observándose, que al paso que el hombre va entrando en años se hace ménos verboso, porque se enfria su imaginacion, y estima mucho mas la solidez de las cosas, que la ostentosa profusion de las palabras, á la manera que las mieses manifiestan al principio la lozanía de sus hojas, y despues dan el fruto que prometian. Heineccio aconseja, que en este particular siga cada uno algun tanto su gusto, genio ó inclinacion; pues de este modo qualquiera será mas eloqüente en su estilo natural, que si le fuerza y constriñe con estudiosa violencia:

Tu nihil invita dices, facieve Minerva.

La dulzura de Ciceron no hubiera sentado bien en el adusto y áspero genio de Demóstenes, que usó de un estilo vehemente y arrebatado. Y aunque ambos fuéron modelos de la eloqüencia griega y latina, la de aquel se parece, dice Longino, á un grande incendio, que poco á poco va tomando nuevas fuerzas é incre-

1 Cicer. *de clar. orat. n.* 225. *Genus orationis adolescentiae magis concessum, quam senectuti.*

mento hasta que todo lo consume, y la de este á un rayo, que de repente causa la destruccion y ruina en lo que encuentra.

CAPITULO VIII.

Del estilo sublime.

El estilo con respecto á su qualidad se divide, como tengo dicho, en sublime, mediano, é ínfimo ó tenue. Estos son los tres caracteres ó géneros de decir, y en qualquiera de ellos puede tambien hallarse alguno de los quatro estilos lacónico, ático, rodio y asiático, que solo pertenecen á la quantidad, ó á las pocas ó muchas palabras para significar los pensamientos. Demetrio Falereo [1] divide el estilo en tenue, magnífico, adornado y grave: pero el adorno y gravedad no constituyen por sí distintos caracteres, sino que son particulares dotes y virtudes del esti-

1 *De Eloq. cap.* 1.

lo magnífico y sublime; ademas que el mediano tambien debe adornarse, aunque no tanto, y forma uno de los miembros de la otra exâcta y legítima division.

El estilo magnífico y sublime consiste en las palabras, en los pensamientos, y en las figuras. Las voces propias deben ser puras, selectas y enérgicas; las metafóricas muy oportunas y alusivas á cosas elevadas é ilustres, en que convengan sus traslaciones. Los pensamientos no han de ser comunes, sino extraordinarios ó nuevos, agudos, sabios y graves por sí y por los objetos, como son las cosas divinas, morales, políticas y otras de suyo elevadas. Las figuras serán tambien graves, los testimonios ilustres, las alusiones discretas y profundas, las comparaciones escogidas, los símiles tomados de las criaturas mas nobles del universo. Son tambien muy oportunos los exemplos heroycos, y las sentencias ó apotegmas de los varones mas célebres y famosos.

Las circunstancias contribuyen mucho á la sublimidad del estilo, pero han de ser las mas sobresalientes y distinguidas,

como en la descripcion de la tempestad que hace Virgilio en el libro primero de la *Eneyda*; pero jamas se hará mencion de las que son humildes, pequeñas ó baxas, en lo que se descuidó Ovidio, que despues de haber dicho en la pintura del diluvio universal, que todo el orbe era un mar sin playas [1], se entretiene en los acaecimientos mas pueriles, y entre otros en aquel tan frio:

..... *Hic summa piscem deprehendit in ulmo.*

Elevan tambien mucho el estilo las transiciones llamadas improvistas, porque se hacen ántes que se adviertan; v.g. quando el Orador ó el Poeta refiriendo un hecho de alguna persona, de repente y sin prevenirlo la introduce hablando. Usaré de una muestra que trae Longino de la Ilíada:

Resonando á sus voces la ribera,
Héctor mandó al instante á sus soldados
El saqueo dexar, y apresurados
A las naves volver: Porque qualquiera

1 *Met. Lib. 1.*
Omnia pontus erant, deerant quoque litora ponto.

Que se aparte de aquí, juro á los hados,
Que yo mismo á los filos de esta espada
Dexaré su osadía castigada.

Esta transicion tiene lugar quando es el tiempo muy corto, y el caso no permite dilaciones, manifestando tambien alguna pasion vehemente, como aquella de la ira en Héctor. Lo mismo digo respecto de algunos lugares, en que suspende y admira la enfática imperfeccion con que se dexa el sentido, impidiendo que se prosiga la cólera ú otra pasion violenta, que perturba el entendimiento y la lengua, y no permite el desahogo del ánimo. Entónces lo que se calla tiene mas fuerza, y hace mas viva impresion que si expresamente se dixese. De esta figura, llamada *Reticentia* en latin, usa Neptuno en Virgilio, quejándose del atrevimiento de los vientos, que sin su licencia, como Rey del mar, lo habian alborotado, dice:

Quos ego :::: sed motos praestat componere fluctus.

Son tambien propios del estilo magnífico los períodos largos, numerosos y compuestos de quatro miembros. Mas es

necesario advertir, que no siempre son estos oportunos, sino en ciertos lugares, como en los Exôrdios, ó quando se refiere algun hecho, ó se quiere disponer suavemente el espíritu para excitar luego una pasion vehemente. En algunas ocasiones la concision magestuosa juntamente con la nobleza de los pensamientos da gravedad y elevacion al Discurso. En efecto, la sentenciosa brevedad es muy propia de los altos y magnánimos personages. Y así habló con sublime dignidad Miguel Paleólogo, quando viendo casi deshecho su exército por los Catalanes y Aragoneses dixo: „Ya llegó el tiempo, „compañeros y amigos, en que la muer„te es mejor que la vida, y la vida mas „cruel que la misma muerte. Muérase con „reputacion si se ha de vivir con infa„mia [1].

Puede ser exemplo del estilo sublime aquella áspera reprehension de Ambrosio á Marcela, por la muerte que causó con su desden al desesperado Grisóstomo:

1 El Conde de Osona *Expedic. de los Catal. y Aragon. cap.* 36.

»¿Vienes (dixo) á ver por ventura, ó fie»ro basilisco de estas montañas, si con »tu presencia vierten sangre las heridas »de este miserable á quien tu crueldad »quitó la vida? ¿O vienes á ufanarte en »las crueles hazañas de tu condicion? ¿O »á ver desde esa altura, como otro des»apiadado Neron, el incendio de su a»brasada Roma? ¿O á pisar arrogante es»te desdichado cadáver, como la ingra»ta hija al de su padre Tarquino [1]? ::: "

Todas las palabras son aquí escogidas, las expresiones nobles, los pensamientos agudos y graves, los adornos, que consisten en las alusiones y símiles, ilustres, los tropos excelentes, y la Interrogacion tan repetida es una de las figuras patéticas, muy propia del estilo magnífico.

Todavía es mas sublime, por el Apóstrofe, por las Exclamaciones, y demas nobles figuras y tropos, aquel lugar de Fray Luis de Granada en la meditacion para el sábado: »¡O rio que sales del Pa»raiso, y riegas con tus corrientes toda

1 Cerv. *el ingenioso hidalgo D. Quixote de la Mancha, Part. 1. cap. 24.*

»la haz de la tierra! ¡O llaga del cōs-
»tado precioso, hecha mas con el amor
»de los hombres, que con el hierro de
»la lanza cruel! Ventana del Paraiso, lu-
»gar de refugio, torre de fortaleza, san-
»tuario de los justos, sepultura de pere-
»grinos, nido de las palomas sencillas,
»y lecho florido de la esposa de Salo-
»mon. Dios te salve, llaga del costado
»precioso, que llagas los devotos cora-
»zones, herida que hieres las ánimas de
»los justos, rosa de inefable hermosura,
»rubí de precio inestimable, entrada para
»el corazon de Christo, testimonio de su
»amor, y prenda de la vida perdurable::::

Lo sublime nos suspende, admira y arrebata, sin que podamos resistir á su fuerza invencible. No sucede así en órden á qualquiera otra qualidad que brilla en un Discurso; siempre nos queda en este caso entera libertad para no dexarnos persuadir sino queremos: mas lo sublime se hace sentir y se apodera del alma sin dar tiempo á la reflexîon. Entónces, como dice Longino [1], concibien-

1 *De Sublimi.*

do todavía mucho mas de lo que se nos ha dicho, quedamos pensativos y con las palabras impresas en la memoria, de donde con dificultad se borran; y añade, que lo sublime tiene tal influxo y propiedad, que quando se percibe eleva el alma, y la hace concebir mas alta opinion de sí misma, llenándola de gozo y de cierto noble orgullo, como si ella fuese la que produxo lo que acaba de oir. La dulce y agradable tristeza que nos causa un Discurso patético tambien lisonjea nuestro amor propio, y por consiguiente nos deleyta, porque nos asegura de la sensibilidad de nuestro corazon. Y si algunos no conocen los lugares verdaderamente sublimes ó patéticos, no nace de la falta de esplendor con que brillan, sino de la debilidad de su vista, esto es, de su poco discernimiento y mucha ignorancia [1].

Lo sublime puede consistir; primeramente en la nobleza de las expresiones; lo segundo en lo singular y elevado de los pensamientos; y lo tercero en la ad-

1 Longino *de Sublimi.*

mirable grandeza de la cosa que se dice.

Sea exemplo de lo sublime de expresion aquella respuesta de Jesu Christo: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*; respuesta que sorprehendió á los Fariseos, y de un golpe desarmó su artificiosa malicia. La dignidad, el órden de las palabras, la precision, el modo en suma de expresar este pensamiento es admirable. Y para que mejor se conozca que su sublimidad consiste en la nobleza de la expresion, múdese en los términos siguientes, que tienen el mismo sentido: „Debeis dar al César lo que le „pertenece, segun lo confirma su misma „imágen grabada en esta moneda, y asi„mismo teneis obligacion de dar á Dios „lo que es de Dios como á Señor supre„mo.“ En estas expresiones, aunque tan verdaderas y sabias, nada se encontraria sublime ni extraordinario.

Fuéron tambien muy sublimes las palabras con que Luis XIV se despidió de su augusto nieto el Señor Felipe V, quando partió de Francia para ceñir la corona de España: *Hijo, ya no hay Pirineos,*

le dixo dándole un tierno abrazo. Consiste aquí lo sublime en la enfática ó lacónica brevedad, y en la nobleza de la expresion, propia del héroe que la profirió, y de las circunstancias que concurrian. Si hubiera dicho: „Hijo, ya cesá„ron las discordias y las guerras entre las „dos émulas naciones y monarquías, y „estarán en adelante tan unidas como si „fuesen un mismo reyno, y no tuvie„ran los límites que las dividen;" entónces, digo, nada tendria este período que nos admirase ó sorprehendiese.

Longino trae entre otras muestras de lo sublime de pensamiento una respuesta de Alexandro. Ofrecióle Darío en obsequio de la paz la mitad del Asia y á su hija por muger: *Yo* (dixo Parmenio) *si fuese Alexandro aceptaria este partido. Y yo tambien* (replicó Alexandro) *si fuera Parmenio.* Igualmente puede ser modelo de lo sublime en esta clase lo que respondió Marco Livio á los que le instaban para que hiciese morir á unos prisioneros de guerra de la Galia Cisalpina: *Queden algunos mensageros de la matanza*

y de nuestro valor [1]; cuyo perdon glorioso, y mucho mas el motivo por que se concedió, descubren una elevacion de espíritu muy singular. Estos pensamientos, que nacen de una superior nobleza del alma, como primera fuente de lo sublime, no los conciben ni expresan sino los hombres grandes.

Boileau cita con razon por dechado de lo sublime una expresion tan sencilla como breve de Corneille en la Tragedia de *Horacio*. Julia luego que vió muertos en el combate á dos de los tres hermanos, sin esperar el fin se separa del espectáculo, y lo refiere al padre, añadiendo que el tercero habia huido. Aquel heroyco Romano no llora á sus hijos muertos en el lecho del honor, únicamente se aflige de la vergonzosa fuga del vivo, horrorizado con el oprobio que le resultaba de esta accion. Julia le dice: ¿*Qué queriais que hiciese él solo contra tres*? *Morir*, responde Horacio. ¡Qué grandeza de alma no indica! ¡qué sublimidad no encierra esta sola palabra!

1 Tit. Liv. *Lib. XXVII. cap.* 49.

Lo sublime de la cosa que se dice es el verdadero, es el de la naturaleza, y el original de donde se sacan las copias por el arte y la imitacion. Longino en las tinieblas del paganismo, y con sola la luz de la razon alabó la sabia eloqüencia de Moyses, que para manifestar la grandeza y el poder del Altísimo usó en el *Génesis* de aquellas palabras: *Dios dixo: hágase la luz, y la luz fué hecha*; cuya expresion propuso este insigne crítico por dechado de lo sublime: y si consultamos el original hebreo todavía tiene mas elevacion, pues corresponde al castellano: *Dios dixo: haya luz, y hubo luz* [1]; sublimidad ciertamente extraordinaria y admirable, que habla al corazon del hombre, y le enseña con tan pocas palabras la pronta obediencia de la nada al Todopoderoso. Un Autor profano hubiera en este lugar desplegado las velas de su eloqüencia artificiosa, siguiendo los rumbos que asunto tan grande señala á la ima-

1 En la version de los Setenta dice el texto: γενηθήτω φῶς, καὶ ἐγένετο φῶς. La Vulgata traduxo el verbo γίνεσθαι por *fieri*, en lugar de *esse*, que tambien significa.

ginacion. Formaria tal vez un estilo magnífico, pero sin lo sublime encerrado en aquellas palabras comunes y breves.

Por lo que el Señor Pedro Daniel Huet, Obispo de Abranches, no tuvo sólido fundamento para decir en su *Demostracion Evangélica* [1], que Dionisio Longino se engañó en haber tenido por sublimes las citadas palabras de Moyses. Juan Clerc imprimió despues en su *Biblioteca escogida* [2] un Discurso de aquel Prelado, en que nuevamente procuraba sostener su dictámen contra Boileau, que lo habia extrañado mucho [3]. Mas este lo impugnó nuevamente con razones muy sólidas, dirigiendo sus tiros especialmente contra Juan Clerc, así por el respeto que le infundian el carácter y la literatura del Obispo de Abranches, como por las notas que habia añadido el mismo Editor en apoyo de aquella opinion [4].

A la verdad, esta y otras muchas qües-

1 *Prop. IV. n. 53. pag. 54.* imp. en 1678. en fol.
2 *Tom. X.*
3 *En el Prólogo de su traduccion de Longino.*
4 *Ouvres de Boileau, Tom. II.*

tiones nacen de no entender bien, ó de no sentar primero la legítima significacion de ciertas palabras, que son muchas veces fomento de disputas interminables. El Señor Huet y Clerc confunden lo sublime del estilo con el estilo sublime, en lo que padecen enorme equivocacion. El estilo del *Génesis*, especialmente en el lugar citado, es natural y familiar; pero tiene aquella sublimidad, que consiste en la grandeza y maravilla de la misma cosa que se refiere, y en la enérgica sencillez de las palabras. La esencia de lo sublime no está en decir cosas pequeñas con estilo grande, sino cosas ó pensamientos grandes con estilo humilde. Y así lo sublime puede hallarse y se encuentra muchas veces en el estilo ínfimo, y es aquello extraordinario y maravilloso que mas campea en un Discurso, y que nos mueve y transporta en cierto modo. Puede consistir en una sola palabra, en una figura, en un pensamiento, y en la misma cosa admirable por sí, dicha con brevedad y con sencillez. Mas el estilo sublime, segun queda explicado, se com-

pone de palabras selectas y exquisitas, de frases y expresiones elevadas, de figuras vehementes, de sentencias graves, de períodos magníficos y de otros adornos.

Por lo que una oracion puede ser del género sublime, sin que en ella concurra lo grande y maravilloso. Entónces su belleza deleyta, mas no eleva ni transporta el espíritu. Nosotros al ver los arroyos no nos admiramos, aunque su agua sea pura, hermosa y cristalina; pero un rio caudaloso y el Océano nos sorprehenden, y por decirlo así, nos encantan. Nuestra alma es criada para que habite en ella todo un Dios: por esto lo pequeño, aunque sea muy hermoso, no se acomoda á su gran capacidad, y le causa solo un frio deleyte; pero todo lo grande, como una dilatada llanura, la profundidad de los cielos, y la innumerable multitud de las estrellas, la llenan de una gustosa admiracion, de un agradable transporte, y como de un pasmo acompañado de indecible placer.

Quando la cosa que se dice es en sí grande, extraordinaria y maravillosa, las

mismas palabras comunes y propias contribuyen á lo sublime, que baxaria mucho con el peso de los adornos por exquisitos que fuesen. En las pirámides de Egipto y en otras magníficas obras de los Antiguos, que son tenidas por milagros del poder, compiten la suntuosidad y la sencillez, y por lo mismo llenan de admiracion el espíritu. Los adornos serian allí perjudiciales á la misma nobleza del edificio, por lo ménos inútiles y de ningun aprecio. La grandeza y regularidad arrastran tras sí toda el alma, sin darla tiempo para la consideracion de lo demas.

Lo mismo digo en órden al controvertido lugar del *Génesis*. La noble sencillez de sus palabras, juntamente con la grandeza de la cosa que se refiere, forma lo sublime y lo maravilloso. Su estilo es tenue, y debe serlo: las bellezas de la elocucion y los adornos, á su tiempo oportunos, serian despreciables donde solo ha de sobresalir aquel admirable suceso que manifiesta la omnipotencia del Criador. Todavía añado yo mas: la sublimidad que aquí se advierte no está so-

lamente en lo maravilloso de la cosa, sino tambien en el pensamiento, y su grandeza se vincula en la misma pequeñez de las expresiones. Y así Longino añadió tambien este exemplo del *Génesis* á los otros que trae por modelos de los pensamientos sublimes: su laconismo aumenta la admiracion. Porque la pronunciacion de aquellas breves palabras: *y la luz fué hecha*, ó segun el original hebreo: *y hubo luz*, representa de un golpe casi la misma rapidez con que Dios hizo aquella maravilla y visible el universo. Estas palabras del *Génesis* familiares, claras y breves hieren de repente el entendimiento del Lector, y le llenan de admiracion, á la que se sigue el placer del alma, que se aumenta con la reflexîon lisonjera de que pocas dicciones le bastan para comprehender lo mucho que significan.

Concederemos á Juan Clerc, en órden al símil de que se vale en contrario, que si se refiriese que alguna persona habia dicho á su criado: *ven, y que el criado vino*; esta expresion comun de un particular, en una ocasion ordinaria y en un a-

sunto tan frívolo nada tendria digno de atencion. Pero que en la creacion del mundo profiera Dios lo que nadie puede decir sino el mismo Omnipotente : *Hágase la luz* ; y luego añada el Historiador sagrado : *y la luz fué hecha* , manifiesta con una expresion verdaderamente sublime , que para que obedezca , digámoslo así , la misma nada basta que lo insinue el Criador.

Para conocer la perfeccion de un Discurso , de una Oracion , ó de qualquier obra en general , se advierte en todo su contexto la belleza y decoro de los adornos , la sabia economía con que están distribuidos , y la ordenada disposicion de las partes. Mas en lo verdaderamente sublime no se percibe el artificio ; primero que brille á los ojos del entendimiento se apodera de toda el alma , y es como un rayo que hiere ántes que el relámpago se advierta.

En quanto al adorno puede compararse lo sublime á los diamantes de gran precio , y el estilo á los vestidos sobre que suelen ponerse. Un brillante sobre-

puja el valor de la mas rica tela, y un solo eloqüente y sublime rasgo realza muchas veces el estilo de modo, que tal vez llega á compensar lo mas comun y ordinario del Discurso. Por esto el estilo en que sobresale lo sublime, aunque tenga algunos lunares ó descuidos, debe preferirse al mediano perfecto. El que jamas levanta el vuelo de sus pensamientos siempre camina seguro, y la altura que toma el que se eleva á lo sublime es peligrosa: por esto no es mucho que se deslice y caiga alguna vez, como le sucedió á Homero y á otros admirables Escritores. Las almas superiores transportadas de lo grande, se descuidan ó desprecian las cosas pequeñas. Mas estos defectos son como las sombras en la Pintura, que realzan y dan esplendor á las figuras; ó como las disonancias en la Música, que mezcladas delicadamente con las consonancias hacen mas agradable la dulzura de lo acorde, y producen el mas gustoso efecto de la composicion [1].

1 Longino *de Sublimi.*

CAPÍTULO IX.

Del estilo patético.

El estilo sublime se llama patético quando excita con vehemencia los afectos y las pasiones. Porque no son patéticos los Discursos, que si bien tienen grandeza en las palabras, en los pensamientos, en las figuras y en otros adornos, pero les falta aquel noble entusiasmo que comunica su fuego al corazon, y sus movimientos á toda el alma. De manera que lo patético es sublime, pero no al contrario. Las Oraciones de Pericles causaban tal efecto en los oyentes, que les parecia quedaban clavados en su corazon penetrantes aguijones. Así lo dice Tulio [1], que elogia tambien á Servio Sulpicio Galba [2], el primero de los Oradores latinos que se valió de este estilo quando convenia á los asuntos. Algunas veces se halla lo

1 *De Orat. Lib. III. n.* 138.
2 *In Brut. n.* 88.

patético en sola una relacion circunstanciada, como en la horrorosa pintura que hace Don Diego Saavedra de la inhumanidad con que en su tiempo se hacia la guerra: „A ningun edificio ilustre (di„ce [1]) á ningun lugar sagrado perdonó la „furia y la llama. Breve espacio de tiem„po vió en cenizas las villas y las ciu„dades, y reducidas á desiertos las po„blaciones. Insaciable fué la sed de san„gre humana. Como en troncos se pro„baban en los pechos de los hombres las „pistolas y las espadas, aun despues del „furor de Marte. La vista se alegraba de „los disformes visages de la muerte. A„biertos los pechos y vientres humanos „servian de pesebres, y tal vez en los de „las mugeres preñadas comiéron los caba„llos envueltos entre la paja los no bien „formados miembrecillos de las criaturas. „A costa de la vida se hacian pruebas del „agua que cabia en un cuerpo humano, „y del tiempo que podia un hombre sus„tentar la hambre. Las vírgenes consa-

1 *Emp. XII.*

»gradas á Dios fuéron violadas, estupra-
»das las doncellas, y forzadas las casadas
»á vista de sus padres y maridos. Las mu-
»geres se vendian y permutaban por va-
»cas y caballos, como las demas presas
»y despojos, para deshonestos usos. Un-
»cidos los rústicos tiraban los carros, y
»para que descubriesen las riquezas escon-
»didas los colgaban de los pies y de otras
»partes obscenas, y los metian en hor-
»nos encendidos. A sus ojos despedaza-
»ban las criaturas, para que obrase el a-
»mor paternal en el dolor ageno de a-
»quellas partes de sus entrañas lo que no
»podia el propio. En las selvas y bosques,
»donde tienen refugio las fieras, no le
»tenian los hombres, porque con perros
»ventores los buscaban por el rastro ::::
»Aun los huesos difuntos perdiéron su úl-
»timo reposo, trastornadas las urnas y
»levantados los mármoles para buscar lo
»que en ellos estaba escondido.

El estilo patético tiene particularmente lugar en las Oraciones fúnebres, como en todas aquellas en que conviene mover los afectos. Para excitar las pasiones

del Auditorio es necesario que el que perora se muestre conmovido. Si quieres que yo llore, dice Horacio, has de llorar tú primero [1]; y así entre los Antiguos habia un Orador, que para derramar lágrimas quando era conveniente, llevaba consigo las cenizas de un hijo que habia amado con extremo [2]. »Los hombres, di»ce á este propósito Lamy, están enla»zados entre sí con una maravillosa sim»patía, que hace se comuniquen mutua»mente sus pasiones. Nos revestimos de »los pensamientos y afectos de aquellos »con quienes tratamos, como no haya al»gun obstáculo que detenga el regular cur»so de la naturaleza, y esto sucede así, »porque nuestro cuerpo está de tal mo»do organizado y dispuesto, que la so»la vista de una persona enojada mueve »nuestra sangre y nuestra cólera, y un »semblante melancólico nos comunica la »tristeza. Este es un admirable efecto de

1 Horat. *Arte poët.*
Ut ridentibus adrident, ita flentibus adsunt
Humani vultus. Si vis me flere dolendum est
Primum ipsi tibi .....
2 Aul. Gel. *Noct. Attic. Lib. VII. cap. 5.*

»la sabiduría de Dios, que nos ha hecho »primeramente para sí, y despues los unos »para los otros. Porque como las pasio»nes son las que mueven el alma para »que busque el bien y evite el mal, la »naturaleza con esta simpatía, digámos»lo así, nos conduce á remediar el mal »de nuestro próximo, y á procurarle el »bien que desea [1].

Y así para que nuestro corazon comunique á los demas el fuego es necesario que arda. Entónces dexándonos llevar de una especie de noble furor, ó de la imaginacion acalorada, debemos proferir lo que por lo comun decimos quando estamos poseidos de un amargo sentimiento. Y así en tales circunstancias no debe el juicio cuidarse de expresar las cosas con demasiada moderacion; porque no es este ciertamente el idioma de las pasiones, sino de un espíritu sosegado. El juicio pues solo debe impedir aquel exceso que se puede cometer en no imitar á la naturaleza, pasando mas allá de los lí-

1 *Rhet. Lib. II. cap. 8.*

mites en que suele contenerse un hombre prudente aunque apasionado.

Uno de los efectos que en nosotros causan las pasiones es la locucion rápida: por esto en lo patético deben algunas veces omitirse las conjunciones y otras partículas que atan la oracion para que corra con velocidad y sin embarazo. Entónces se usará de incisos, de miembros cortos, de períodos breves, y en ciertas ocasiones interrumpidos, como pinta Virgilio á la Reyna Dido agitada del amor [1]:

Incipit effari, mediaque in voce resistit.

Por lo mismo en estos lugares es tambien muy oportuno el Hipérbaton, que es la transposicion de los pensamientos ó de las palabras; porque la turbacion del alma conmovida causa la misma turbacion en el entendimiento y en las expresiones con que se desahogan los afectos vehementes. En este mismo desórden hay un órden y un arte admirable, tanto mas perfecto, quanto sigue mas de cerca las pisadas de la naturaleza. Por lo que dice

1 *AEneid. Lib. IV. v.* 76.

Longino, que lo patético jamas produce mejor efecto que quando no parece se busca, sino que se halla. Y por lo mismo se observa, que hasta los mas rústicos son patéticos quando la pasion les dicta expresiones vivas, enérgicas y naturales. El que está conmovido con vehemencia todo lo anima con Metáforas, y otros tropos y figuras: esta es la razon por que casi todos son eloqüentes á la hora de la muerte, hallándose agitados del temor, de la tristeza y demas afectos ordinarios en aquel lance terrible.

Tambien se ha de huir muy particularmente en el estilo patético de afectar erudicion, de entretexer sentencias y pensamientos demasiado sutiles ó estudiados, de agudezas, de Antítesis, de Paranomásias y de otras figuras de la locucion, en que se quiere ostentar ingenio ó artificio, y con que siempre se disminuye en los Oyentes ó Lectores el concepto de que estamos poseidos de aquellos mismos afectos que deseamos inspirar. Porque todo esto, léjos de dar á entender nuestro sentimiento y tristeza, ó

qualquiera otra pasion vehemente, denota sosiego y tranquilidad en el ánimo del que se entretiene en buscar y esparcir flores. Don Antonio de Solís dixo muy bien:

¡*Qué simple aquel ruiseñor,*
Que de su ausencia se queja!
Por dar dulzura á la queja,
Quita el crédito al dolor.

En efecto, ¿del que se lamenta cantando quién tendrá compasion? Tampoco la excitaria en los Jueces el reo de pena capital, que se defendiese con sutiles agudezas, sentencias graves, y períodos muy limados y numerosos. Télefo y Peleo, dice Horacio, pobres y desterrados, si quieren mover á lásrima el corazon de los Oyentes, desechan las palabras huecas, pomposas y largas [1]. La delicadeza de los pensamientos, lo florido del Discurso, y en general qualquier adorno de la locucion nos entretienen y deleytan, pero no

1 *Art. poët. v.* 96. *& seq.*
Telephus, & Peleu cum pauper, & exul uterque
Proiicit ampullas, & sexquipedalia verba,
Si cor spectantis curat tetigisse querella.

excitan las pasiones. La eloqüencia patética mas se forma en el corazon que en el entendimiento del Orador, mas se dirige á mover que á persuadir á los Oyentes, y con expresiones sencillas debe y hace mas honor á la naturaleza que al arte. Porque quando el ánimo se halla conmovido busca sin rodeos ni artificio la salida mas corta para su desahogo.

Entre otras figuras vehementes se usarán en el estilo patético las Interrogaciones y Exclamaciones, que son muy propias de los que se encuentran agitados, y oportunas para mover los afectos en aquellos á quienes se dirigen. Sirva de exemplo aquel lugar de Fray Luis de Granada, en que con la mayor ternura pinta el amargo desconsuelo de la Vírgen, de San Juan y de la Magdalena en el descendimiento de la cruz [1]. „Quando la „Vírgen tuvo á Jesus en sus brazos, ¿qué „lengua podrá explicar lo que sintió? ¡O „Ángeles de paz! llorad con esta sagra„da Vírgen, llorad, cielos, y llorad, es-

1 *Meditacion para el Sábado.*

„trellas del cielo, y todas las criaturas „acompañad el llanto de María. Abráza„se la madre con el cuerpo despedazado, „apriétale fuertemente en sus pechos (pa„ra esto solo le quedaban fuerzas): mete „su cara entre las espinas de la sagrada „cabeza, júntase rostro con rostro, tíñe„se la cara de la santísima madre con la „sangre del hijo, y riégase la del hijo „con las lágrimas de la madre. ¡O dul„ce madre! ¿Es este por ventura vuestro „dulcísimo hijo? ¿Es este el que conce„bisteis con tanta gloria y paristeis con „tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vues„tros gozos pasados? ¿Dónde se fuéron „vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está „aquel espejo de alegría donde os mirá„bades? :::: Lloraban todos los que pre„sentes estaban, lloraban aquellas santas „mugeres, lloraban aquellos nobles varo„nes, lloraba el cielo y la tierra, y to„das las criaturas acompañaban el llanto „de la Vírgen. Lloraba otrosí el Santo E„vangelista, y abrazado con el cuerpo de „su Maestro decia: ¡O buen Maestro y „Señor mio! ¿Quién me enseñará ya de

„aquí adelante? ¿A quién iré con mis du-
„das? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién
„me dará parte de los secretos del Cielo?
„¿Qué mudanza ha sido esta tan extraña?
„¡Anoche me tuviste en tus sagrados pe-
„chos dándome alegría de vida, y ahora
„te pago aquel tan grande beneficio te-
„niéndote en mis brazos muerto! ¿Es es-
„te el rostro que yo vi transfigurado en
„el monte Tabor? ¿Esta aquella figura mas
„clara que el sol del mediodía? Lloraba
„tambien aquella santa pecadora, y abra-
„zada con los pies del Salvador decia: ¡O
„amado de mis entrañas! ¿Quién me die-
„se ahora que yo muriese contigo? ¡O
„vida de mi ánima! ¿Cómo puedo decir
„que te amo, pues estoy viva, tenién-
„dote delante de mis ojos muerto? ::: "
Los Apóstrofes, las repetidas Exclamacio-
nes, las Interrogaciones y demas figuras
vehementes hacen sumamente patética y
tierna esta eloqüente meditacion.

El estilo patético es muy oportuno en
la Peroracion, despues que el entendimien-
to se halla ya ilustrado ó convencido con
los argumentos y las razones. Este lugar es

como el foco donde se reunen los rayos de la Oracion, que encienden el ánimo de los oyentes. Entónces muchas figuras comunicándose mutuamente la fuerza, la darán extraordinaria á la conclusion. En particular contribuyen el Apóstrofe y la Prosopopeya, que son muy vehementes y patéticas. De ambas se valió Don Francisco Xavier Conde y Oquendo al fin del Elogio del Señor Felipe V, premiado por la Real Academia Española; dice: „¡Virtu„des gloriosas de Felipe! que despues de „haberle acompañado por quarenta y seis „años en el solio, le habeis seguido los „pasos á la tenebrosa region de los muer„tos, y abierto, segun piadosamente cree„mos, las puertas eternales de la bien„aventuranza, yo no sé explicar lo que „me ha sucedido siempre que me he pues„to delante del grandioso Mausoleo, don„de estais de centinelas guardando el pre„cioso depósito de sus cenizas hasta el dia „grande en que se vistan de la inmorta„lidad. De piedra sois, mas no mudas; „pues quando he parado el oido interior „me habeis dicho: Sí, mira bien, aquí

»yace un Rey virtuoso : las principales vir-
»tudes que representamos han pasado real-
»mente á sus hijos como mayorazgos de
»sangre, y pasarán de generacion en ge-
»neracion junto con las bendiciones del
»Cielo y el amor de los pueblos.

Todo es aquí patético : el Orador dirige sus palabras á las virtudes del Rey representadas en los geroglíficos de su sepulcro, y despues de este hermoso Apóstrofe las hace hablar á ellas mismas, pasando con tanto artificio como naturalidad á una noble y excelente Prosopopeya. Esta es breve, aguda y elegante, como deben ser todas; pues el que oye ó lee no sufre que el Orador introduzca en su lugar otra persona, ó alguna cosa inanimada para hablar largo tiempo, y sin una eloqüencia igual á la grandeza y novedad de figura tan ilustre.

Las mociones no deben ser freqüentes ó continuas; lo primero, porque haciéndose habituales pierden su eficacia; y lo segundo, porque siendo todas la pasiones violentas al corazon, no puede este mantenerse mucho tiempo agitado y

conmovido. Y así lo patético ha de ser breve, especialmente quando se quiere mover el llanto; pues no hay cosa que dure ménos ni que mas presto se seque que las lágrimas. Algunos quieren ser patéticos, mas sus Discursos tienen tan poca fuerza y vehemencia, que en vez de excitar los afectos que quisieran, solo mueven la compasion de su corta habilidad ó la risa.

CAPITULO X.

De los vicios del estilo opuestos al sublime y patético.

Es diametralmente contrario del estilo magnífico, patético y sublime, el frio, el pueril, el parentyrso y el hinchado. Llámase *estilo frio*, con alusion á los efectos que produce en el ánimo del que le escucha, aquel que en asuntos de poco momento gasta, ó por decirlo mejor, desperdicia los mas subidos colores de la Retórica, usa de Metáforas duras, afec-

ta extrañas alusiones, se vale de Hipérboles excesivos, y emplea muchos epitetos intempestivos y absurdos. Porque quien oye un Discurso de esta especie, cree engañado por la apariencia que en él se dicen grandes cosas, y luego que desentraña el sentido nada encuentra sólido ni correspondiente á la idea que formó, y queda burlado y frio, como el que vé resplandecer algo en el suelo, y pensando que es un precioso diamante se apresura á cogerle, y halla un pedacito de vidrio despreciable. En efecto, el estilo frio tiene á primera vista cierto brillo, pero luego se vé que es falso, y que prometiendo mucho con pensamientos y expresiones al parecer grandes, viene á decir propiamente frioleras.

Aunque Dionisio Longino no distingue expresamente el estilo frio del pueril, con todo se puede decir, que aquel toma una altura extravagante, y gasta sentencias, tropos y figuras, afectando grandeza en asuntos pequeños, y el pueril por el contrario, en materias de suyo graves y elevadas, se entretiene en

juegos de vocablos, en equivoquillos, en amplificaciones pedantescas y en pensamientos falsos, que todo es propio de los niños, que estiman las vagatelas, y no aprecian las cosas sólidas y útiles.

El estilo pueril es baxo y opuesto á la grandeza del Discurso, en cuyo vicio y en el de la frialdad incurren por lo comun los que jamas quieren ni saben proferir una palabra, ni expresar un pensamiento con noble sencillez, ó sin que tenga algo que parezca extraordinario, afanándose por los oropeles, que en vez de adornar la oracion, la hacen neciamente afectada.

El Cardenal Don Álvaro Cienfuegos en la *Vida de San Francisco de Borja* nos suministra exemplos del estilo frio y pueril, los que pueden serlo igualmente del poderoso influxo que tuvo el mal gusto de aquel tiempo, aun en los varones grandes por su literatura y dignidad. „Un dia, „dice [1], que el Santo estaba para decir „Misa sucedió aquel eclipse del Sol, que

1 *Lib. IV. cap. 13. §. 2.*

„al principio derramó sangre en vez de „esparcir luz, y despues se vistió luto el „celeste globo, y paró en ser negro ca- „da rayo: ocupáron tan espesas tinieblas „aquel alegre corazon del dia, que pa- „deció lastimoso deliquio hasta en su me- „lancólico aspecto, y se dexáron distin- „guir las estrellas, como si el Monarca „estuviese ausente ó difunto :::: Daban (los „hombres) alaridos espantosos, que a- „nochecido el tiempo formaban aullidos „tristes de páxaros nocturnos :::: " ¡Qué afectacion de palabras, de alusiones y de tropos, agenos de asunto tan comun y tenue! ¿Y á qué se dirigen? Solo á de- cir que el Sol se eclipsó. ¡Qué frialdad! No es menor la contenida en las pala- bras siguientes [1]: „Desconfiaba San Fran- „cisco de Borja de que sus gemidos fue- „sen bastante soplo para encender una pe- „queña luz al acierto, y que en las velas „del padre Dragut daba repetidos soplos „la fortuna, cuyos remos veloces y triun- „fantes eran ramos de laureles, perpetuo

1 *Lib. II. cap.* 18. §. 2.

„susto y espanto movedizo de las playas.“ Todo este vano aparato de palabras únicamente sirve para dar á entender, que el Santo desconfiaba del acierto, y de la fortuna declarada por su rival. En un asunto de tan poco momento es extravagante la Alegoría del navío, velas, soplo, viento y remos; la Metonimia: *perpetuo susto y espanto movedizo de las playas*, con todos los demas tropos, figuras y epitetos que hacen el estilo sumamente frio. Es tambien muy pueril la Paranomasia *remos* y *ramos*, y toda la siguiente clausula [1]: „Estaba el César divertido „cortando laureles en Alemania, y sus á„guilas batían una victoria en cada plu„ma.“ *Entretenerse en cortar laureles* es un baxo juego de palabras, ageno de la dignidad y nobleza que corresponde al asunto, y muy impropio para elogiar el heroyco valor de Cárlos V. Ni es ménos extraño aquello de *batir las águilas una victoria en cada pluma.* Si solo dixera: *El César en Alemania ceñia su frente con nuevos*

1 *Lib. III. cap. 7. §. 1.*

laureles, hablaria el Autor con adorno y magestad, y sin embargo tal vez en la vida de un Santo se tendria este por estilo muy alto, y por mas oportuno el tenue ó sencillo.

He querido traer estos tres breves exemplos del estilo frio y pueril del Cardenal Cienfuegos, para que los desafectos á la Retórica conozcan los precipicios en que se despeñan los hombres grandes, que abandonándose á su propio ingenio, no siguen las sendas de la sólida y verdadera eloqüencia.

Hay otra especie de estilo frio, todavía mas ridículo y opuesto al sublime con respecto á lo patético, y se dice *parentyrso*, esto es, *furor fuera de tiempo*, con alusion al tyrso, ó baston adornado de pámpanos, que llevaban en las fiestas bacanales los apasionados al Dios Baco. Porque como estos solian enfurecerse con el calor del vino, de aquí se originó llamarse parentyrso el estilo de aquellos que en materias de poca entidad se agitan, y usan de las figuras mas fuertes y vehementes, las quales en los asun-

tos que corresponden mueven los afectos, y en los demas solamente la risa. En efecto, ¿qué cosa mas ridícula que enfurecerse, mostrarse conmovido, y en suma usar del estilo patético en los asuntos mas frívolos?

Marcial se burla con mucha gracia del estilo parentyrso de un Abogado, que en cierta causa sobre el hurto de tres cabras, hizo al principio mencion de las peligrosas guerras del Rey Mitridates, de la triste derrota de los Romanos en Canas, y de la perfidia de los Cartagineses. Mas á cada uno de los que usan de tales Exôrdios le diremos tambien con la misma razon:

Iam dic, Posthume, de tribus capellis [1].

Al estilo frio y al *parentyrso* se parece igualmente en la afectacion el hinchado, que se llama así, porque falto de solidez, y vacío de substancia, está solo lleno de epitetos vanos y metafóricamente atrevidos, de algunas palabras mas graves de lo que pide el asunto, y de o-

1 *Epig. Lib. VI. cap.* 19.

tras nuevas, antiquadas, huecas y altisonantes. Estilo á la verdad muy despreciable, pero no debe confundirse, como hacen algunos, con el asiático, que es abundante [1], lleno y robusto, al paso que el hinchado es estéril, vacío y enervado, esto es, un vano sonido de palabras sin sólidos pensamientos. Y á la manera que la hinchazon del cuerpo es en la apariencia robustez, la de esta locucion parece á los necios grandeza: mas léjos de elevarse el estilo por semejante medio, lo que á primera vista se ostenta sublime, mirado á buena luz se halla baxo y ridículo. El que afecta tal estilo es semejante á un hombre, que como dice Sófocles, abre una grande boca para soplar en una flauta pequeña [2].

Algunos sin fuerzas de su ingenio quieren imitar á los hombres verdaderamente eloqüentes, y creen conseguir la grandeza del estilo hinchándose como la rana de Esopo; mas experimentan en cierto mo-

1 Cicer. *in Brut. n.* 51. *Asiatici Oratores non contemnendi quidem, nec celeritate, nec copia.*

2 Citado por Longino *de Sublimi.*

do lo mismo que de aquella se refiere. De aquí se origina el defecto, que del griego se llama *cacozelia*, ó mala afectacion, nacida del error de una imitacion viciosa. Proviene asimismo el estilo hinchado del excesivo estudio, ó de la solicitud con que muchos quieren ostentar una vana magnificencia, huyendo de la sequedad, y ocultándola á su parecer entre la hinchazon. Pero no hay ciertamente cosa mas seca que un hidrópico [1]. A la manera que los cuerpos se hinchan por falta de robustez, así el estilo por debilidad del entendimiento de su Autor. Los hombres de pequeña estatura suelen empinarse ridículamente, ó ponerse de puntillas para parecer mayores.

Puede servir de exemplo del estilo hinchado el de casi todos los libros Caballerescos, de que hace burla Miguel de Cervantes, diciendo en boca de su Don Quixote, que el sabio Escritor de sus hechos llegando á contar su primer salida tan de mañana empezaria de esta manera: „A-

1 Expresion de Longino.

„pénas habia el rubicundo Apolo tendi-
„do por la faz de la ancha y espaciosa
„tierra las doradas hebras de sus hermo-
„sos cabellos, y apénas los pequeños y
„pintados paxarillos con sus arpadas len-
„guas habian saludado con dulce y me-
„líflua armonía la venida de la rosada Au-
„rora, que dexando la blanda cama del
„zeloso marido, por las puertas y bal-
„cones del manchego horizonte á los mor-
„tales se mostraba, quando el famoso ca-
„ballero Don Quixo de la Mancha, de-
„xando las ociosas plumas, subió sobre
„su famoso caballo Rocinante :::: [1] " En efecto todas estas palabras huecas y campanudas solo sirven para expresar, que apénas salió el Sol quando Don Quixote montó á caballo.

En suma, parece que la diferencia de estos tres estilos frio, parentyrso é hinchado consiste, en que el primero tiene el vicio en la afectacion de los pensamientos y tropos; el segundo en las figuras vehementes y patéticas, que no son del ca-

1 *Part. 1. cap. 2.*

so; y el tercero en las palabras superfluas y altisonantes, que poco ó nada dicen: pero los tres son respectivamente afectados, y asimismo convienen, en que los asuntos ó pensamientos en que se gasta tanto follage son de poco momento, y tal vez baxos y despreciables.

CAPITULO XI.

Del estilo mediano, y de su opuesto vicio.

El estilo mediano se llama así, porque guarda un medio entre el sublime y el ínfimo. No se eleva á la mayor altura con grandes y extraordinarios pensamientos, con figuras vehementes y patéticas, ni con períodos largos y magestuosos, pero tampoco se humilla hasta una locucion tenue y sencilla; por cuya razon se le da igualmente el nombre de *templado*. Quando las palabras son puras, los epitetos propios, los períodos regulares, y los adornos oportunos, aunque no los mas exqui-

sitos ó sobresalientes, entónces podemos decir que concurren las circunstancias que caracterizan el estilo mediano. De este podrá usarse en las cartas escritas á personas de alta dignidad ó gerarquía, en las Dedicatorias y en los Diálogos, en que los interlocutores están comunmente reputados por muy doctos. Tampoco es ageno de las Oraciones académicas; pues aunque en ellas se traten asuntos didascálicos, pero se dirigen á personas científicas y eruditas. Es propio tambien de los Elogios, aunque en estos debe ser algo mas elevada la locucion, y acercarse á lo sublime.

Será igualmente del caso en muchos lugares de la Historia, como en aquella noble y grave introduccion de Don Francisco de Moncada [1]: „Mi intento es es„cribir la memorable expedicion y jor„nada que los Catalanes y Aragoneses hi„cieron á las provincias de levante, quan„do su fortuna y valor andaban compi-

1 *Expedicion de los Catalanes y Aragoneses contra los Turcos y Griegos.*

„tiendo en el aumento de su poder y es-
„timacion, llamados por Andrónico, Em-
„perador de Griegos, en socorro y defen-
„sa de su imperio y casa. Favorecidos y
„estimados en tanto que las armas de los
„Turcos le tuvieron casi oprimido, y te-
„mió su perdicion y ruina; pero despues
„que por el esfuerzo de los nuestros que-
„dó libre de ellas, maltratados y perse-
„guidos con gran crueldad y fiereza bár-
„bara; de que nació la obligacion natu-
„ral de mirar por su defensa y conserva-
„cion, y la causa de volver sus fuerzas
„invencibles contra los mismos Griegos y
„su Príncipe Andrónico, las quales fué-
„ron tan formidables, que causáron te-
„mor y asombro á los mayores Prínci-
„pes de Asia y Europa, perdicion y to-
„tal ruina á muchas naciones y provin-
„cias, y admiracion á todo el mundo.
„Obra será esta, aunque pequeña por el
„descuido de los Antiguos, largos en ha-
„zañas, cortos en escribirlas, llena de va-
„rios y extraños casos, de guerras conti-
„nuas en tierras remotas y apartadas con
„varios pueblos y gentes belicosas, de san-

„grientas batallas, y victorias no espera-
„das, de peligrosas conquistas, acabadas
„con dichoso fin por tan pocos y dividi-
„dos Catalanes y Aragoneses, que al prin-
„cipio fuéron burla de aquellas naciones,
„y despues instrumento de los grandes cas-
„tigos que Dios hizo en ellas. Vencidos
„los Turcos en el primer aumento de su
„grandeza Otomana, deposeidos de gran-
„des y ricas provincias de la Asia menor,
„y á viva fuerza y rigor de nuestras es-
„padas encerrados en lo mas áspero y de-
„sierto de los montes de Armenia. Des-
„pues vueltas las armas contra los Grie-
„gos (en cuyo favor pasáron), por li-
„brarse de una afrentosa muerte y ven-
„gar agravios, que no se pudieran disi-
„mular sin gran mengua de su estimacion,
„y afrenta de su nombre. Ganados por
„fuerza muchos pueblos y ciudades, des-
„baratados y rotos poderosos exércitos,
„vencidos y muertos en campo Reyes y
„Príncipes, grandes provincias destruidas
„y desiertas, muertos, cautivos ó dester-
„rados sus moradores. Venganzas mere-
„cidas mas que lícitas ::::

Se opone diametralmente al estilo mediano el desigual, y es aquel vicio de la locucion, en la que si bien se encuentran algunas veces pureza de lenguage, elevacion de pensamientos, armoniosos períodos, nobles sentencias y otros adornos; pero á vueltas de todo esto ya se sube el Discurso á las nubes, ya se baxa hasta el suelo, ya es grave, ya chocarrero, está mezclado con voces bárbaras y vulgares, con pensamientos frios, pueriles é hinchados, con clausulas truncadas y duras, y con otros defectos que le hacen tan ridículo, como inconstante y vario. Pues no se exîmirá de esta justa censura, aunque tenga algunos centones brillantes, siendo entónces parecido á una capa de pobre [1]. Tambien es desigual el estilo, que sin guardar el correspondiente decoro en los asuntos, ya es humilde, ya sublime, ya mediano, y unas veces lacónico, otras asiático, ático ó rodio. De lo que igualmente se infiere que no es desigual el es-

1 Horat. *Art. poët. v.* 15.
Purpureus, late qui splendeat, unus, & alter
Adsuitur pannus .....

tilo, que si bien se varia con todos los caracteres y qualidades, pero es adequado á las materias, y oportuno en los lugares respectivos.

CAPITULO XII.

Del estilo tenue, y de sus defectos.

Se llama tenue ó ínfimo el estilo claro, sencillo, familiar, sin adornos, y cuyos períodos son cortos, sus voces puras y propias, y no baxas ni vulgares. Es propio de las narraciones, de las cartas familiares, de los Diálogos, y de todos los asuntos didascálicos en la conformidad que luego se dirá. Sirva de muestra aquel lugar de Don Diego Hurtado de Mendoza en la *Guerra de Granada contra los Moriscos de aquel Reyno* [1]: »Vedáronles el »uso de los baños, que eran su limpie»za y entretenimiento: primero les ha-

1 *Lib. 1.*

„bian prohibido la Música, cantares, fies-
„tas, bodas conforme á su costumbre, y
„qualesquiera juntas de pasatiempo. Salió
„todo esto junto sin guardia ni provision
„de gente, sin reforzar presidios viejos,
„ó firmar otros nuevos. Y aunque los Mo-
„riscos estuviesen prevenidos de lo que
„habia de ser, les hizo tanta impresion,
„que ántes pensáron en la venganza que
„en el remedio. Años habia que trataban
„de entregar el reyno á los Príncipes de
„Berbería ó al Turco; mas la grandeza
„del negocio, el poco aparejo de armas,
„vituallas, navíos, lugar fuerte donde hi-
„ciesen cabeza, el poder grande del Em-
„perador y del Rey Felipe su hijo enfre-
„naba las esperanzas, y imposibilitaba las
„resoluciones, especialmente estando en
„pie nuestras plazas mantenidas en la cos-
„ta de África, las fuerzas del Turco tan
„léjos, las de los Corsarios de Argel mas
„ocupadas en presas y provecho particu-
„lar, que en empresas difíciles de tierra.
„Fuéronseles con estas dificultades dilatan-
„do los designios, apartándose ellos de
„los del Reyno de Valencia, gente mé-

»nos ofendida, y mas armada. En fin cre»ciendo igualmente nuestro espacio por »una parte, y por otra los excesos de los »enemigos, tantos en número, que ni »podian ser castigados por manos de jus»ticia, ni por tan poca gente como la »del Capitan General, eran ya sus fuer»zas sospechosas para encubiertas, aun»que flacas para puestas en execucion.« Este pues se dice estilo tenue ó sencillo, muy propio de las narraciones, que no piden adornos ni brillantez, sino una clara, fluida y culta naturalidad.

En órden á la Poesía debe tambien ser ínfima y humilde la locucion de los pastores que se introducen en las Églogas. Y así los pensamientos, los símiles y las comparaciones se han de tomar de los objetos que se presentan en el campo, como de las fuentecillas, de los árboles, de los montes, valles y prados, de los arroyuelos y paxaritos. Por esto notan algunos el estilo del *Pastor fido* de Guarini de muy elevado, y que no sabe al campo como debiera. Mas aunque las palabras han de manifestar rusticidad y sen-

cillez, pero no grosería ni ignorancia, y han de ser puras, elegantes, propias y suaves, como las que en sus Églogas empleó nuestro Garcilaso.

El estilo tenue ha de tener nervio y fuerzas [1], siendo mucho mas difícil de lo que á primera vista parece. Es necesario un ingenio extraordinario para decir las cosas comunes con sencillez y propiedad, sin caer en una locucion baxa, seca y dura. A un Pintor le es sin comparacion mas fácil el pintar un hombre vestido que á lo natural. El ropage puede disimular qualquier defecto del pincel, y aun las imperfecciones del cuerpo que se retrata. La misma pequeñez del asunto y de la locucion desnuda de adornos, y sin los subidos colores, ó el artificio que presta la Retórica para otras materias mas altas, descubre qualquier defecto por ligero que sea. En el estilo sublime la grandeza de las cosas que se dicen, la elevacion de los pensamientos, las figuras de sentencias y de palabras, y algunas veces los períodos lar-

1 Cicer. *Lib. III. n.* 200. *Non sine nervis, ac viribus.*

gos y numerosos distraen al Lector, el qual no advierte muchas imperfecciones, que quizá se esconden entre todos aquellos adornos que admira. Lo mismo puede decirse á proporcion del estilo mediano. En el humilde ó tenue apénas se usan los tropos, y es necesario en él valernos de voces propias, mucho mas difíciles de hallar que las traslaticias. Y aunque quien de sí no ha hecho experiencia cree al oir el estilo tenue, que se explicaria del mismo modo, ó tal vez mejor; porque es claro, y parece fácil despues de trabajado; con todo si este se dedicase á su composicion, quizá le sucederia lo que en caso semejante dice Horacio [1]:

. . . . . Ut sibi quivis
Speret idem, sudet multum, frustraque laboret
Ausus idem . . . . . .

Así como algunos por evitar el estilo baxo se suben á las nubes con expresiones altisonantes, otros por huir de es-

1 *Art. poët. v.* 240. Quint. *Inst. orat. Lib. IV. Neque in eloquentia cuncta expeti difficilius reperietur, quam id, quod dicturos omnes putant.*

te vicio se abaten al suelo, sin encontrar con el medio entre los dos extremos viciosos [1]. No pocos de estos últimos se lisonjean de un aticismo que no conocen, y á quienes reprehende Tulio con razon [2]; pues el estilo ático tiene dignidad y nobleza en los pensamientos y en las palabras. Los demas vicios nacen de la afectacion, el estilo baxo del descuido; bien que los malos Escritores suelen caer mas en los otros defectos que en este; porque mejor quieren ostentar vanidad en sus pensamientos y expresiones, que parecer baxos y poco ingeniosos.

El vicio pues contrario al estilo tenue es el baxo, seco y duro, en que se incurre quando al lenguage falta pureza, á los períodos regularidad, á los pensamientos fuerza, y en todo se encuentra desaliño y languidez. Una labradorcilla límpia y aseada, aunque humildemente vestida, parece bien á nuestros ojos; pe-

1 Horat. *Art. poët. v.* 27.
. . . . . *Professus grandia turget,*
Serpit humi tutus nimium, timidusque procellae.
2 *In Bruto.*

ro la miraríamos con asco si se presentase grasienta y andrajosa. Semejante efecto causa respectivamente en nuestro entendimiento el estilo humilde y el baxo. La sequedad de la locucion, y la dureza que es consiguiente, no se han de confundir tampoco con lo tenue del estilo. Los que así lo creen, dice Quintiliano, juzgan por sano lo macilento, y por cordura la debilidad del juicio, y pensando que basta no tener vicio, caen en el de no tener virtud alguna [1]. Si el estilo humilde, tenue, ínfimo ó familiar no admite pensamientos muy sutiles, sentencias graves, epitetos brillantes, ni otros adornos exquisitos y sobresalientes; pero requiere facilidad, gracia, concision, pureza, claridad y elegancia. Aunque no sea de mucha sangre, dice Ciceron [2], tenga á lo ménos jugo, y ya que carezca de las grandes fuerzas del estilo sublime, sea por decirlo así, enteramente sano.

1 *Inst. orat. Lib. II. cap. 4.*

2 *De Orat. n. 76. Etsi enim non plurimi sanguinis sit, habeat tamen succum aliquem oportet, ut etiamsi illis maximis viribus careat, sit, ut ita dicam, integra valetudine.*

CAPITULO XIII.

Del estilo poético.

La Poesía usa de palabras, expresiones, frases y licencias que le son peculiares. En ella los epitetos suelen ser mas brillantes, las comparaciones mas floridas, los tropos y las figuras muy freqüentes, en especial las Metáforas, las Alegorías y los Hipérboles: tambien son muchas veces permitidas las Trasposiciones, y en fin todo el contexto tiene cierto carácter distintivo. Porque no consiste solo la Poesía en el número, medida ó cadencia; aunque el verso se disuelva y reduzca á una prosa sencilla, le quedará el mismo espíritu; lo que confirma Horacio con aquel verso de Enio:

. . . . . *Postquam Discordia tetra*
Belli ferratos postes, portasque refregit;

y dice, que siempre serán poéticas estas expresiones, aunque las palabras se disloquen:

Invenias etiam disiecti membra Poëtae.

Las imágenes son tambien en la Poesía diferentes; pues se dirigen á sorprehender atrevidamente, son muchas veces fabulosas, y sus colores muy subidos; mas en la prosa se pintan las cosas y se hacen ver como son en sí mismas. En esta nos debemos siempre abstener de la locucion poética, y del uso de ciertas palabras que allí pueden disimularse, y jamas en la prosa, como aquellas que por derivacion formó Don Manuel Estéban de Villegas [1]:

..... *Quando Enero*
Los collados armiña,
Los arroyos argenta,
Y los prados envidra.

Tambien es permitido á los Poetas usar alguna vez de palabras antiquadas.

Bartolome Leonardo de Argensola en la *Conquista de las islas Malucas* se explica algunas veces con estilo poético. Por exemplo despues de haber referido que el Capitan de una galera española amenazó

1 *Part. 1. Lib. III. de las Eróticas.*

á los remeros Chinos, que mandaria cortarles el pelo si no bogaban con todas sus fuerzas, dice: »Esto es para los Chinos »injuria digna de muerte, porque tienen »la honra pendiente de los cabellos. Crían»los curados y rubios, y précianse dellos »como las damas de Europa, y peynan »en ellos su gusto y reputacion." De este y de otros lugares de Argensola se colige tambien que se iba ya introduciendo en su tiempo el mal gusto de una prosa demasiadamente florida, y que la pueril sutileza se empezaba á apoderar de los ingenios españoles.

Don Antonio de Solis cayó tambien en este defecto de adornar sus narraciones con imágenes poéticas, como en el libro segundo capítulo octavo de la *Conquista de México*: »Prosiguiéron (dice) »los navíos su viage hasta que llegáron »á un promontorio ó punta de tierra »introducida en la jurisdiccion del mar, »que al parecer se enfurecia sobre cobrar »lo usurpado, y estaba con continua in»quietud porfiando con la resistencia de »los peñascos." Tambien es poética aque-

lla expresion: „Los peñascos de Zimpa-„cingo amenazaban desde léjos con la di-„ficultad del camino [1]: “ modo de hablar semejante al que usó Virgilio quando dixo [2]:

Hinc atque hinc vastae rupes, geminique minantur
In coelum scopuli . . . . . .

Tambien incurrió en este vicio del estilo poético en la prosa Don Gabriel Álvarez de Toledo en la *Historia de la Iglesia y del mundo.*

Por el contrario en la Poesía se hace oportunamente mencion de los pasages históricos con estilo poético y elevado. Es admirable la delicadeza y sublimidad con que en algunos salmos habla la sagrada Escritura de los mas ilustres acontecimientos de su Historia. V. g. en el 104 que dice: *Dios llamó sobre la tierra la hambre, que rompió todo el báculo del pan* [3]; expresiones poéticas, singular-

1 *Lib. II. cap. 11.*
2 *AEneid. Lib. I. v. 166.*
3 *Et vocavit famem super terram, & omne firmamentum panis contrivit.*

mente la última, para significar el trigo, que es el preciso apoyo ó sustento de nuestra vida. Sigue representando á Joseph vendido y cargado de hierro, dándonos á entender con muy pocas palabras su prision y sus trabajos, y vuelve luego á hablar del poder y de la sabiduría de Dios que le libertó: en fin cuenta toda aquella historia con rasgos tan breves, como poéticos y magníficos.

En algunos lugares de la historia sagrada se reconoce tambien cierto espíritu semejante al que anima la Poesía, donde la novedad y grandeza de los sucesos elevaron los pensamientos y las expresiones de los Profetas, por exemplo en las bendiciones de Jacob al fin del Génesis, en la profecía de Balaam, y en la descripcion del milagro quando Josue detuvo el Sol. Con todo, aquel estilo no es enteramente poético, ni ageno de tan ilustres acontecimientos, si bien los tropos son allí mas freqüentes, las Metáforas mas enérgicas, las voces selectas, y las figuras vehementes.

Aunque no debemos usar, como di-

xe, del estilo poético en la prosa, sin embargo para hacerla mas agradable, dulce, armoniosa y elevada conviene mucho la lectura de los buenos Poetas con precaucion y juicioso discernimiento. »De es»tos, dice Quintiliano [1], se toma en las »cosas el espíritu, en las palabras la su»blimidad, en los afectos la mocion, y »en las personas el decoro.

CAPITULO XIV.

Del estilo didascálico.

La Elocucion toma igualmente ciertas denominaciones de la especie de los escritos en que se emplea, y de las materias que se tratan. Con este respecto se divide el estilo en didascálico, forense, dialogal, epistolar, histórico y oratorio.

El didascálico, que algunos llaman tambien filosófico, como se dirige á enseñar, y se emplea en asuntos científicos, debe ser muy puro y claro. Pide mas par-

1 *Inst. orat. Lib. x. cap. 1.*

ticularmente que los otros la misma exâctitud en las palabras y expresiones que en los pensamientos. La propiedad de las dicciones siempre da claras ideas de las cosas: por esto quando se explican algunas dificultades se han de evitar los vocablos traslaticios, á excepcion de aquellos, que por falta de otros ó por ser muy expresivos se usan ya comunmente, y son tan claros como los propios: así decimos *la niña* de los ojos, *la agudeza* del entendimiento.

La pureza de lenguage es necesaria en todos los estilos; mas en el didascálico todavía se pueden disimular ménos los barbarismos y solecismos, que tanto afean el Discurso é impiden su inteligencia. Porque de aquí nace que al estudio principal es preciso añadir otro poco agradable, para entender las palabras antiquadas ó nuevas, y su mala construccion. Y así como á las dificultades de las ciencias y artes se juntan las del estilo poco castellano, el Lector se fatiga, y abandona la confusa doctrina que halla entre las espinas del mal romance.

No me detendré en ponderar lo agena que es, en especial de lo didáctico, el estilo obscuro, aunque en qualquier materia sea generalmente despreciable. Pues todos entienden quánto se opone á la enseñanza la confusion, que donde esta se halla muy poco puede aprenderse. El Jurisconsulto Sexto Pomponio dice, que los libros del derecho público y privado que escribió Tuberon, no fuéron apreciados ni leidos por su mucha obscuridad [1].

Aunque el estilo didascálico es por lo comun sencillo, pero no le son impropios los adornos moderados y á su tiempo, como los tropos y las figuras, con tal que estas sean pocas, y no vehementes ni patéticas, ó dirigidas á mover el corazon, sino únicamente las que deleyten al entendimiento. Marco Tulio usó en el libro de los *Oficios* de una locucion adornada y singularmente armoniosa, y su estilo fué mas tenue en otros tratados didascálicos.

Se ha de hacer tambien distincion entre el estilo propio de las Instituciones,

1 *L.* 2. §. *post hos* 46. *de Orig. iur.*

donde los jóvenes aprenden los fundamentales rudimentos de las ciencias y artes, y el que corresponde á otros tratados que se dirigen á instruir á los que tienen ya muchos conocimientos, ó á lo ménos una mediana tintura en el asunto de que se habla. En el primero puede seguirse el método geométrico, y usarse de proposiciones lógicas, desnudas y claras, siendo cada una de ellas un principio ó axîoma relativo á la materia; el segundo pide ménos concision, y mas número, armonía y otros adornos, de los quales resulta el deleyte, que es poderoso atractivo para la lectura, y suele causar en muchos el mismo efecto, que producen en los niños los dulces que se les dan para atraerlos á la enseñanza, suavizarles el trabajo, y minorar su aversion á las primeras letras. A la utilidad de las ciencias y las artes conviene juntar muchas veces la dulzura, sin la qual no suelen los Lectores hallar gusto en los escritos. Ademas que les fatiga mucho la continua y profunda atencion que requiere el estilo geométrico, y como el Discurso

está tan unido y enlazado, la menor distraccion hace perder el hilo y la inteligencia de lo que se sigue.

En fin, hablando en general, la exáctitud de las ideas, su buen órden y enlace, el espontáneo descenso de uno á otro pensamiento, la pureza del lenguage y la claridad, son los esenciales caracteres del estilo didascálico. Se deben tener por modelos en esta clase el *Símbolo de la fe* de Fray Luis de Granada, la *Exposicion del libro de Job* del Maestro Leon, y los tratados filosóficos de la *Tribulacion y del Príncipe* del Padre Ribadeneyra. Gabriel Alonso de Herrera en la *Agricultura* puede llamarse el Columela de la lengua castellana.

Entre los modernos Don Gregorio Mayans en su *Retórica*, en el *Orador Christiano* y demas obras didácticas usa de un lenguage puro, correcto y sencillo, aunque muchos echan ménos la fluidez y armonía, que le harian ciertamente mas agradable. Y omitiendo por no ser prolixo el estilo didascálico de otros Autores, solo hablaré del que se advierte en el Padre Feyjoo, el qual tiene tan ciegos apa-

sionados, que para decir de él lo mismo que siento, me valdré de la autoridad del Abate Don Juan Andres, cuyo juicio crítico se halla tan justamente acreditado. Alaba este algunas buenas qualidades del estilo didascálico de aquel célebre Benedictino, y concluye diciendo: »Pero la »continua lectura de los libros franceses, »lo nuevo de las materias poco manejadas de los Escritores españoles, y su poco ó ningun conocimiento de la lengua »nativa y de sus Autores clásicos, dan »á su elocucion una forma algo nueva, »y cierto ayre de peregrina, y la privan de aquella fuerza, de aquel gusto »de lenguage, que hacen tan suaves y »sabrosos, sólidos y vigorosos los escritos de los Autores ántes celebrados [1].

Puede ser muestra de la pureza, de la claridad y de otras prendas propias del estilo didascálico la exposicion del verso 13 cap. XXVII. del libro de Job por el Padre Fray Luis de Leon, en que explica aquellas palabras: *Esta es la parte del impio con Dios, y la herencia de los violentos que*

1 *Tom. V.*

recibe el poderoso: »*Parte y herencia*, dice, »para mostrar, que no se les da de gra»cia el castigo, sino de justicia debida, »y que como la herencia es del que es »hijo, así á los malos por hacerse pri»mero hijos de la maldad les viene por »derecho que hereden la pena. Porque co»mo el hijo sucede por nacimiento, así »del desconcierto de la vida, y del tor»cimiento del obrar nace la desventura »y el desastre y la calamidad y el cas»tigo, que no hay árbol tan cierto en »su fruto, quanto es cierto el pecado pro»ducir pena y tormento. Así que llama »al castigo que se da á los malos *heren»cia* por esta causa, y llama *herencia de »violentos*, ó como la letra original di»ce *de fuertes*, porque con ser los ma»los flacos para vencer sus pasiones, en »sus condiciones y en su trato para con »los otros son fuertes, que ni la piedad »los ablanda, ni el respeto de la razon »los mueve, ni hacen mella en ellos las »inspiraciones de Dios [1] ::::

1 He mudado la diccion antiquada *ansí* en la corriente *así*; las demas palabras son las mismas del lugar citado.

Hay otra especie de estilo didascálico ó filosófico, y es el que se emplea en las materias políticas. Los Discursos que tratan de las cosas de estado, ó del gobierno de los pueblos para hacerlos felices y mantener su tranquilidad, son por sí muy graves, sus instrucciones interesan al bien público, enseñan á los Príncipes y á sus Ministros; por lo que deben tener solidez, precision y dignidad. Los símiles serán muy propios y nobles, los exemplos tomados de la historia, y los mas oportunos, los dichos de los hombres grandes ó apotegmas muy discretos, las reflexîones sabias, y las sentencias escogidas. Aunque estas en los tratados políticos han de ser mas freqüentes que en otros, pero no tantas, segun he dicho, que denoten afectacion, y hagan molesta la lectura. Indiqué tambien este defecto, en que no pocas veces cayó Don Diego de Saavedra en sus *Empresas políticas*, para que los Lectores lo distingan, y solo imiten las perfecciones.

Sea exemplo para esta especie de estilo didascálico (ó llámese político) el si-

guiente lugar del mismo Saavedra, que servirá tambien para prueba de que donde este insigne Escritor no amontona ó menudea sentencias, ni usa continuadamente de proposiciones breves y cortadas, es su locucion natural, fluida, numerosa y agradable [1]. „Quien mira lo espinoso „de un rosal, difícilmente se podrá per„suadir á que entre tantas espinas haya „de nacer lo suave y hermoso de una ro„sa. Gran fe es menester para regarle, y „esperar á que se vista de verde, y bro„te aquella maravillosa pompa de hojas, „que tan delicado olor respira. Pero el su„frimiento y la esperanza llegan á ver lo„grado el trabajo, y se dan por bien em„pleadas las espinas que rindiéron tal her„mosura y tal fragrancia. Ásperos y espi„nosos son á nuestra depravada naturale„za los primeros ramos de la virtud; des„pues se descubre la flor de su hermosu„ra. No desanime al Príncipe el semblan„te de las cosas, porque muy pocas en „el gobierno se muestran con rostro apa-

1 *Emp.* XXXIV.

„cible. Todas parecen llenas de espinas y „dificultades: muchas fuéron fáciles á la „experiencia, que habian juzgado por ár- „duas los ánimos floxos y cobardes: y así „no se desanime el Príncipe; porque si „se rindiere á ellas ligeramente, quedará „mas vencido de su aprehension que de „la verdad. Sufra con valor, y espere con „paciencia y constancia sin dexar de la „mano los medios. El que espera tiene á „su lado un buen compañero en el tiem- „po, y así decia el Rey Felipe II: *Yo y „el tiempo contra dos* ::::

CAPITULO XV.

Del estilo forense.

No pertenecen á este tratado de la Elocucion aquellas fórmulas de los juicios, que enseña como técnicas la práctica ó el estilo de los tribunales. Mas no debo omitir que en los escritos jurídicos no se ha de usar de ciertas expresiones ó palabras que ha introducido el mal gusto, v. g.

el distinguir en los Alegatos cada razon ó argumento con un impertinente *y porque*, quita al Discurso la noble fluidez, y se ofenden los oidos con este repetido modo de dar principio á muchas cláusulas, pudiéndose usar con variedad de ingeniosas, naturales y bellas transiciones, sin que sea menester que el Abogado ó la Parte avise al Juez por este extraño medio de que pasa á exponer otros nuevos fundamentos de la justicia que defiende.

Algunos Abogados están persuadidos de que este es un formulario mandado seguir por cierta providencia del Consejo. Don Joseph de Covarrúbias dice en su Prólogo á la Traduccion de los Discursos de Aguesseau, que habiendo indagado el motivo de esta vulgar preocupacion, halló que traia su orígen de no haber admitido la Sala de Mil y Quinientas cierto Alegato dividido en capítulos con sus epígrafes, y al que faltaban algunas formalidades, que no tienen conexîon con los *y porques*, que tanto afean la belleza de un buen escrito, ni los sabios y eloqüentes Ministros de aquella Sala au-

torizarian estos lunares de la elocucion forense, que justamente califica de ridículos Don Gregorio Mayans.

Tampoco es mi asunto el hablar de la invencion retórica, que mira á las controversias y estados de las qüestiones legales. El Lector ademas de los antiguos podrá ver entre los modernos un especial aunque pequeño tratado que sobre esta materia escribió el Padre Cesena [1], y el *cap.* 43. *Lib.* 1. *Part.* 1. *de la Retórica* de Mayans. Me ceñiré á la elocucion propia del foro, si bien no debo omitir lo que pertenece á la disposicion de las pruebas en quanto contribuye á la energía del estilo.

Los Griegos y los Romanos tuvieron en sus repúblicas estímulos muy poderosos para exercitar la eloqüencia forense. Este era el único medio para ascender á los primeros cargos, con que se coronaban las fatigas de los Oradores y Jurisconsultos. La ambicion de la gloria, y la esperanza del premio encendian sus gene-

1 *Compendio de la Retórica al fin de la Parte* 1.

rosos espíritus, ocupando toda su vida en un continuo estudio y exercicio de la eloqüencia. Trataban aquellos grandes hombres de las causas públicas y de las privadas, ó de los negocios de la república y de los pleytos particulares. Las Oraciones que se hacian al pueblo sobre la utilidad de una ley ó de su revocacion, de la paz ó de la guerra, las acusaciones contra las personas de la primera nobleza, y las defensas muchas veces de testas coronadas, daban á un eloqüente Orador espacioso campo para mostrarse igual á lo sublime de tales asuntos. Quatro años empleáron Eschínes y Demóstenes en prepararse, aquel para acusar, y este para defender á Ctesifon, y á la fama de causa tan célebre y ruidosa acudió á Aténas un innumerable gentío de toda la Grecia. La reñida contienda de dos tan insignes y rivales Oradores, la grandeza del asunto y el concurso esplendido, pedian, como fuéron efectivamente, las Oraciones mas patéticas, magníficas y sublimes.

Sin embargo en estos tiempos no dexan de ofrecerse á los Abogados algunas,

aunque muy pocas ocasiones, en que puedan ostentar las mayores riquezas de la Oratoria. Un eloqüente Letrado usará oportunamente en la defensa de los reos capitales de muchos rasgos sublimes y de figuras patéticas para mover la compasion de los Jueces. Por esto en tiempo de Solon estaba prohibido á los Oradores, que perorasen en el Areopago á favor de los reos, por el peligro de que la eloqüencia triunfase del rigor de la justicia.

En los negocios civiles no admite la Oratoria aquella magestuosa pompa, ni los adornos que corresponden al género deliberativo y demostrativo. Quando se habla del derecho á cierta herencia, de la denuncia de nueva obra, de la exêncion de alguna deuda, y de otras causas de igual naturaleza, el estilo debe ser claro, propio y sencillo, sin vanas sutilezas, ni pensamientos muy estudiados, que denotan demasiado artificio, y hacen sospechosa la razon y justicia que se patrocina. El usar en estas causas del estilo magnífico seria lo mismo (dice Quin-

ciliano) que poner á un niño los vestidos y coturnos de Hércules [1].

Ademas la eloqüencia judicial, ó *dicánica*, como la llamáron los Griegos, debe ser tranquila, sin agitacion ni vehemencia, y sin que jamas se manifieste cierta acalorada animosidad, que siempre ofende á los Jueces, y disminuye tambien el crédito de la justicia que se defiende [2]. Será mucho mas reprehensible el Abogado si desahoga su mal humor con injurias ó dicterios contra la otra Parte, ó contra su mismo compañero, con lo que se profanan los estrados, faltando á la modestia, al decoro y al respeto del tribunal.

Algunos Abogados suelen ser tan difusos, que cansan y hacen bostezar á los Jueces. La *ley* 4 *tit.* 16 *lib.* 2 *de la Recopilacion* manda, que »las partes refie»ran el hecho en encerradas razones en

1 *Instit. Orat. Lib.* VI *cap.* 2. Cicer. *Orat. ad Brut. n.* 124. *Dein si tenues causae, tum etiam argumentandi tenue filum, & in docendo, & in refellendo.*

2 Quint. *Inst. Orat. Lib.* VI *cap.* 5. *Bonus altercator vitio iracundiae careat :::: Melior moderatio, & nonnumquam etiam pacientia.*

„los escritos que se presentan ántes de la „conclusion.“ Es verdad que no deben omitirse todas aquellas razones en que pueda apoyarse la justicia; porque las que á unos parecen de menor peso, á otros Jueces harán mas fuerza, por los distintos modos de pensar que tienen los hombres, y conforme al genio de cada uno; pero deben exponerse los argumentos, de qualquier especie que sean, con precision y claridad.

Las razones y pruebas han de alegarse primeramente las fuertes, luego las medianas, y al fin las mas poderosas. La refutacion de los argumentos contrarios se hará ántes ó despues segun aconsejen las circunstancias. Pongo por caso, si en un Informe jurídico en estrados habló ántes el Abogado contrario, y se conoce ó se conjetura que sus razones han hecho impresion en el entendimiento del Juez, ó que le han preocupado, se refutarán ántes de entrar en la confirmacion: en otros términos, ó regularmente se satisfará á los argumentos opuestos á lo último del Discurso ó Alegato.

Así verbalmente en estrados como por escrito debe huirse del estilo escolástico, en que algunos incurren, y todavía es mas molesta la afectacion de citas para confirmar las proposiciones de que nadie duda, y que son muchas veces reglas, axîomas ó principios del derecho. En este vicio suelen caer algunos Abogados jóvenes, y otros que siguen el exemplo de tantos Autores, que acompañan cada palabra con una página de *números*, *párrafos* y *capítulos*, refiriéndose á los que les precediéron con la misma impertinente profusion de citas. Aquello de: *erubescimur sine textu loqui*, ha contribuido mucho á este farrago en los que tienen poco discernimiento y mal gusto.

Quando no hay ley debe insistirse mas en las razones que en las autoridades; pues en tanto estas harán fuerza, en quanto estuvieren sólidamente apoyadas en aquellas. A este propósito el Cardenal de Luca burlándose de los que parece han jurado en las palabras de los Autores, dice [1]

1 *De Stylo legali.*

que son papagayos, que repiten lo que otros han dicho.

En suma, la pureza del lenguage, el buen órden, la energía, la noble sencillez, la gravedad de la diccion, la solidez de los argumentos y de las razones, fundadas en el Derecho, han de ser las prendas del estilo forense, en el que sobresaliéron tanto Scévola y Craso, que Ciceron dice haber sido los mas eloqüentes entre los Jurisperitos, y los mayores Jurisperitos entre los eloqüentes [1].

CAPITULO XVI.

Del estilo Dialogal.

El Diálogo es una fingida ó verdadera conversacion entre dos ó mas personas, que se escribe con el fin de instruir y deleytar á los Lectores. Cenon de Elea introduxo, que por medio de los Diálogos se tratasen las qüestiones filosóficas:

1 *De Orat. Lib. 1. In Brut. n.* 145.

despues Sócrates y otros esclarecidos varones cultiváron este ramo de la eloqüencia. El estilo de tales composiciones por lo comun ha de ser tenue, porque esta qualidad es propia de la locucion familiar entre los amigos, que se explican con palabras y expresiones sencillas: pero como las personas muy cultas y eruditas son tambien en la conversacion mas discretas y sutiles, y el calor de su imaginacion suele muchas veces sugerirles tropos y figuras, de aquí es que quando estas se suponen interlocutoras corresponde á su carácter y á la opinion que de ellas tenemos un estilo mas elevado. Con este se explican Caton y Lelio en los Diálogos de Marco Tulio *de senectute*, y *de amicitia*. Los del Maestro Fray Luis de Leon en el libro *de los nombres de Christo* igualmente tienen un estilo mas alto por la grandeza del asunto. En los otros debe ser la locucion sencilla, pero siempre pura, tersa, dulce y elegante.

Respecto á la quantidad del estilo corresponde el rodio, como mas natural y ménos verboso que el asiático, y no tan

ingenioso ni premeditado como el ático. El lacónico tampoco es oportuno por demasiado breve y no bastantemente claro. Es necesario asimismo que el estilo de los Diálogos sea moral, esto es, que manifieste en su contexto y en las expresiones amistad sincera, modestia, decoro, verdad y otras virtudes; y si á su tiempo se mezclan algunas sales y dichos agudos, jocosos y urbanos sin chocarrería ni baxeza, causarán un singular deleyte, instruyendo gustosamente á los Lectores.

Los Diálogos del Doctor Francisco Villalobos, Médico del Rey Católico, tienen un estilo claro, puro y lleno de donayres nacionales, bien que algunas veces su excesiva familiaridad se roza con la baxeza. En los Diálogos del Maestro Hernan Perez de Oliva *de la dignidad del hombre* brilla una diccion bastantemente culta, florida y grave: los continuó Francisco Cervantes de Salazar, añadiéndoles dos terceras partes, que se publicáron en el año 1546, aunque su estilo es inferior al de Perez de Oliva. En 1772 los imprimió Don Francisco Cer-

dá y Rico entre las obras hechas, glosadas y traducidas por el mismo Salazar. Pedro Mexía escribió diez Diálogos, en que trata diferentes qüestiones, cuya obrita anda junta con *la alabanza del asno*, á imitacion de Luciano y Apuleyo. Don Antonio Agustin compuso dos, el uno sobre las armas y linages de España, y el otro sobre las medallas. A los Diálogos entre las personas imitó Cervantes en el de los perros del hospital de Valladolid Scipion y Berganza, que es una ingeniosa fábula satírica, escrita con estilo ameno, gracioso y elegante.

CAPITULO XVII.

Del estilo epistolar.

El estilo de las cartas será diferente, segun las personas á quienes se dirigen, y con respecto tambien al asunto de que se trata. Las familiares se escriben con palabras comunes, propias y cotidianas; pero con todo se han de trabajar con mas

cuidado y lima que los Diálogos: porque en estas composiciones se imita á los que hablan de repente, y en aquellas se supone mas tiempo para la reflexîon. Lo que puede notarse en el estilo de la discreta y aguda carta de Luscinda á Cardenio en nuestro eloqüente Miguel de Cervantes [1]: »Cada dia (dice) descubro en vos valo»res que me obligan y fuerzan á que en »mas os estime; y así si quisiéredes sa»carme de esta deuda sin executarme en »la honra, lo podreis muy bien hacer: »padre tengo que os conoce y que me »quiere bien, el qual sin forzar mi vo»luntad cumplirá la que será justo que »vos tengais, si es que me estimais co»mo decis, y como yo creo.

Todavía es mas elegante y limada la carta que dexó escrita á Luscinda Cardenio, en que la dixo: »Tu falsa prome»sa, y mi cierta desventura me llevan á »parte donde ántes volverán á tus oidos »las nuevas de mi muerte, que las razo»nes de mis quejas. Desechásteme ¡ó in-

1 *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Part. 1. cap. 27.*

»grata! por quien tiene mas, no por quien »vale mas que yo; mas si la virtud fuera »riqueza que se estimara, no envidiara »yo dichas agenas, ni llorara desdichas »propias. Lo que levantó tu hermosura »han derribado tus obras: por ella en- »tendí que eras ángel, y por ellas co- »nozco que eres muger. Quédate en paz, »causadora de mi guerra, y haga el Cie- »lo que los engaños de tu esposo estén »siempre encubiertos, porque tú no que- »des arrepentida de lo que hiciste, y yo »no tome venganza de lo que no de- »seo [1].

En los escritos que piden gravedad, y en las cartas á personas de cumplimiento y ceremonia deben omitirse los refranes: mas son muy propios en las cartas familiares, al modo que se freqüentan tambien con mucha gracia en los Diálogos y en las conversaciones. Son igualmente oportunos ciertos equívocos discretos, el laconismo, y algunas alusiones, que acaso solo penetran los que tienen íntima cor-

1 *El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, Part. 1. cap. 23.*

respondencia, como lo practicó Ciceron con Ático y otros amigos. Asimismo no son impropias las chanzas urbanas: Antonio Perez en una de sus cartas á Gil de Mesa satisface á cierta persona que vituperaba la graciosa festividad de su estilo: „Adviértale V. m. (dice) que no se „escandalicen sus oidos de leer algunas car„tas de chufas y donayres, al parecer a„genos de mi profesion y edad, y con„trarios al humor de mi fortuna; sino „que considere que son cartas familiares, „que es como decir, conversacion priva„da.“ En ellas deben resplandecer tambien cierta elegante sencillez, y una culta negligencia, que indiquen la franqueza y desahogo de un corazon sincero.

Las cartas eruditas, doctas ó científicas requieren el estilo didascálico; patético las que tienen por asunto manifestar una situacion desgraciada; las comendaticias, y aquellas en que pedimos favor y proteccion en nuestras pretensiones, y las que se escriben á personas de mucho respeto, de alta dignidad ó gerarquía exîgen el estilo mediano; y grave

las que tratan de asuntos políticos ó de la guerra, como qualquier Discurso sobre materias nobles y elevadas. De esta especie es la carta de Teodorico, Rey de Italia, á Alarico su yerno, Rey de los Visigodos, que trae Don Diego de Saavedra en su *Corona gótica* traducida libremente del latin al castellano, y es como se sigue [1]: »Aunque la innumerable »succesion de vuestros reales progenitores, »y la potencia de Atila derribada por las »fuerzas de los Visigodos pudiera dar con»fianza á vuestro valor; con todo eso os »debe hacer recatado la consideracion, de »que la ferocidad de los corazones de los »pueblos se ablanda con la larga paz, y »que no conviene ofrecer de repente á »la suerte de los casos á los que ha tan»to tiempo que les falta el exercicio de »las armas. Terrible es el lance de una »batalla quando no es acostumbrado; y »si el uso y experiencia no anima, no »se entra en el combate con confianza. »No quiera Dios que la ciega indigna-

1 Casiod. *Var. Lib. III. cap.* 9.

»cion os arrebate. La moderacion preve-
»nida conserva los Estados. El furor ca-
»si siempre precipita los casos, y sola-
»mente conviene el medio de las armas
»quando el competidor no admite el de
»la justicia: y así os pido que suspendais
»la guerra hasta que hayan llegado mis
»Embaxadores al Rey de Francia, para
»que vuestras diferencias sean amigable-
»mente compuestas ::::

Omito en obsequio de la brevedad, y por no cortar á menudo el hilo del Discurso, los exemplos de las otras especies de cartas: baste insinuar sus colecciones, haciendo al mismo tiempo una breve crítica de sus estilos.

La mas antigua coleccion de cartas se publicó en Burgos en el año 1499 con el título: *Centon epistolar de Hernan Gomez de Cibdadreal, Físico del Rey Don Juan II.* Se reimprimiéron en Madrid en el año 1775, corregidas y emendadas por el erudito y laborioso Señor Don Eugenio de Llaguno. Usa Ciudadreal muchas veces de un estilo jocoso, lleno de graciosas sales, y siempre claro y preciso,

bien que sin aquel aliño con que escribiéron despues otros Españoles. Lo que merece perdon en un tiempo, en que la lengua castellana empezaba á pulirse, y apénas habia salido de su infancia.

Las cartas de Fernando del Pulgar, que floreció en tiempo de Enrique IV y de los Reyes Católicos, tienen una locucion culta sin estudiadas sutilezas. Las juiciosas máxîmas políticas y morales, los saludables consejos, y las delicadas reflexîones hacen tambien grave su estilo. Don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, escribió cartas agudas, sentenciosas y festivas; pero abundan de Antítesis, y de conceptos afectadamente sutiles, lo que se opone en especial á la sencillez del estilo epistolar. En las didascálicas que le remitió el Bachiller Pedro de Rua, quejándose de que faltaba á la verdad de la Historia, se advierte bastante artificio, correccion y elegancia. Ademas de la erudicion tienen pureza de lenguage las cartas del Canónigo de Toledo Don Juan de Vergara. En las místicas del Maestro Juan de Ávila á diferentes personas campea un

estilo sólido y robusto, mas sin brillantez, delicadeza ni artificio. La verdad y el fuego de sus expresiones iluminan el entendimiento, é inflaman la voluntad, pero deleytan mas al espíritu que á los oidos.

El estilo de las cartas de Antonio Perez es puro, terso, nervioso y fuerte: dice mucho en pocas palabras, tanto, que muchas veces su laconismo produce la obscuridad. Suele ser muy patético quando se queja de su triste fortuna, y sumamente tierno quando habla con su muger y con sus hijos. Con todo algunas veces manifiesta, que piensa mas que siente, y es demasiado sutil, florido y sentencioso. Entónces disminuye lo patético, descubriendo mas el artificio que su dolor.

Las cartas de Santa Teresa de Jesus tienen una locucion pura, clara, natural, sencilla y propia, aunque sin aliño ni artificiosa pulidez. Podrán asimismo leerse con fruto las cartas morales, militares, civiles y literarias de Don Lúcas Cortes, del Dean de Alicante Don Manuel Marti, y algunas de otros insignes

varones, cuya preciosa coleccion publicó Don Gregorio Mayans.

En conclusion advierto, que al modo que nuestros mas célebres Escritores se hicieron eloqüentes imitando á los Antiguos, así nosotros tampoco hemos de perder de vista aquellos modelos del buen gusto, y leer con reflexîon en especial las cartas de Tulio, donde sobresalen las gracias del estilo epistolar en una limada y culta naturalidad.

CAPÍTULO XVIII.

Del estilo histórico.

El estilo de la Historia ha de ser puro, claro, grave, natural, juicioso y noble. Deben omitirse en él las palabras baxas, las vulgares, las afectadas, las poéticas, eligiendo las que den peso y autoridad á lo que se dice. Los períodos no serán largos, y quando se refieran cosas que pasáron con celeridad se usará de incisos y de miembros cortos. No hay en la His-

toria cosa tan dulce como una pura é ilustre brevedad [1]. El estilo histórico debe ser tenue en la narracion de las cosas de poco momento, mediano quando se refieren sucesos de mucha consideracion, ó en que intervienen grandes personages, y sublime ó patético en algunos Discursos, ó en las Arengas que se introducen. Será grave siempre, pero mas particularmente quando se hacen reflexîones y se discurre sobre las causas que produxeron ciertos efectos políticos ó de la guerra, ó sobre los motivos de las determinaciones y designios de los Príncipes, Ministros y Privados, sin inclinarse el Historiador á la maligna interpretacion de las acciones humanas.

Como el que escribe Historia está obligado á referir sencillamente la verdad, sin manifestar odio, amor ni otra pasion, no debe jamas valerse de Hipérboles para exâgerar las cosas. Quinto Curcio cayó en este defecto hablando de Alexandro quando llegó á Egypto; pues dice

1 Cicer. *in Brut. n.* 262. *Nihil est in Historia pura, & illustri brevitate dulcius.*

que traspasó los límites del sol. Por lo mismo son tambien agenas de la Historia las figuras patéticas y vehementes. Sin embargo el Padre Juan de Mariana usó con alguna disculpa del Apóstrofe quando defendió el vulnerado honor de Doña Blanca de Borbon, á quien algunos con horrible impostura culpáron de incestuosa con Don Fadrique, hermano del Rey. Este Historiador califica de temeraria y desvergonzada esta sospecha [1], refiere la injusta muerte que por órden de su marido padeció aquella Reyna infeliz y virtuosa, y en un caso tan cruel y lamentable, en que el Historiador y el que lee necesitan de algun desahogo de su justa cólera y sentimiento, dice [2]: »Mas »á tí, Rey atroz, ó por decir mejor, »bestia inhumana y fiera, la ira é in»dignacion de Dios te espera; tu cruel »cabeza con esta inocente sangre queda »señalada para la venganza. De esas tus »rabiosas entrañas se hará á aquel justo, »y contra tí severo Juez un agradable y

1 *Lib. XVI. cap.* 18.
2 *Lib. XVII. cap.* 4.

»suave sacrificio. El alma inculpable y lim-
»pia de tu esposa, mas dichosa en ser ven-
»gada que con tu matrimonio, de dia y
»de noche te asombrará y perseguirá de
»tal guisa, que ni la vergüenza de lo
»torpe y sucio, ni el miedo del peligro,
»ni la razon y cordura de tu locura y
»desatino te aparten y enfrenen, para que
»fuera de seso no aumentes las ocasiones
»de tu muerte, hasta tanto que con tu
»vida pagues las que á tantos buenos é
»inocentes tienes quitadas.

Pero generalmente la Historia no debe valerse de los medios que emplea la Retórica para persuadir y mover; sino que dexando libre el corazon del Lector omitirá toda eloqüencia seductora. Se amancilla el candor de la verdad, que es el blanco de la Historia, si se usa de estas figuras, que arguyen poca sinceridad, y mucha pasion. El estilo histórico de la sagrada Escritura es sencillo, natural y conciso, sin que le falte circunstancia alguna para la precisa y conveniente instruccion. Cuenta todos los acontecimientos mas ilustres con expresiones claras y enérgicas, sin

mezclar alabanzas, vituperios, Discursos ni reflexîones. Su admirable artificio consiste en no tenerlo, como corresponde á la verdad eterna que dictó Historia tan admirable. Al contrario muchos Autores profanos han seguido los impulsos de su corazon, y han usado de adornos agenos de la Historia, extendiéndose en razonamientos largos, en sátiras y en elogios. ¡Con qué sencillez escriben los sagrados Evangelistas la vida, los milagros y la pasion de Jesuchristo! Parece que hablan de una persona que nada les interesa, sin añadir vituperios contra sus enemigos, ni alabanzas de su Maestro, quando las injurias de aquellos, y los beneficios que habian recibido del Salvador, juntamente con el ardiente amor que le tenian, les abria para lo uno y para lo otro un campo tan dilatado. Con dos palabras dixeron lo que podia extenderse en muchos volúmenes: *Crucifixerunt eum.*

El Historiador no ha de hacer tampoco ostentacion de político y sabio: debe usar solo de aquellas reflexîones y sentencias, que nacen del mismo fondo de la

narracion sin que sean muy estudiadas. El que lee Historia no quiere que se le detenga para oir lecciones de Filosofía moral ó de Política, sino que siempre está impaciente por saber el fin de los sucesos, y tal vez se ofende su amor propio de que el Historiador quiera cautivar su entendimiento, y no le dexe libertad para hacer por sí las reflexîones oportunas.

El estilo en las descripciones puede ser mas ameno que en la simple narracion de los hechos, porque se dirigen al adorno de la Historia y al deleyte de los Lectores, cuya imaginacion se divierte y descansa de la unida y larga relacion de los sucesos. Mas las descripciones no han de ser poéticas, muy agenas ciertamente de la Historia. Hay quien hablando de una navegacion por ostentar arte pinta la borrasca con los horrores imaginables, quando apénas hubo el menor peligro de naufragio. Otros Historiadores ántes de referir una batalla describen la aurora con todos sus risueños colores, y con los de la elocucion mas florida:

Aut flumen Rhenum, aut pluvius describitur arcus;
Sed nunc non erat his locus . . . . .

Las descripciones topográficas y sencillas son necesarias para conocer el sitio de una batalla ó qualquier otro, y para mas gustosa instruccion del Lector. Salustio pasó con este fin á reconocer en África los lugares que fuéron el teatro de la guerra con Yugurta.

La naturalidad y sencillez del estilo grangea mucho aplauso al Historiador, y el que lee ha de quedar informado del suceso sin haber advertido el arte con que se refirió. Luciano se manifiesta con razon muy contrario de la Historia cargada de vanos adornos, la qual, dice, se parecerá á Hércules ridículamente vestido con el ropage y los atavíos de su manceba. Y así el estilo histórico no debe ser muy florido, en lo que pecó tambien Quinto Curcio, cuya excesiva belleza en algunos lugares le hace perder aquella magestuosa gravedad, que tanto sobresale en Herodoto, Tucídides, Xenofonte, Tito Livio y Salustio.

Algunos rigurosos críticos son de parecer, que en la Historia debian omitirse las Arengas que se insertan y aplican á ciertos personages. Trogo Pompeyo reprehendió en este particular á Livio y á Salustio [1]. Y no tiene duda que muchos Discursos no son verosímiles, singularmente los que se suponen en boca de los Generales, que por eminentes que sean en el arte de la guerra y aun en la Política, no suelen hablar como los grandes Oradores ó de profesion, y mucho ménos en el calor de una batalla ó de un asalto.

Son mucho mas agenas de la Historia aquellas Oraciones atribuidas á sugetos tenidos por rústicos y bárbaros, y en que los Oradores despliegan todas las velas de su eloqüencia. Allí se leen pensamientos sublimes, sentencias delicadas, dichos agudos, y períodos tan armoniosos y limados, que desde luego nos recuerdan que habla el Historiador, y no la persona que introduce. De esta clase son

1 Iust. *Lib. xxxviii.*

las Arengas que hacen algunos Malucos en la Historia de su conquista, que escribió Bartolome Leonardo de Argensola.

Qualquiera que haga reflexîon sobre la poca cultura, y mucha barbarie de los Indios de la nueva España en el tiempo de su conquista, se le hará increible que para la deliberacion de la guerra con los nuestros hablasen Magiscatzin y Xicotencal con aquellos adornos y delicadezas del estilo que refiere Solis. Traeré en confirmacion algunas cláusulas: »¿Quién habrá »(dixo Magiscatzin) tan atrevido y te»merario, que si es esta la gente de nues»tras profecías, quiera probar sus fuerzas »con el Cielo, y tratar como enemigos »á los que traen por armas sus mismos »decretos? Yo por lo ménos temeria la »indignacion de los Dioses, que castigan »rigurosamente á sus rebeldes, y con sus »mismos rayos parece nos están enseñan»do á obedecer; pues habla con todos la »amenaza del trueno, y solo se vé el es»trago donde se conoció la resistencia :::: »Mi sentir es que los admitamos, y se »les conceda el paso, si son hombres,

»porque tienen de su parte la razon, y »si son algo mas, porque les basta por »razon la voluntad de los Dioses [1].

Todavía es mas inverosímil, por demasiadamente agudo, adornado y florido, el Discurso que en contrario se supone haber hecho Xicotencal el mozo: »No »en todos los negocios se debe á las ca»nas la primera seguridad de los acier»tos, mas inclinadas al rezelo que á la »osadía, y mayores consejeras de la pru»dencia que del valor. Venero como vo»sotros la autoridad y el Discurso de Ma»giscatzin, pero no extrañaréis en mi e»dad y en mi profesion otros dictáme»nes ménos desengañados y no sé si me»jores, que quando se habla de la guer»ra suele ser engañosa virtud la pruden»cia, porque tiene de pasion todo aque»llo que se parece al miedo :::: Mi sen»tir es que se junten nuestras fuerzas, y »se acabe de una vez con ellos; pues vie»nen á nuestro poder señalados con el »índice de las estrellas, para que los mi-

1 *Lib. x. cap. 3.*

»remos como tiranos de la patria y de »los Dioses, y librando en su castigo la »reputacion de nuestras armas, conozca »el mundo, que no es lo mismo ser in»mortales en Tabasco, que invencibles »en Tlascala.

Estas y otras Arengas traen en sí mismas la presuncion de supuestas; pues á la verdad, ¿sobre qué memorias pueden haberse escrito? Ciceron se inclinó á la rigidez de excluirlas enteramente de la Historia, aunque alabó los admirables razonamientos de Tucídides, añadiendo modesta y discretamente, *que no podria imitarlos aunque quisiera, ni querria aunque supiese* [1]. En efecto, si á este insigne Historiador le despojásemos de sus excelentes Discursos, le quitaríamos tambien mucha gracia y dignidad, y lo mismo digo de Herodoto, Xenofonte, Tito Livio y Salustio.

Yo creo por lo ménos, que se compensa ventajosamente el defecto que el ri-

1 *De clar. Orat. n.* 287. *Orationes autem quas interposuit (Thucidides) eas ego laudare soleo; sed imitari neque possim, si vellim, nec vellim fortasse si possim.*

gor de la Crítica halla en estos Discursos, con la gala y fuerza de su eloqüencia animando la narracion, que como muy unida cansaria al Lector, quien toma aliento, por decirlo así, y recibe singular deleyte quando el Historiador halla campo donde exercitar la Oratoria, y dice en pocas, enérgicas y elegantes palabras, lo que en tal caso diria un insigne personage como Perícles, Nícias, Alcibíades y Arquidamo en Tucídides, cuyos Discursos pueden ser lecciones admirables para los Oradores, y con efecto en esta escuela se formó la prodigiosa eloqüencia de Demóstenes.

Por lo que eligiendo yo un prudente medio entre tan contrarias opiniones, me inclino á que deben alabarse en la Historia los razonamientos breves correspondientes al carácter de los héroes, y á las circunstancias del tiempo y lugar; y por el contrario, que son molestas y despreciables aquellas prolixas Arengas á la frente de un exército, y aquellas extensas y fastidiosas deliberaciones, en que el Historiador quiere dar á entender con pe-

dantería que está muy instruido en el arte de la guerra, ó que es un político consumado. Por esto Bocalini manda á cierto Poeta que lea una Arenga de las largas de Guicciardini, en penitencia de un pecado literario que en unas coplas habia cometido.

Es breve, nervioso, elegante y correspondiente al marcial carácter de Hernan Cortes el Discurso que refiere Solis haber hecho á su tropa, quando la exhorta á ganar á Tabasco [1]: »Aquel pue»blo, amigos, ha de ser esta noche nues»tro alojamiento: en él se han retraido »los mismos que acabais de vencer en la »campaña. Esta frágil muralla que los de»fiende, sirve mas á su temor que á su »seguridad. Vamos pues á seguir la vic»toria comenzada, ántes que pierdan es»tos bárbaros la costumbre de huir, ó »sirva nuestra detencion á su atrevimiento.

El juicio es generalmente tan escaso en los Autores, que en la *República literaria* de Saavedra se pesa por adarmes

1 *Lib. 1. cap.* 18.

y escrúpulos, aunque por libras y arrobas el ingenio : pero si qualquiera debe manifestarle en todo buen escrito [1], mucho mas el Historiador, cuyo objeto es eternizar la memoria de las acciones ilustres y de los grandes sucesos, hacer justicia al mérito y á la virtud, y referir hasta los desaciertos de algunos personages, y sus perniciosas resultas, con el fin de dar lecciones de conducta á los presentes y venideros, para la imitacion ó para el escarmiento. Como la razon es inmutable y regla siempre fixa, el estilo juicioso será del gusto de todas las naciones y de todos los tiempos, á diferencia del que aprueba el capricho, el uso ó la moda, que suele variar segun la alternativa de las cosas humanas.

Y así el Historiador debe siempre mostrarse sensato y juicioso, segun conviene tambien á la gravedad de los altos asuntos que trata, y al buen concepto que ha de grangearse el que levanta la voz para instruir á todo el mundo. Julio Cé-

1 Horat. *Art. poët. v.* 309.
Scribendi recte sapere, est & principium, & fons.

sar hubiera faltado al decoro y á la magestad de su estilo si hubiese hecho mencion de su trato amoroso con Cleopatra, en lo que guarda un silencio profundo nacido de su juiciosa circunspeccion, sin embargo que se extiende tanto en todo lo demas que le pasó en Egipto.

Por las mismas razones debe tambien ser noble el estilo histórico, esto es, correspondiente por su dignidad á las cosas que se tratan, usando de palabras y expresiones elevadas, y al mismo tiempo modestas. Porque la Historia habla de los Príncipes y de otros grandes personages, de los asuntos de la guerra y del Estado, y de los hechos heroycos dignos de gloria inmortal. Su curso ha de ser semejante al de un grande y caudaloso rio, que pasa por muchas y dilatadas provincias.

En quanto á los que han sobresalido entre nosotros en el estilo histórico, Don Diego de Saavedra en la *Corona gótica* es agudo, grave y noble, si bien es notado de que con sus reflexîones y sentencias entretiene á los Lectores, haciendo ostentacion de político, y embarazan-

do el natural curso de la Historia. El estilo del Conde de Osona en la *Expedicion de los Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos* es fluido, armonioso y dulce: libro que con mucha razon llama *cultísimo* Don Nicolas Antonio. La locucion del Padre Ribadeneyra en el *Scisma de Inglaterra* es grave, y tiene dignidad. La de Solis, aunque demasiado florida, es pura, igual, muy armoniosa, y tiene gala singular. La de Don Diego de Mendoza y del Padre Juan de Mariana se acerca mucho á aquella grave, varonil y nerviosa eloqüencia de los mejores Historiadores griegos y latinos. Algunos se atreven á comparar á Mendoza con Salustio, y á Mariana con Tito Livio. A la verdad, el estilo del primero es vigoroso, fuerte y conciso; está oportunamente sembrado de sentencias y de reflexîones graves; pero no siempre es correcto, y algunas veces se descubre el excesivo estudio de la brevedad, que hace el sentido obscuro. Tambien le falta aquella singular fluidez y armonía que tanto deleytan á los oidos delicados. El esti-

lo del Padre Mariana es igual, grave, ageno de la afectacion y de los superficiales adornos. Muchos le califican de duro y áspero; mas aunque no tiene aquella delicada gentileza parecida á la de un jóven hermoso y agraciado, no le falta en cambio la nerviosa robustez y gallardía semejante á la de un varon membrudo, fuerte y proporcionado.

CAPITULO XIX.

Del estilo oratorio.

Los Oradores usan de todos los estilos segun los asuntos, los tiempos, los lugares donde hacen sus razonamientos, y las personas á quienes los dirigen. Algunas veces emplean el género sublime, otras se valen del mediano, y tambien en ciertas ocasiones del tenue. En un lugar se les permite la afluencia asiática, y en otro deben usar del estilo ático ó del rodio. Los asuntos de poco momento requieren

una locucion sencilla [1], los medianos templada, los grandes sublime, y los fúnebres patética. El estilo veloz, áspero y vehemente corresponde á las acusaciones é invectivas; el amplificado, suave, dulce y florido á los Panegíricos.

Hay dos estilos oratorios muy distintos, y con todo cada uno perfecto en su línea. El primero consiste en el uso de razones claras y sólidas, expuestas con vigor, concision y rapidez, y acompañadas de figuras patéticas y sublimes; el segundo se vale tambien de poderosos y convincentes argumentos, pero tiene mas delicadeza en los epitetos y en los tropos, sus figuras son ménos vehementes, y no es tan impetuoso, áspero ni veloz, sino mas apacible, suave, amplificado y armonioso: aquel conquista el entendimiento con pruebas, que expuestas con una especie de violencia son poderosas armas á que no puede resistir, y que le fuerzan á someterse al imperio de la eloqüencia; y este insinuándose dulcemente en la volun-

1 Cicer. *Lib. 1. de Orat. Neque in rebus parvis adhibendae sunt dicendi fasces.*

tad por medio del deleyte, hace que aquella siga y abrace con gusto lo que se le propone conforme á la razon, que tambien queda ilustrada. En fin, el primero convence y persuade; el segundo mueve: aquel se dirige al entendimiento, y este á la voluntad; mas el uno hiere el espíritu con los rayos de sus luces, y el otro penetra hasta el corazon con su dulzura.

Demóstenes y Ciceron sobresaliéron con eminencia en estos dos estilos. Demóstenes triunfaba del pueblo dando vigor á los Discursos con expresiones fuertes, con incisos, ó miembros cortos y veloces, con repetidas Exclamaciones, Interrogaciones, Apóstrofes y Prosopopeyas, á que le inclinaba su complexîon melancólica y biliosa. Ciceron de genio mas dulce se insinuaba con un estilo suave, amplificado, numeroso y agradable, inspirando por medio del placer los afectos que queria. El Griego usaba de rasgos vehementes, de imágenes vivas, penetrantes y fogosas, propias para hacer vehemente sensacion en el alma, ó imprimir mayor impulso á sus movimientos y pasio-

nes. El Romano todo lo hermoseaba con colores mas suaves, dando gusto y placer hasta en sus mismas cóleras é indignaciones. El primero sobresalia en la declamacion y en las acusaciones conforme á su humor severo, y por esto defendió á pocos; y al contrario, Marco Tulio por su genial y eloqüente dulzura fué escudo de muchos ciudadanos oprimidos de la envidia. Sulpicio y Cotta fuéron tambien insignes en la Oratoria, pero con igual diferencia en sus estilos [1]. Lo mismo se puede decir de Bourdalue y Masillon; aquel fuerte y vehemente habla á la razon, y este tierno y suave se introduce dulcemente en el corazon de los oyentes. En efecto, dos Oradores pueden ser igualmente perfectos aunque de carácter distinto; pues en la eloqüencia, como en todas las demas cosas, hay bellezas de distinto órden.

El estilo debe ser de una especie quando se prueba y persuade, y de otra quando se exhorta. Se prueba con argumentos, autoridades, símiles, comparaciones, exemplos y otros medios, de don-

1 Cicer. *in Bruto n.* 204.

de nace la persuasion de que conviene ó no executar lo que se propone. Se exhorta suponiendo lo probado, y moviendo el ánimo á la execucion. Porque sucede muchas veces, que conociendo el entendimiento con evidencia lo bueno en razon de honesto ó de útil, que como tal es objeto de la voluntad, esta ó inclinada mas al aparente bien del deleyte, ó acobardada de las dificultades que se le representan, abraza y sigue otro partido, sucediendo lo que decia Medea en Ovidio:

. . . . . Video meliora proboque
Deteriora sequor . . . . . .

Y así quando persuadimos hacemos conocer lo que es honesto ó útil, y que lo quiera el Auditorio: quando exhortamos pretendemos, que lo quiera eficazmente, y que desechando la pereza lo practique con diligencia y ardor. El estilo pues de la Persuasion ha de ser ménos vehemente que el de la Exhortacion, en que debe campear y sobresalir lo patético que mueva los afectos.

Propondré un exemplo del estilo pro-

pio de la Persuasion, en aquel Discurso que refiere el Conde de Osona haber hecho Berenguer de Rocafort á los Oficiales del pequeño exército de los Catalanes y Aragoneses, amenazados con todo el poder y la ingratitud de los Griegos: „El „sentimiento (dixo) y pasion con que „me hallo por la muerte de Roger, de „nuestros Capitanes y amigos, no es mu„cho que turbe la voz y el semblante; „pues enciende el ánimo para una hon„rada y justa satisfaccion. Por el rigor de „nuestro agravio mas que por la razon de„biéramos hoy de tomar resolucion; por„que en casos semejantes la presteza y po„ca consideracion suelen ser útiles, quan„do de las consultas nacen dificultades. Re„tirarnos á la patria, mengua y afrenta de „nuestro nombre seria, hasta que nuestra „venganza fuese tan señalada y atroz, co„mo lo fué la alevosía y traicion de los „Griegos; y así en este punto siento co„mo Berenguer de Entenza: pero en lo „que toca al modo de hacer la guerra o„puestamente debo contradecille; porque „paréceme yerro notable dividir nuestras

»fuerzas, que juntas son pequeñas y des-
»iguales al poder del enemigo que nos si-
»tia. Yo doy por cierto y constante que
»Berenguer robe, destruya y abrase las
»costas vecinas como ofrece; ¿pero quién
»nos asegura que el tiempo que él estu-
»viere corriendo los mares, los pocos que
»quedaren en Galípoli no sean perdidos?
»¿Y entónces Berenguer adónde pondrá su
»armada? ¿dónde los despojos de su vic-
»toria? No le queda puerto ni lugar se-
»guro hasta Sicilia; pues yo por mas cier-
»to tengo el perderse Galípoli, si él sa-
»care la gente que está en su defensa pa-
»ra defender su armada, que seguro de
»su victoria. Todos los Capitanes famo-
»sos ponen su mayor cuidado en socor-
»rer una plaza que el enemigo tiene si-
»tiada, y para esto aventuran no solo lo
»mejor y mas entero de su campo, pe-
»ro todas sus fuerzas. ¿Y Berenguer es-
»tando dentro se ha de salir? ¿Quién a-
»segura al soldado que su ida ha de ser
»para volver? El miedo y rezelo comun
»no se puede quitar, aunque su sangre
»y hechos claros son seguras prendas pa-

»ra los que naciéron como él. Nuestra »venganza ya no pide remedios tan cau»tos y dudosos, ni á nosotros nos con»viene el dilatar la guerra por ser poca »ántes de ser ménos: executemos la ira, »aventúrese en un trance y peligro nues»tra vida; y así mi último parecer es de »que salgamos en campaña, y demos la »batalla á los que tenemos delante. Y aun»que por la muchedumbre del exército e»nemigo se puede tener la muerte por »mas cierta que la victoria, la causa jus»ta que mueve nuestras armas, y el mis»mo valor que venció á los Turcos, ven»cedores de los Griegos, tambien puede »darnos confianza de romper sus copio»sos esquadrones y abatir sus águilas, co»mo se abatiéron las lunas; y quando en »esta batalla estuviere determinado nues»tro fin, será digno de nuestra gloria, »que el último término de la vida nos »halle con la espada en la mano, y o»cupados en la ruina y daño de tan pér»fida gente [1].

1 D. Francisco de Moncada, Conde de Osona, *Expedicion de los Catalanes y Aragoneses*, *cap.* 30.

Puede ser modelo del estilo vehemente, conciso y patético, propio de la Exhortacion, el breve razonamiento de Don Diego de Saavedra en boca del Rey Alarico quando vió sus tropas descompuestas por los Franceses: „¿Así (dixo) tor„pemente perdeis en un instante la gloria „adquirida en muchos siglos? Esos que al „primer ímpetu os parecen mas que hom„bres, son en la resistencia ménos que „mugeres: siempre ha triunfado de ellos „vuestro valor y constancia. La conser„vacion de vuestras vidas no consiste en „volver las espaldas desarmadas al enemi„go, sino en la defensa de la espada. En „el valor y atrevimiento está puesta la vic„toria, el despojo y la gloria, y en la fu„ga la servidumbre, la infamia y la pér„dida de todo. Volved por lo ménos á „ver como borro con mi sangre real las „huellas infames de vuestra fuga [1].

Tambien es muy propio de la Exhortacion el estilo con que segun refiere Solis se explicó Hernan Cortes para alentar

1 Saavedra *Corona Got. cap.* 9.

el valor de sus soldados : „A todo (di-„xo) se ocurre con que obreis esta no-„che como acostumbrais : mejor sabeis exe-„cutarlo que discurrirlo : alto á las armas, „y á la costumbre de vencer. Dios y el „Rey en el corazon , el pundonor á la „vista , y la razon en las manos [1] ::::

El nervio , y la principal fuerza de la eloqüencia consiste en los pensamientos. El cuidado en elegir las voces y frases ha de ser solicitud en la invencion de las cosas que se han de decir [2]. Especie es de locura , dice Tulio , el usar de un vano sonido de palabras , sin tener como por fundamento y basa sólidos pensamientos [3]; y mas quiero una prudencia poco eloqüente , que una loquaz necedad [4]. Por esto aunque las reglas de la elocucion son tan necesarias para dar á las expresiones gracia , hermosura y nobleza ; pero nadie

1 *Conquista de México , Lib. IV. cap. 9.*

2 Cicer. *de Orat. Curam verborum , rerum vellim esse solicitudinem.*

3 *Lib. I. de Orat. n. 51. ¿Quid enim tam furiosum, quam verborum vel optimorum , atque selectissimorum sonitus inanis nulla subiecta sententia , nec scientia?*

4 *De Orat. Lib. I. Malo equidem in disertam prudentiam , quam stultitiam loquacem.*

podrá ser un Orador perfecto, si no fuere tambien un docto consumado [1]. La Lógica le enseñará á discurrir con acierto, y á rectificar su juicio. La Filosofía moral le descubrirá los secretos del corazon humano, y los medios para excitar los afectos, á cuyo fin Aristóteles y Longino trataron de las pasiones, aquel en su Retórica, y este en un Discurso que se perdió, y era Apéndice del libro *de lo sublime*. De la misma Filosofía se tomarán las sentencias graves, que en su lugar dan tanta dignidad al Discurso. El Orador debe saber el Derecho natural y de gentes, para exponer á su tiempo las estrechas obligaciones del hombre en órden á Dios, á sí mismo, á la patria, á sus conciudadanos y á los extrangeros. La Política le instruirá de las prudentes máxîmas del gobierno. La Jurisprudencia romana y la nacional ilustrarán su entendimiento con la razon y el espíritu de las leyes, y con la noticia de las costum-

1 Cicer. *de Orat. Lib. 1. n. 20. Nemo poterit esse omni laude cumulatus Orator, nisi erit omnium rerum magnarum, atque artium scientiam consequutus.*

bres antiguas y modernas. La Historia le suministrará exemplos. En suma, nada debe ignorar el que segun los asuntos, tiempos, lugares y demas circunstancias ha de hablar de todo con el debido conocimiento. Los Príncipes de la eloqüencia griega y latina no llegáron á tan alto grado de perfeccion, sino por medio de un ímprobo trabajo que ocupó toda su vida. A Ciceron acreditan de doctísimo todas sus obras, en especial las filosóficas, y Demóstenes se hizo rapar la mitad de la cabeza, para no presentarse á las gentes con esta deforme ridiculez, imponiéndose á sí mismo la necesidad de permanecer en el retiro de su casa, y dedicarse mas al estudio.

Pero todavía al que le falte el genio para la Oratoria, no le será suficiente el cúmulo de tantos conocimientos, y la general instruccion en tan distintos ramos. El entendimiento del Orador ha de ser vivo y pronto, el ingenio agudo y penetrante, la imaginacion fecunda y juiciosa, y la memoria firme y tenaz. De modo que para formar un Orador per-

fecto deben concurrir una naturaleza insigne, una ciencia extraordinaria y un arte singular: tres circunstancias que alaba Ciceron en Marco Bruto [1], pero tan difíciles de juntarse en un sugeto, que apénas se hallarán al mismo tiempo dos Oradores laudables [2]. Mas á la verdad no hay otro medio para llegar al grado de aquella eloqüencia, que causa admiracion, y que no merece alabanza particular, si no produce este efecto [3]. De esta manera el arte de la Oratoria triunfaba en Aténas y en Roma, sujetando y atrayendo con la fuerza y dulzura de su eloqüencia los corazones, y exerciendo su imperio en las almas.

Los que saben poco, y por lo mismo no hallan cosas sólidas que decir, quieren llenar el vacío de su ignorancia y el de la Oracion de voces que suenan mucho, y nada dicen. Vén la dificultad de adquirir la verdadera eloqüencia, y con

1 Cic. *de clar. Orat. n.* 22.

2 *Ibid. in fin. Orat. ad Brut. n.* 230. *de Orat. Lib.* III. *n.* 8.

3 Cicer. *epist. ad Brut.* Quint. *Inst. Orat. Lib.* VIII. *cap.* 3.

la falsa y aparente pretenden hacerse admirar como los sofistas y declamadores. Por este medio tal vez llegan á hacerse loquaces, pero jamas eloqüentes. Algunas veces se atreven temerariamente á levantar su estilo mas allá de lo que sus fuerzas alcanzan, y luego no pudiéndose sostener en la altura que toman se despeñan, y dan ridículas caidas. Ademas que denotando por este medio su presuncion, y la vanidad de ostentar la grandeza que no pueden conseguir, se ofende el amor propio de los que escuchan, y se atraen el desprecio en lugar de la veneracion, que tanto necesitan para persuadir y mover.

Un alma noble, un entendimiento ilustrado suele elevarse con la misma sublimidad de los objetos [1]. Los asuntos grandes sugieren naturalmente á los hombres doctos grandes pensamientos, y estos facilitan tambien expresiones y palabras enérgicas, significativas y propias, sin que

1 Quint. *Dial. de caus. corr. eloq. Crescit enim magnitudine rerum vis ingenii, nec quisquam illustrem Orationem facere potest, nisi qui parem causam invenit.*

entónces sean oportunos ciertos adornos, que enervan de todo punto la fuerza de la oracion. La eloqüencia sólida no necesita de oropeles, al modo que las mugeres verdaderamente hermosas no se cargan de atavíos para hacerse amables.

La locucion debe ser siempre, y mas particularmente en las Oraciones, conforme al carácter y á la edad del mismo que habla. Hortensio siendo jóven usó de la afluencia asiática con aplauso, y despues dió ménos gusto, porque su estilo no era propio de un anciano, en quien únicamente sienta bien la concision y la gravedad [1].

Todavía se debe atender mas á las circunstancias, á las costumbres y á los genios de las personas á quienes se dirige el Discurso [2]. El Orador ha de explicarse de un modo quando el Auditorio es culto y docto, y de otro quando está poco instruido, y tal vez preocupado. La

1 Cicer. *in Brut. n.* 326. *Haec autem genera dicendi aptiora sunt adolescentibus, in senibus gravitatem non habent.*

2 Quint. *Dial. Orat. Conditione temporum, ac diversitate aurium forma orationis est mutanda.*

delicadeza, la suavidad y la dulzura son muy propias para persuadir y mover al primero, y para convencer y exhortar al segundo es necesario ilustrar mucho mas su entendimiento con razones claras, á que no pueda resistir, y usar de un estilo fuerte, violento y penetrante. Los razonamientos que Demóstenes hacia al pueblo eran mucho mas vehementes que los que proferia en el Areopago, y la misma diferencia se advierte en las Oraciones de Ciceron al Senado y á la plebe. San Agustin, que en los libros *de controversia* contra Juliano se valió de quanto la Retórica tiene de artificioso y sublime, se explicaba en sus sermones con una locucion sencilla, tenue y familiar, á propósito para hacerse mas inteligible al pueblo. Pero San Cipriano como dirigia sus Discursos á los Cartagineses, que eran muy cultos, usó de estilo mas elevado.

La locucion clara, sencilla y natural es generalmente la mas oportuna para los sermones morales. Una pobre muger oyó predicar á San Juan Crisóstomo,

y le dixo despues, que no le habia comprehendido por la delicadeza y elevacion de sus pensamientos, y el Santo desde entónces á impulsos de su ardiente zelo rebaxó su estilo acomodándose á la rudeza del Auditorio. Lo mismo se refiere de San Francisco de Sáles. Estaban estos héroes del Christianismo firmemente persuadidos, como deben estarlo todos los Ministros de la palabra divina, de que se ha de predicar para instruir á los ignorantes, y no para hacerse admirar de los sabios. La palabra latina *sermo* significa una conversacion familiar [1], y en ella el estilo debe ser sencillo.

Mas algunos misterios de nuestra augusta religion representan una especie de triunfo, y entónces la locucion ha de ser mas elevada, propia de los Panegíricos, como en la festividad de la pasqua de Resurreccion y en la de la Ascension del Señor. Otros requieren el estilo didascálico ó doctrinal, y generalmente los ser-

1 Horat. *Lib. 1. sat. 4. v. 40.*
. . . . . *Neque si quis scribat, uti nos,*
Sermoni *propriora, putes hunc esse poëtam.*

mones morales floridos y muy adornados dan á entender, que el Orador vanamente entretenido en las palabras y en los superficiales atavíos del Discurso, no pone cuidado en la solidez de los pensamientos, y que tiene mas complacencia en proferir una expresion brillante, que en inspirar un impulso santo. Quando los Oyentes conocen este defecto, y el poco interes que toma el que les habla, pierden la disposicion para ser persuadidos. La cátedra del Espíritu Santo no ha de ser como un teatro para divertir al pueblo, sino la oficina de su compuncion. Por esto San Gerónimo llama delinqüente á la sofística y afeminada eloqüencia del púlpito, y añade, que en caso de duda entre los dos extremos debe elegirse una santa rusticidad [1]. El entendimiento de los oyentes se distrae, el corazon se disipa con lo florido del Discurso, y se impiden los saludables efectos que ha de producir la palabra de Dios. ¿Desea un

1 *Epist. ad Nep. cap.* 31. *Multo melius est e duobus imperfectis sanctam habere rusticitatem, quam eloquentiam peccatricem.*

zeloso Orador conocer si sus sermones han hecho fruto en los fieles? Observe pues si salen del Templo pensativos, y guardan un profundo silencio, indicios de que las palabras que oyéron han quedado impresas en su memoria, y que qual saetas penetráron hasta el corazon. Este es un elogio mudo, pero el mas sólido para un buen Predicador, el qual debe confundirse quando no lo está el Auditorio. El Orador Christiano no ha de sacar su alabanza de la boca, sino de los ojos de los fieles, por el testimonio que le dieren sus lágrimas.

¿Y qué diré de aquel vano sonido de palabras, de retruécanos y de otras puerilidades? He visto impreso un Panegírico á Santo Tomas que empieza así: „¡Qué alígeros se remontan los discantes „del ave al diáfano seno del Favonio a„pacible! quando pulsadas del zéfiro las „cándidas aristas de sus plumas, heridas „á blandos soplos de su alada lira las vi„vientes cuerdas, allí consagra el ave su „aliento donde escancía el beneficio.“ Sigue con el mismo extravagante, frio, pue-

ril é hinchado estilo, y luego si mal no me acuerdo dice: »Supo tanto Tomas, »que no supo lo que supo; obró tanto, »que supo ménos de lo que hizo; y ha»biendo hecho todo quanto supo, y ha»biendo sabido todo quanto hizo, por lo »que sabiendo hizo, y por lo que ha»ciendo supo, quedáron en su voluntad »y entendimiento paralelas las líneas de »lo Santo y de lo docto.

Todavía son mucho mas reprehensibles las autoridades profanas mezcladas algunas veces con las divinas, y las comparaciones tomadas del gentilismo, con que algunos creen enriquecer sus Sermones, y parece se empeñan en profanar el Christianismo con la Mitologia. El Panegírico (segunda vez impreso [1]) al Apóstol de Navarra San Saturnino, que predicó en Pamplona el Padre Don Isidro Francisco Andres, aplica al Santo los atributos del sol, usando de las mas ex-

1 En Madrid en la imprenta de Lorenzo Francisco Mojados año 1737: tiene 27 páginas de sermon, y 30 de aprobaciones, en que sale mas elogiado el Predicador, que el Santo en su Panegírico.

travagantes alusiones de la gentilidad. „No „solo (dice) porque los Antiguos llamá- „ron *mitra* al Sol, y esta es distintivo de „nuestro Apóstol por su dignidad Epis- „copal, sino porque los Mitológicos juz- „gáron al Sol indistinto de Saturno, cu- „yo diminutivo es Saturnino." ¿Habrá pensamiento mas frio ni mas estrafalario? Porque dexando aparte la insulsa pueri- lidad de que *mitra* significa el Sol, y que esta pertenece á un Obispo, ¿qué elogio es, no digo para un Santo, sino para qualquier Christiano, el que su nombre sea diminutivo de Saturno, ó de otro Dios fabuloso?

A tan lastimosos desaciertos se expo- nen los que pudiendo emplear con fruto sus buenos talentos, como los del Padre Andres, ignoran la sólida eloqüencia y la verdadera Oratoria. Estos monstruosos defectos del estilo, que son las delicias de algunos Panegiristas, nacen de su malí- simo gusto, y de la lectura de otros se- mejantes Discursos alabados por la igno- rante multitud, apasionada á los falsos re- lumbrones que se descubren entre la mis-

ma obscuridad de tales Oraciones, si merecen este nombre.

Es muy ageno tambien del púlpito el estilo escolástico, de que suelen usar algunos Predicadores por la costumbre ó los resabios que les quedáron de las Universidades. Parece que leen de puntos ó defienden conclusiones, proponiendo su tema, confirmándolo con pruebas en forma silogística, con citas y autoridades difusas, y respondiendo á los argumentos contrarios. Recitan los textos mas largos en latin, y luego en español, ó al contrario. Los Oyentes jamas hacen al Orador la injusticia de no creer la legitimidad de los lugares que cita, y así no es menester proferirlos con las palabras originales, ó con toda su extension [1]; si bien este defecto suele nacer mas del pedantismo, que de la desconfianza.

Los que quieran hacer rápidos y felices progresos en la eloqüencia sagrada deben muy particularmente dedicarse á observar las juiciosas reglas que prescribe la

1 En el Cap. 1. expongo los casos en que conviene usar de los textos en el idioma latino.

Retórica, que para el púlpito compuso el Padre Fray Luis de Granada. San Cárlos Borromeo hizo de ella tanto aprecio, que encargó la estudiasen sus Predicadores de Milan. En la última impresion que de esta obra se hizo en Valencia en casa la Viuda de Orga en el año 1768 hallará el Lector una instructiva y sabia Prefacion de Don Juan Bautista Muñoz. El Orador Christiano debe hacer un estudio muy principal de los Santos Padres y de la Historia Eclesiástica. Es necesario que se aplique mucho á la Teología expositiva y dogmática, y que emplee no poco tiempo en la profunda meditacion de la sagrada Escritura. El que tenga estos auxîlios indispensables para la Oratoria del púlpito, y no le falten los otros que he dicho, se explicará con tanta facilidad como eloqüencia:

Verbaque provisam rem non invita sequentur.

No se le notará aquella trabajosa angustia, que se trasluce en algunos Predicadores para llenar ó entretener una media hora; porque de la abundancia de

cosas nace la abundancia de palabras [1].

La santa Escritura es un inagotable manantial de la eloqüencia propia de la cátedra del Espíritu Santo, que usó de diversos estilos, pero todos excelentes en su especie, análogos al genio y á la cultura de cada Profeta, al modo que dictando una persona el mismo contexto á muchos amanuenses, se distinguen los caracteres de las letras y el corte de las plumas. En los libros sagrados se hallan los sólidos y verdaderos adornos de la locucion, y los estilos correspondientes á los asuntos. El Profeta Isaías es magnífico y sublime, Jeremías patético, Ezequiel nervioso, fuerte y vehemente, Daniel suave, dulce y tierno, y todos en fin tienen una admirable grandeza unida con cierta magestuosa y noble sencillez.

Las palabras de la Escritura se parecen al maná celestial, que solo á un gusto estragado puede causar hastío. Las que profirió el Salvador son espíritu y vida,

1 Cicer. *de Orat. Lib. III. n.* 103. *Rerum enim copia verborum copiam gignit.*

como él mismo nos dice [1], y tan penetrantes como la espada de dos filos [2]. Por lo que los superficiales adornos de la locucion no pueden añadirlas nueva fuerza, ó mayor eficacia [3]. Los Oradores sagrados tienen estas y otras muchas ventajas, de que carecen los profanos. En efecto, ¿qué energía no puede dar á sus Discursos la superioridad ó distancia de las verdades divinas y eternas con respecto á los negocios temporales? Un hábil Orador no ha menester esforzarse mucho para ser eloqüente hablando de Dios, de la eternidad, del juicio, de los augustos misterios de nuestra religion santa, de la vida, pasion y muerte del Salvador, y de la heroyca constancia de los Mártires. La fe, el temor de las amenazas, y la importancia de las promesas de un Dios disponen el Auditorio para estar mas atento, y para ser persuadido. Lo augus-

1 Ioann. VI. 64. *Verba, quae loquutus sum vobis spiritus, & vita sunt.*

2 S. Paul. *ad Hebr.* IV. 12.

3 Ibid. *I. ad Corinth.* II. 4. *Praedicatio mea non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostensione spiritus & virtutis.*

to del lugar, la presencia muchas veces de Jesus sacramentado, el numeroso concurso, y el silencio respetuoso suelen inspirar á los Oradores pensamientos grandes. Pueden estos aprovecharse tambien de los desvelos de los mismos Escritores gentiles, griegos y romanos, que penetráron los secretos del alma, diéron á conocer sus pasiones, y enseñáron los medios oportunos y eficaces para moverla hácia lo justo, y ganar á los hombres por su propio interes. Nos es lícito, dice á este propósito San Agustin, despojar á Egipto y á Samaria para enriquecer el pueblo de Dios y adornar sus sacrificios. Nada disculpa á un Ministro de la palabra divina, si con sus Discursos no causa en el corazon de sus Oyentes los saludables efectos, que prometen tantas ventajas y la eloqüencia verdadera.

Por esto es mucho mas de extrañar que la Oratoria sagrada no haya hecho entre nosotros mayores progresos. En el siglo pasado y principio de este el mal gusto, ó por decirlo mejor la extravagancia, se apoderó del púlpito italiano

y español. Buscaban aquellos Predicadores en la afectacion la sublimidad, que hubieran solo encontrado en la noble sencillez. Desde que floreciéron los Venerables Juan de Ávila y Luis de Granada, que usáron en sus Sermones de un estilo nervioso y sólido, aunque sin mucho artificio, siguiéron sus huellas los Ministros de la palabra de Dios hasta fines del reynado de Felipe III. El Maestro Fray Hortensio Félix Paravicino fué el primero entre los españoles, como Panigarola entre los italianos, que se valió de conceptos demasiadamente sutiles, de Antítesis, de agudezas muchas veces pueriles, y de pensamientos falsos, cayendo en este y otros defectos por haber querido mas entregarse á su ardiente imaginacion, que caminar por la senda de los sólidos y eloqüentes Oradores que le habian precedido.

Estos vicios y defectos que procuráron imitar como virtudes y perfecciones otros que no tenian el ingenio ni la erudicion de Paravicino, produxeron aquel monstruoso y ridículo estilo que se oyó despues en los púlpitos de España. No con-

tribuyó poco á esta corrupcion del buen gusto el Padre Vieyra, aunque tan ingenioso como inimitable. Su estilo, dice Mayans, encantó con su armonía, facundia y graciosa novedad; pero es como obra de alquimia, que reluce como el oro, y vale poco [1].

Algunos juiciosos Españoles declamáron con vehemencia contra el estilo que generalmente se habia introducido en el púlpito; pero el Cervantes de los malos Predicadores nos hizo experimentar nuevamente aquella verdad:

. . . . . Ridiculum acri
Fortius, & melius magnas plerumque secat res.

En quanto á los Sermonarios impresos despues de reformada en España la Oratoria de la cátedra del Espíritu Santo son recomendables el de Gallo, el del Señor Bocanegra, y las Oraciones del Señor Climent y Bertran. Con todo debemos confesar, que nuestra eloqüencia sagrada no ha llegado á la magestad, no-

1 En la Oracion en alabanza de las obras de D. Diego Saavedra.

bleza, fuerza y vehemencia del Padre Bourdalue, ni á la energía, suavidad y dulzura de la del Señor Masillon, ni á la afectuosa ó patética ternura que distingue las Oraciones fúnebres de los Señores Flecher y Bossuet, que infunden una dulce melancolía en los Oyentes. Verdad es que despues de estos grandes varones y Príncipes de la eloqüencia evangélica decayó mucho en Francia la Oratoria sagrada, y ahora se perdió del todo. Entre nosotros el púlpito ha recobrado ya gran parte de sus derechos, y se oyen Sermones morales muy zelosos y enérgicos acompañados de la decencia Oratoria: se predican é imprimen algunos buenos Panegíricos, aunque en estos no faltan todavía muchos Oradores que sigan las sendas del mal gusto.

El Panegírico se llama así de *panegyris* [1], voz griega que significa Concejo ó junta; porque quando los Griegos concurrian á los juegos olímpicos, nemeos, pitios é istmios se recitaban algunas Oraciones magníficas en alabanza de los ven-

1 πανηγύρις.

cedores, y de las personas insignes y beneméritas de la patria. En el dia los héroes del Christianismo dan á nuestros sagrados Oradores asuntos muy propios para exercitar este género de eloqüencia en los numerosos concursos de los templos. En estas Oraciones todo ha de ser ilustre, magnífico y sublime, segun corresponde á la grandeza del objeto, y á las respetables circunstancias del lugar y del Auditorio. Se usará de símiles, comparaciones y exemplos nobles, de figuras vehementes, en especial de la Exclamacion, del Apóstrofe y de la Prosopopeya; será el estilo grave, agudo y adornado; los períodos algunas veces largos, y siempre armoniosos [1]; las amplificaciones freqüentes, como que todo se dirige á excitar la admiracion, á hacer que resplandezca la virtud, y á ostentar la gloria del héroe en el mayor lustre, para apasionar á su memoria los Oyentes, y moverlos á la imitacion. De otro modo no será propiamente un Panegírico, sino una relacion ó historia de la vida de un varon insig-

1 Quint. *inst. Orat. Lib. VIII. cap.* 3.

ne en santidad. Nuestros Predicadores tienen estos elevados asuntos para exercitar la eloqüencia con estilo sublime en el género demostrativo. Los Sermones morales pertenecen al deliberativo, persuadiendo que debemos seguir el camino de la virtud, y apartarnos del vicio. Del género judicial y de la elocucion forense ya traté en el capítulo xv.

El estilo debe ser grave y magestuoso en los Discursos dirigidos á los Príncipes y á otros grandes personages, sencillo y modesto en los razonamientos á nuestros iguales; ha de tener autoridad quando instruye, limpieza y claridad particular quando explica ó refiere, belleza y gracia si ha de deleytar, solidez y nervio si ha de convencer, suavidad y dulzura quando ha de persuadir y mover.

Al principio ó en el Exôrdio debe ser la locucion singularmente modesta [1], sin manifestar el Orador presuncion de sí mismo, ó del desempeño del asunto, lo que siempre ofende á los demas. Horacio re-

1 Cicer. *de Orat. n.* 124. *Principia verecunda non elatis incensa verbis.*

prehende á los que empiezan sus Poemas con un ayre elevado y soberbio, prometiendo grandes cosas [1], y sacando despues humo de la luz, debiendo ser al contrario [2], esto es, el principio sin brillantez, y lo demas con esplendor. Algunos ponen en las primeras cláusulas gran cuidado, ó mucho adorno, y luego va baxando su estilo de modo, que engañados los Oyentes se disgustan, y pierden la atencion, porque no la puso tampoco el Orador como debiera, y prometió su Exôrdio.

Se ha de usar de las figuras oportunas, ó para mover á su tiempo los afectos, ó para dar nobleza y dignidad á la Oracion, que debe ser grande sin afectacion, sublime y no arrebatada, severa y no triste, fuerte y no temeraria, grave y no pesada, abundante y no superflua, llena y no hinchada [3].

Será el estilo sencillo en la Narracion; sólido en los argumentos, en las pruebas

1 *Art. poët. v.* 136.
2 *Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem Cogitat . . . . . .*
3 Fab. *Lib. XII. cap.* 20.

y razones; vigoroso y fuerte en la Refutacion; sublime en el Epílogo; patético y veloz en la Peroracion. Tambien corresponde el rápido en las causas que piden vehemencia, pero debe entónces variarse alguna vez, porque la continua velocidad no es propia de un cuerdo, sino de un hombre furioso. Y así despues de movidos los afectos, y quando está el Auditorio como fatigado ya con las fuertes impresiones que ha hecho en su alma un ardiente Discurso, conviene que el Orador modere su ímpetu, y dilate su ánimo y el de los Oyentes con un estilo suave, tranquilo, armonioso y amplificado, para volver luego despues á la misma ó á mayor vehemencia.

El estilo de toda la Oracion será semejante al de una pintura, cuyos colores baxos y subidos, y los claros y obscuros solo contentan la vista y acreditan al Profesor, si están colocados en su lugar, y los objetos tienen entre sí justa proporcion. Y aun algunas veces son muy oportunos ciertos rasgos de eloqüencia, parecidos á aquel delicado y admirable gol-

pe de Timantes, que habiendo pintado en el sacrificio de Ifigenia el dolor de los asistentes, cubrió con un velo la cabeza de Agamenon, desconfiando de que su pincel podria dar correspondiente idea del sentimiento de un padre, despues de haber expresado con tanta valentía el de sus amigos. Esta puede llamarse *eloqüencia del silencio.* En el *libro XII de la Odisea*, Ayax en el infierno nada respondió á los sumisos cumplimientos de Ulises, y este silencio, indicio de su cólera, fué mas eloqüente que quanto hubiera podido decir. En Virgilio [1] tampoco contestó el alma de Dido á las satisfacciones que Eneas queria darla de haber sido la ocasion del suicidio, pues quanto hubiera expresado seria poco en comparacion de lo que calló. En efecto la Pintura, la Retórica y la Poética prescriben y observan esta misma regla:

. . . . . *Et, quae*
Desperat tractata nitescere posse, relinquit [2].

1 *AEneid. Lib.* VI.
2 Horat. *Art. poët. v.* 140. Cicer. *in Brut. n.* 139. *Significatio saepe maior erit, quam Oratio.*

Hay otro género de eloqüencia semejante á la cortesía, que grangea las voluntades con cierta sumision urbana, y como con el sombrero en la mano, de la qual debemos usar quando queremos persuadir á nuestros superiores. De este modo se han de hacer los Razonamientos á los Príncipes, á los grandes Señores, ó á las personas de alta esfera y dignidad. Entónces aunque los argumentos y las razones parezcan ruegos, se han de vestir y adornar de modo, que no dexen de triunfar de aquellos mismos á quienes se someten. Los que están acostumbrados al poder y á la independencia son tan delicados, que ni aun con las armas de la eloqüencia quieren ser vencidos. Y así se ha de andar entónces por caminos cubiertos, se les ha de persuadir por rodeos, por circunloquios, y por quantos artificios tiene el ingenioso respeto. De esta manera el Orador exercerá despóticamente el imperio de su eloqüencia en aquellos mismos á quienes rinde homenage.

F I N.

UNIVERSIDAD Y BIBLIOTECA ZARAGOZA

INDICE DE LOS CAPITULOS
que contiene este tratado.

CAP. I. *De la pureza del estilo.* Pag. 1
CAP. II. *De la claridad del estilo.* 27
CAP. III. *Del adorno en el estilo.* 36
CAP. IV. *De los periodos.* 53
CAP. V. *Del número oratorio.* 63
CAP. VI. *Del decoro en el estilo.* 77
CAP. VII. *De los estilos lacónico, ático, rodio y asiático.* 88
CAP. VIII. *Del estilo sublime.* 102
CAP. IX. *Del estilo patético.* 121
CAP. X. *De los vicios del estilo opuestos al sublime y patético.* 134
CAP. XI. *Del estilo mediano, y de su opuesto vicio.* 144
CAP. XII. *Del estilo tenue, y de sus defectos.* 149
CAP. XIII. *Del estilo poético.* 156
CAP. XIV. *Del estilo didascálico.* 161
CAP. XV. *Del estilo forense.* 170
CAP. XVI. *Del estilo dialogal.* 178
CAP. XVII. *Del estilo epistolar.* 181
CAP. XVIII. *Del estilo histórico.* 189
CAP. XIX. *Del eetilo Oratorio.* 205